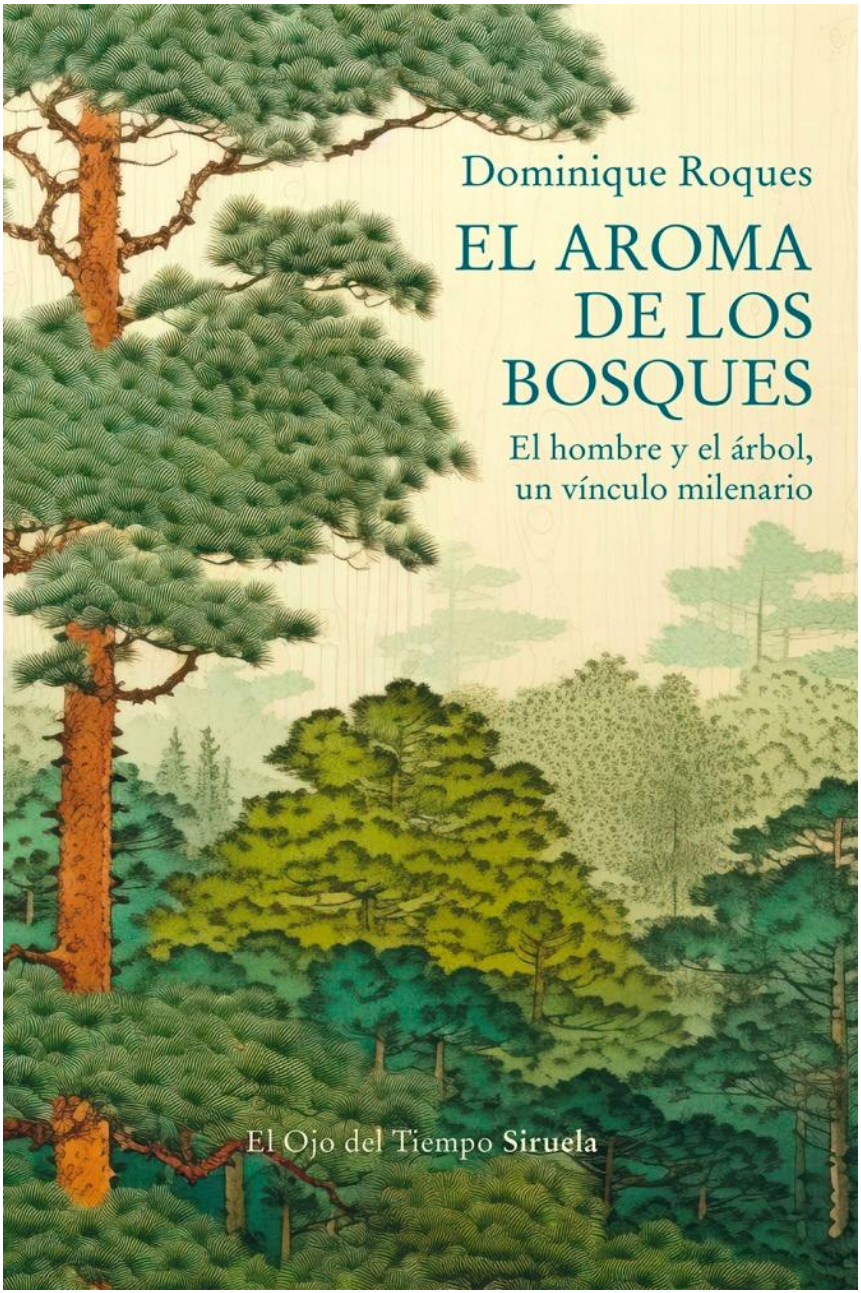
Dominique Roques
EL AROMA DE LOS BOSQUES
El hombre y el árbol, un vínculo milenario
El Ojo del Tiempo Siruela

Dominique Roques

EL AROMA DE LOS BOSQUES

El hombre y el árbol, un vínculo milenario

Traducción del francés de
Mercedes Corral

Siruela

El Ojo del Tiempo

Edición en formato digital: septiembre de 2024

Título original: Le parfum des forêts.
L'homme et l'arbre, un lien millénaire
En cubierta: ilustración © rawpixel
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Éditions Grasset & Fasquelle, 2023
© De la traducción, Mercedes Corral
© Ediciones Siruela, S. A., 2024

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-10183-90-2

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

Introducción. El árbol, el leñador y el perfume

1 El tiempo de los bosques

2 El niño y el serrín

3 Los alerces y el buscador de esencias

4 El hacha de Gilgamesh

5 El perfume de Salomón

6 El haya centinela

7 El oficio del diablo

8 Los gigantes pacíficos

9 El oro de los redwoods

10 Palmeras y pinos

11 Los colores del Chaco

12 La madera azul

13 El árbol salvaje y los plantadores

Epílogo

Bibliografía

Agradecimientos

Para Catherine & Witou,
los novios de San Francisco,

y para Margot y Daphne,
que trepan tan bien a los árboles

Introducción

El árbol, el leñador y el perfume

En poco más de un siglo, los hombres han talado la mitad de los bosques de la Tierra, acelerando de forma mortífera una tarea que se inició hace cuatro mil años. Con las primeras hachas de bronce el hombre se convierte en leñador, deja constancia de su toma de poder sobre el bosque, heredado desde tiempos inmemoriales, transformando el árbol vivo en un tronco de madera, una revolución cuyas consecuencias sigue sufriendo el planeta. La historia de los hombres en el bosque es por lo general poco conocida. Mezcla lo sublime con lo trágico a lo largo de largas epopeyas en las que, en todas las épocas, se produce el drama de la contradicción nunca resuelta entre nuestra necesidad de bosques vivos y nuestro aprovisionamiento de madera. Mi trayectoria me ha llevado a conocer el destino extraordinario de algunos bosques del mundo, que despertaron en mí el deseo de contar sus historias. Estas ilustran la dificultad de ir hacia la reconciliación de los árboles y los seres humanos, pero también dan razones para creer que es posible.

Los bosques, los árboles y la madera son el telón de fondo de mi infancia, un decorado que sigue nítido en mi memoria. En una posguerra ávida de viento de alta mar, mis padres se marcharon a Estados Unidos, donde mi padre fue leñador durante tres años, a tiempo para vivir la nueva revolución de las sierras a motor, las motosierras. A finales de los años cincuenta comenzó a hacer de ello un oficio, importaba maquinaria estadounidense y recorría los bosques de Francia para convencer a los leñadores de que abandonaran sus hachas milenarias por la novedad mecanizada. Esta infancia me reveló al mismo tiempo la belleza de los árboles, el aroma del bosque y el ruido de las motosierras. Me parecía que formaban parte de un mismo mundo, seductor y fascinante. Con el tiempo, la vida me ofreció

experiencias como leñador y trabajador forestal, antes de conocer la profesión de proveedor de recursos naturales para la perfumería. El perfume nunca está lejos de los árboles, se ha convertido para mí en un hilo conductor, en el testigo de la perennidad silenciosa de los bosques. Cada nueva incursión en los bosques de la Tierra me ha hecho seguir el curso de su destino, entre su belleza absoluta inicial y lo que hacen con ella los hombres. En esta historia, donde lo mejor se codea con lo peor, he mantenido cálida la huella de mis primeros recuerdos como hijo de leñador.

Ir al encuentro de los árboles es un motivo de estupor, una felicidad duradera e incesante. Al margen de todo lo que se ha escrito, cantado y contado durante mucho tiempo sobre ellos, basta con ir a caminar por un bosque para volver a ser el primer hombre, para sentirse invadido por la emoción de lo que este ofrece, el silencio y las huellas de mil vidas secretas a su alrededor. Me gusta estar entre los árboles, espectador incansable del bosque vivo, vibrante por el viento en el follaje, las copas suavemente mecidas entre juegos de luces y sombras. El espectáculo de los bosques me emociona, todo converge para hacer de la belleza incomparable del árbol, en todas sus formas, en todos los climas, en su inverosímil diversidad, la forma de creación más lograda de la Tierra.

Todo separa al árbol y al hombre, como si la evolución hubiera intentado dos enfoques radicalmente opuestos, dando lugar a unas formas de vida tan diferentes que te llevan a pensar que son complementarias. La primera fractura es el tiempo. Mientras que los árboles y los bosques están programados para una forma de eternidad, el hombre solo lo está para un instante. Pase lo que pase, los bosques se renuevan: talados o quemados, germinan o vuelven a crecer. Cuando un bosque primario arrasado es dejado a su suerte tarda entre tres y ocho siglos en volver a su estado inicial. El hombre solo dispone de una parte de siglo para asistir y participar de este lento espectáculo. Eternidad contra fugacidad, el tiempo es el punto de partida de esta radical alteridad. Básicamente móvil, el hombre compensa la brevedad de su vida con el movimiento. No ha dejado de poner su inteligencia al servicio de una forma de voracidad, de una necesidad de dominar, de servir a sus semejantes y a la naturaleza. El árbol es inmóvil, duradero

y silencioso. Ocupa el espacio verticalmente, desde las profundidades de la tierra donde hunde sus raíces hasta parecernos que toca el cielo cuando se eleva a cien metros para abrir nuevas hojas al sol y al viento. El movimiento de su vida es interior, esmerándose en empujar la savia desde sus raíces hasta el final de sus ramas. No habla, pero seguimos descubriendo sus códigos de comunicación y ayuda mutua con sus vecinos a través de sus raíces y hojas. Alberga y alimenta todo tipo de formas de vida, aves, roedores, insectos y hongos, que diseminan sus semillas y aseguran su movilidad germinando a sus descendientes. La profunda oposición de estas dos formas de vida generó una confrontación inevitable, simbolizada por un hombre: el leñador.

Me gustan los árboles, me gusta mirarlos, plantarlos, verlos crecer. Me gustan los árboles sagrados, la vieja haya de montaña, el roble sin edad, los monumentos de los trópicos que los lugareños nunca cortan. También aprendí a cortar árboles para ayudar a sus vecinos a crecer, por la promesa de su madera, porque es normal talar árboles. La cuestión del hombre en el bosque, del árbol vivo y del árbol muerto, del árbol bosque y del árbol madera, ha viajado conmigo durante décadas. ¿Podemos amar a la vez los bosques y a los leñadores? ¿Podemos limitarnos a cortar los árboles adecuados, en el lugar y en el momento justo, sin entrar en el engranaje de la deforestación y la devastación? La historia de la explotación forestal y las huellas del paso de los leñadores hacen que la respuesta sea muy incierta y siempre controvertida. Sin embargo, las figuras del leñador, el carbonero o el resinero forman parte de la fuerte unión que siento con el bosque, los árboles y la madera. Respeto las herramientas, las hachas, las sierras, las motosierras y la madera que modelan. Me gusta la historia de los leñadores.

Aunque los hombres eran capaces de derribar árboles con sus hachas de piedra talladas desde el Paleolítico, era una tarea muy ardua, por lo que solo recurrieron a ello en caso de absoluta necesidad. Tres milenios antes de nuestra era, la invención de la metalurgia lo cambiaría todo, la producción de las primeras hachas de cobre y luego de bronce es una revolución importante. Permite un punto de inflexión inédito: el árbol,

que finalmente se puede cortar, cambia de naturaleza y se convierte en fuente de madera, el material que, junto con la piedra, permitirá la eclosión del sedentarismo. Es el anuncio de la ruptura con la naturaleza inviolada y sagrada, comienza el largo viaje de la caída de los bosques, el cazador-recolector se convierte en cortador de árboles. Durante mucho tiempo, en esta conquista de la naturaleza virgen, leñadores y carboneros tendrán que defenderse y luchar contra el bosque desconocido, peligroso, hostil, oscuro y poblado de animales feroces. A lo largo de los siglos, los hombres del bosque, con sus rostros ennegrecidos y su fuerza sobrehumana, se convierten en fascinantes y aterradoras figuras que median entre lo salvaje y la ciudad. Una extensa historia con cuyas huellas me he encontrado en los bosques más diversos, antiguos o actuales, del Líbano al Paraguay.

En los bosques aprendí a oler y amar su perfume. Omnipresente, destila su sutileza y su fuerza desde las montañas hasta los trópicos. Invita a dejarse flotar a merced de aromas múltiples, cambiantes, fuertes o discretos, cálidos y fríos, corrientes que van y vienen. Perfume del bosque recorrido, el humus y los musgos del suelo, el aire que barre las hojas de los eucaliptos o las agujas de los pinos, los bolsillos de resina de los troncos, la madera muerta. Fragancia del corazón de los árboles, savia, bálsamos y gomas. Fragancias ocultas y reveladas por los árboles cortados y hendidos, frescos o secos, resinosos o frondosos. Los aromas del serrín, de la madera que se seca o se quema, los olores del carbón y del humo. Hilo conductor en el bosque, el perfume que encuentran los perfumistas en él es una fuente de inspiración para ellos. Siempre renaciendo en cada nuevo brote de árbol, después de las talas o el fuego. Los bosques son reservas de silencio y vida. Más allá de su papel decisivo como sensores de carbono y proveedores de oxígeno, seguimos descubriendo la riqueza y la complejidad sin precedentes de la vida que albergan, desde la raíz de los árboles hasta la cima de las copas. Algo así como un último refugio contra el ruido y la furia de los hombres.

El comienzo de la tala de árboles se remonta a la Antigüedad, en el Monte Líbano, con La epopeya de Gilgamesh, cuya victoria sobre el

monstruo guardián del bosque de cedros da la señal de la toma de poder de la civilización sobre lo salvaje. Ir a conocer los cedros supervivientes del primer bosque explotado del mundo es una peregrinación a los albores de los tiempos modernos, un gran viaje emocional.

En la Edad Media, el agotamiento de la superficie forestal estaba ya tan avanzado que los hombres comenzaron a darse cuenta de su finitud. La necesidad de metal para forjar hachas, arados y herramientas precipitará la deforestación en Occidente. Se necesita mucho carbón para producir el metal y mucho metal para hacer retroceder el bosque en beneficio de la agricultura. A lo largo de los siglos, Europa tratará de preservar por necesidad sus bosques mediante una explotación racional. Aprendí el oficio de leñador en un bosque ajardinado de montaña, fruto del trabajo y la visión de generaciones de silvicultores talentosos, donde el rastro de las pilas de leña semicirculares de los carboneros aún estaba latente.

Hasta principios del siglo XX, la explotación del bosque se hará con hachas, sierras de mano y tiros de bueyes. Cuando, en 1850, los leñadores americanos arremeten contra los árboles más grandes de la creación en el gran bosque de las secuoyas del norte de California, lo hacen con las mismas herramientas y técnicas que los leñadores fenicios que cortaron los cedros del Líbano mil años antes de nuestra era. La entrada en el santuario de los árboles gigantes de los cabrestantes a vapor, las locomotoras y finalmente las sierras a motor abre el camino a la destrucción de casi la totalidad del bosque más bello del mundo. Caminar hoy en la magnificencia única de las catedrales de secuoyas milenarias salvadas incita a rendir un vibrante homenaje a los precursores que lucharon por preservar estos acres de bosque originario.

Motosierras, procesadoras, cosechadoras de árboles y finalmente buldóceres: esta invasiva mecánica ha contribuido al surgimiento del sentimiento ecologista. La conservación y la salvaguarda de los árboles son uno de los grandes pilares emocionales. Los abusos más extremos continúan produciéndose en los bosques primarios del mundo tropical, como en Borneo, donde la palma aceitera ha arrasado con todo. Al sur de la Amazonia, en Paraguay, el bosque del Chaco es otro ejemplo, progresivamente destruido en beneficio de la ganadería. Sin embargo,

alberga un árbol extraordinario, el palo santo, esencial para la perfumería, que un puñado de entusiastas revalorizan para salvar el bosque.

Explotación, protección, plantaciones, reconversión en santuarios: encuentro este debate por doquier en mis peregrinaciones. Al igual que los animales o los océanos, los bosques están en el centro de las contradicciones de nuestra civilización, que justifica sus saqueos en la necesidad de alimentar, transportar y calentar a ocho mil millones de seres humanos. Cinco mil años después de las primeras hachas, no hemos salido de una paradoja inextricable. Por un lado, la conciencia de la disminución de la reserva de vida insustituible que son los bosques vírgenes, por el otro, la perpetuación de una búsqueda nunca saciada de madera y de tierras fértiles. El panorama de los árboles del mundo que emerge de todo ello es diverso y marcadamente contrastado, donde se propone lo peor y lo mejor. A la destrucción de los bosques tropicales y a la progresión de los campos de árboles cosechables, responden una silvicultura respetuosa con la biodiversidad y la reciente proliferación de iniciativas espectaculares de restauración, conservación y plantación de árboles, desde los desiertos hasta el centro de las ciudades.

En este libro he querido contar la historia de los árboles y de su explotación, compartir el perfume de mis encuentros con algunos bosques excepcionales, señalar su fragilidad y urgencia. Recordar también la necesidad de creer en la reconciliación de los árboles con los hombres. Bosques de ayer o de hoy, vírgenes o domésticos, árboles talados, protegidos o replantados, motosierras, maderas y perfumes, a lo largo de estas páginas desgrano mis piedrecitas de Pulgarcito soñador.

1

El tiempo de los bosques

Esta gran tabla de casi dos metros de largo ha conservado la forma de una bandeja recortada en un tronco, a la que se le han dejado los bordes irregulares rellenos de corteza. Viendo que era lo suficientemente ancha como para hacer las veces de mesa, la coloqué simplemente sobre dos bloques de madera. Todo evoca de entrada el árbol del que proviene: la corteza, las líneas que trazan el hilo de la madera, algunas marcas de nudos. Pero algo no funciona, esta tabla no puede ser de madera, el plato brilla como si fuera de mármol, es un estallido de colores beis, marrones, rojos oscuros, hilos negros y marfil… Mi mesa es en realidad un trozo de madera petrificada por la acción de silicios. Su historia comienza en Madagascar, uno de los pocos lugares del mundo donde hay yacimientos de madera petrificada. Al oeste de la isla, en la región de Majunga, se descubren fragmentos de troncos cuya historia desafía el entendimiento. Arrastrados por poderosas inundaciones, prisioneros de sedimentos de barro, arcilla y arena, cargados de cenizas volcánicas, estos troncos de árboles, por una alquimia muy lenta, se han transformado en bloques de sílice, cada célula inicial de la lignina de la madera ha sido sustituida por piedra, coloreada a lo largo del tiempo por una multitud de óxidos.

La extraña belleza de la tabla de piedra hace que nos preguntemos por la duración de esta transmutación. La respuesta es difícil de creer o incluso de entender. Esta tabla es un trozo de pino araucaria, una conífera primitiva que vivió hace doscientos veinte millones de años. ¿Cómo imaginarse semejante noción de edad en esta momia con un pasado tan lejano que es casi inconcebible? Yo había descubierto mi trozo de araucaria en un taller de serrado y pulido de Antananarivo. Después de elegirla, envié la tabla dentro de un contenedor de vainas de vainilla. Cuando llegó, el embalaje de madera de pino se había

impregnado del olor de las vainas, mientras que la tabla no olía a nada, se limitaba a pesar ochenta kilos, la concentración inaudita de los dos millones de siglos que había atravesado para venir a hacer escala en mi casa, en Bretaña, frente al océano. Miro y toco los pocos centímetros de grosor de una madera que se ha vuelto más dura que el granito, casi tan difícil de cortar como un diamante. Me gusta que esta sedimentación de siglos no se deje penetrar con mayor facilidad que una piedra preciosa, compresión última de un cálculo del tiempo que nos sobrepasa.

El primer mensaje que recibimos de los bosques es que se rigen por un reloj temporal distinto al nuestro. La aparición de los árboles se remonta a hace trescientos setenta millones de años, punto de partida de un mundo que viene de tan lejos que solo podemos verlo como algo en camino hacia la eternidad. En torno a la antigüedad y persistencia de esta formidable forma de vida, se desarrolla algo que pertenece al orden de un tiempo infinito. En el momento en que creció la araucaria de mi mesa, los bosques colonizaban la Tierra desde hacía ciento cincuenta millones de años. Evolución decisiva del reino vegetal, los árboles se han impuesto como la forma que mejor se adapta a la conquista de las tierras emergidas. Sus precursores fueron unos helechos gigantes que podían alcanzar los treinta metros de altura, el concepto de árbol había nacido: planta vertical de gran desarrollo sostenida por un tronco rígido y resistente. En el océano del tiempo, el bosque prosperará y evolucionará diversificándose, creador de miles de especies de árboles y capaz de adaptarse a todos los cataclismos que conoce la Tierra: glaciaciones, calentamientos, erupciones volcánicas e incendios. Cien millones de años antes que nosotros, el hemisferio norte ya está cubierto de magnolios y secuoyas. En la era terciaria, cincuenta millones de años más tarde, se les unen cipreses y cedros. Hace cinco millones de años aparecen los robles, los arces y los pinos. En la época de las grandes glaciaciones, los bosques ceden su puesto y descienden hacia el sur, pero recuperan territorio en cuanto los hielos retroceden. En adaptación permanente, mostrando asombrosas capacidades de aclimatación y supervivencia, el bosque se impone como la forma de

vida fundamental en la Tierra, cohabitando con el conjunto del reino animal a lo largo de su evolución, indiferente a la peripecia de la aparición y desaparición de los dinosaurios.

El final de la última gran glaciación hace quince mil años marca el apogeo del reino forestal. Los bosques cubrían entonces alrededor de dos terceras partes de las tierras, hoy solo quedan la mitad. Los grandes tipos de forestación ya estaban bien establecidos y han cambiado poco de naturaleza. En primer lugar, la inmensidad a menudo desconocida de los bosques boreales y las taigas del hemisferio norte. Las interminables extensiones de coníferas y abedules del norte de Canadá y Rusia representan hoy en día un tercio de la superficie de los bosques del mundo. Más al sur, entramos en los llamados bosques templados, una mezcla de coníferas y frondosos, que serán los más vulnerables a la aparición de las primeras civilizaciones de agricultores y ganaderos. Por último, los bosques tropicales, reinos de una inimaginable colección de especies vivas, vegetales y animales, meollo absoluto de la biodiversidad terrestre. Las grandes selvas tropicales húmedas, la Amazonia, la cuenca del Congo y el sudeste asiático siguen albergando la mitad de las especies vivas de la Tierra. La Amazonia reúne dieciséis mil árboles diferentes; Europa, ciento cuarenta; y los bosques del norte, una decena. Todo el reino viviente reacciona al clima, al acercarse al ecuador su diversidad explota.

En la época de las pinturas de la cueva de Lascaux, la naturaleza ya había desplegado un catálogo de miles de especies de árboles, una cifra sin parangón con el pequeño número de los que nos resultan familiares. Los árboles de los bosques templados y fríos en primer lugar, con la dominación de las coníferas, esos árboles adornados con agujas tanto en verano como en invierno. Cerca de mil especies repartidas por todo el mundo en las grandes familias de pinos, píceas, abetos, cedros, enebros, cipreses, alerces, secuoyas, y tantas otras cryptomerias… Los llamados árboles frondosos son los compañeros de nuestras estaciones con sus brotes, sus hojas que nacen cada primavera y caen en otoño, aporte anual de materia prima para la lenta creación del humus de los suelos forestales. Robles, hayas, castaños, tilos, arces, árboles frutales, todos ellos omnipresentes en las culturas y tradiciones de nuestra civilización en Europa y Norteamérica. En el hemisferio sur, la gran familia de

eucaliptos oriundos de Australia es tan adaptable y productiva que ahora se planta en todas partes para producir combustible o papel. En los trópicos, los árboles son tan numerosos que los botánicos aún no han acabado de identificarlos. Solo conocemos una ínfima parte por algunos nombres de maderas preciosas explotadas desde la época de las colonias: teca, caoba, palisandro, palo de rosa, ébano, okume e iroko.

En la escala del tiempo del bosque, su relación con los hombres es tan reciente y breve que podría considerarse como una mera anécdota. Pero esta historia es sobre todo una anomalía, la llegada del primer depredador de los árboles de un mundo extraordinario que hoy en día continuamos descubriendo como sin duda la forma más exitosa de los seres vivos.

Me gusta suponer cómo era el paisaje de los bosques antes de que el hombre, convertido en agricultor y ganadero, se lanzara al asalto de los árboles. Cubriendo la mayor parte de las tierras, veo una gigantesca alfombra de grandes árboles cuyo crecimiento no se ve obstaculizado por nada salvo por incendios esporádicos, profundas sombras que albergan una vida animal con una riqueza y diversidad que hoy en día es difícil de imaginar. En todas partes, en los trópicos, en las montañas, en las llanuras templadas, una infinita variedad de árboles, muchos de ellos centenarios, a veces tan viejos que no tienen edad, magníficos, cansados o muertos, cada uno jugando un papel clave en la vida del bosque. El avance paciente de los jóvenes individuos que a veces esperan la luz durante décadas antes de que la caída de un gigante abra un claro. La vida en todos los niveles. Suelos ricos en humus, resguardados del sol, capaces de retener el agua, entramados de raíces extensas y profundas, huéspedes de miles de hongos. Filamentos subterráneos de micelio aliados con bacterias e insectos para descomponer madera muerta y hojas. En todas las latitudes una abundancia de mamíferos y roedores protegidos y alimentados por el bosque. En los árboles de los trópicos, una profusión de monos y lémures y, en las alturas del dosel forestal, flores, frutas, insectos, mariposas y miles de especies de aves. No debía de ser el paraíso, pero sí una forma de jardín del Edén inicial, en el que los primerísimos hombres también habían encontrado su lugar.

Durante mucho tiempo, unos cientos de miles de años, los hombres primitivos compañeros del reino animal permanecieron al abrigo de los bosques, encontrando en ellos seguridad y subsistencia. Encontramos el rastro de grupos de cazadores-recolectores que vivían en el bosque hace cuarenta y cinco mil años. Gran parte de la población de nuestro antepasado más próximo, el Homo sapiens, conoció una convivencia muy larga con el bosque. A lo largo de los milenios, el Homo sapiens aprende progresivamente a vivir en, con y gracias a la diversidad de los ecosistemas forestales que reinan en el planeta. Establece con el bosque una relación de respeto y temor, una relación de cercanía con los árboles y los animales que encarna poco a poco en una multitud de cultos y creencias. Es tentador ver al hombre del bosque como el último huésped, ocupando simplemente su lugar en un ciclo vital que parece que nada debería perturbar, en coexistencia con el mundo vegetal y el mundo animal. En todo el mundo, comunidades y tribus han habitado los bosques, viviendo de sus recursos y atesorando conocimientos. Cazadores, pescadores, recolectores de frutas y plantas medicinales, ya artesanos y artistas, evitan talar árboles. En primer lugar, utilizan únicamente los que el bosque ve caer y solo utilizan el fuego y sus hachas de piedra para necesidades específicas, como la construcción de piraguas.

Estos hombres y su forma de vida han desaparecido casi por completo. Casi, pero no del todo. Es tan sorprendente como conmovedor que un centenar de pueblos indígenas vivan todavía hoy en la selva tropical, supervivientes tras los últimos dos siglos en los que exploradores, colonos, militares e industriales se aunaron para desplazar, cazar, expoliar, colonizar, perseguir y, con frecuencia, aniquilar a estos pueblos primitivos, destruyendo sus bosques en un delirio de violencia y codicia cuyo alcance hay que tener debidamente en cuenta. Los supervivientes son como una rama diferente de la humanidad, humanos que han elegido la continuidad de la vida en el bosque sin aspirar a otras formas de existencia, sin necesidad de evolución. Una rama cuya historia y destino nos conmueven y culpabilizan, pero que se extinguirá inexorablemente.

En los bosques, en las sabanas, en las cuevas y en la linde del bosque,

el hombre continuó evolucionando, un caso único en este universo aparentemente inmutable. En pocos milenios cambia, inventa herramientas, técnicas, prácticas artísticas y ceremonias. Visitante de paso, prepara en el bosque su destino de hombre moderno. Lo abandonará. La salida del bosque es uno de los grandes hitos de la historia de la humanidad, el Homo sapiens inventa el cultivo de los vegetales, la domesticación de los mamíferos, la creación de pueblos y la artesanía. En este mundo donde los árboles viven varios siglos y se regeneran indefinidamente, sin más interrupciones que las producidas por los volcanes, las tormentas y los incendios, los humanos, para sobrevivir en su camino hacia la civilización, decidirán cambiar el orden de la naturaleza y del tiempo. Entrarán en el bosque para talar los árboles y abastecerse de madera. El bosque, que era un hogar, se convertirá ahora en una mina. Si reducimos los casi cuatrocientos millones de años de su historia a un solo año, los bosques habrían surgido de la tierra el 1 de enero y el Homo sapiens no llega a ellos hasta las nueve de la noche del 31 de diciembre. Siete minutos antes de la medianoche fabrica hachas de bronce y, en los últimos trece segundos del año, desforesta la mitad del planeta. Estimaciones recientes cifran en tres billones el número de árboles censados en la superficie del planeta. Una cifra irreal, vertiginosa, a la que un rápido cálculo le da todo su sentido: todavía quedan unos cuatrocientos árboles en el planeta por cada habitante, cifra, sin embargo, diez veces menor que hace cien años.

Me gusta pensar que cada uno de nosotros guarda el recuerdo de su primer encuentro con el árbol, con el bosque. Una evidencia para las generaciones criadas cerca del mundo rural, una experiencia sin duda muy diferente para los niños de las ciudades de hoy. Pero el árbol está en todas partes y allá donde esté sabe captar nuestra mirada. El manzano cargado de fruta en septiembre en el jardín de los abuelos, el plátano que sombrea la plaza de un pueblo del Mediterráneo, el árbol de Navidad gigante a los ojos del niño. Y tal vez el gingko amarillo dorado en una acera de Nueva York o las hojas de color rojo fuego rojo fuego de los arces de Kioto. Cien ejemplos, mil posibilidades. Mis

propios recuerdos del descubrimiento de este mundo son más fuertes en la medida en que se mezclan en ellos imágenes de grandes abetos olorosos, de destellos de sol en las hojas de las hayas y de leñadores absortos en su trabajo haciendo saltar virutas y serrín por el aire. El mundo del bosque que descubrí de niño era aquel en el que, entre los árboles, los hombres continuaban una tarea cuyo rastro se remontaba muy atrás en el tiempo.

2

El niño y el serrín

Muchos años después, el recuerdo de ese día permanece en mi memoria, imágenes y olores impresos entre el sueño y la realidad, una emoción que parece no querer borrarse. Debía de tener nueve años, quizá diez. Mi padre me había hecho subir en las vacaciones de Pascua a su Peugeot 403, la víspera habíamos viajado desde nuestro pequeño pueblo de Seine-et-Oise hasta Isère, donde lo esperaban para una demostración de tala de árboles en algún lugar de los bosques de hayas y abetos de la región de Vercors. En su maletero llevaba varias sierras a motor, el término «motosierra» aún no se empleaba demasiado.

Al día siguiente, el coche trepó por una pista sinuosa. Nos detuvimos en medio de los grandes árboles que cubrían toda la pendiente, el escenario me pareció desmesurado y misterioso. El sonido de las puertas al cerrarse dejó paso al silencio, me llamó la atención el aroma que flotaba en el bosque. Descubrí abetos con gruesos troncos cubiertos por una corteza escamosa; sus ramas, llenas de agujas de color verde oscuro, parecían escalar al cielo. Estaban junto a unas hayas con el tronco liso y gris claro que se ramificaban en profusiones de tierno follaje verde. Abeto y haya: guardé el nombre de las dos especies en mi memoria infantil.

Nos estaban esperando. El propietario de esos bosques maderas, con gorra, pantalón de pana, tweed y botas, se encontraba junto a su equipo de leñadores: cuatro hombres delgados con las caras demacradas, ojos oscuros y boina, todos sujetando el hacha con el hierro hacia abajo. Italianos, por supuesto, como no tardé en darme cuenta, seguramente piamonteses, miembros de algunas de las miles de familias que vinieron a Francia en los años treinta para trabajar en los bosques del sur del

país, carboneros hasta los años cincuenta, leñadores siempre, trabajadores incansables y curtidos en el dolor. A sus pies, unas alforjas de donde sobresalía el cuello de una botella de vino. El grupo esperaba con una mezcla de interés, escepticismo y temor lo que el propietario, ya convencido, les había anunciado con entusiasmo: la tala de árboles con motosierra en lugar de con hacha iba a ser un avance formidable, tanto para él como para ellos.

Derribar árboles sin hacha fue una revolución inaudita. Las primeras sierras de motor individuales no aparecieron en Estados Unidos hasta finales de los años cuarenta. Mi padre las había descubierto y aprendido a manejar en California, y, a su regreso, se había hecho importador de las primeras máquinas en Francia. Durante cinco años recorrería los bosques franceses participando en demostraciones que solían convertirse en una competición entre el hacha y la máquina. La motosierra arremetía contra siglos de tradición, contra la historia de los hombres de los bosques, una corporación orgullosamente instalada en sus conocimientos inmemoriales que había inspirado desde siempre una mezcla de admiración y temor. Los cuatro compañeros guardaron silencio mientras mi padre sacaba la motosierra de su maletero y se abastecía de la mezcla de combustible para el motor y de aceite para engrasar la cadena. Encendió un cigarrillo y siguió al propietario un poco más abajo de la pista hasta llegar al pie de un abeto, enorme en mi recuerdo.

La máquina, amarilla, brillaba al sol de aquella mañana de primavera, supervisada ahora por los leñadores, que hablaban en voz baja. Nada nuevo para mí, las motosierras formaban parte del decorado de nuestra casa, que hacía las veces de almacén y taller: poco a poco me había resignado al ruido brutal y ensordecedor del arranque de los motores. Las primeras máquinas eran muy pesadas y tenían una larga espada. A veces les costaba arrancar: había que tirar con fuerza y perseverancia de la cuerda de arranque. Maquina en mano, con el motor girando y el cigarrillo siempre en los labios, mi padre se acercó al abeto. Lo vi levantar la cabeza hacia la copa, yo aún no sabía que había que establecer por adelantado en qué dirección debía caer el árbol y que esto determinaba los primeros cortes en el tronco. Para hacer el corte, el leñador valora dónde y cómo se inclina el tronco, la

distribución de su copa y los obstáculos de los otros árboles, a los que no debe dañar en su caída.

Hizo rugir el motor para lanzar la mordida de la cadena en el tronco, un poco por encima del soporte del tocón, y rápidamente recortó una gran cuña de madera, restallando una muesca en el lado de la pendiente. El serrín brotaba, y el intenso olor de la resina de abeto se me quedó grabado para siempre. Dio la vuelta al árbol y nos pidió que nos alejáramos de él, creo que unos diez metros. Y entonces comenzó el corte, opuesto a la muesca, con la motosierra puesta a la máxima potencia. Recuerdo que, mientras tanto, no dejaba de fumar. Los rayos del sol se colaban juguetones a través del follaje de los árboles, iluminando una escena en la que el humo ligero de los gases del escape se mezclaba con el del cigarrillo de mi padre. Llevaba las manos descubiertas y la camisa a cuadros de leñador americano remangada. Iba sin ninguna protección, era otra época.

Se levantó, con la frente sudorosa, todavía quedaba mucha madera por cortar. Se volvió hacia nosotros y me hizo señas para que me acercara. Cuando yo, que no se puede decir que fuera muy temerario, fui con aprensión hasta él, me preguntó si quería ayudarlo. Relanzando la motosierra en la hendidura, me envolvió la mano con la suya para guiarla hasta el acelerador y, durante unos segundos, serramos el árbol juntos. Humo, chorros de serrín a la luz del sol, olor verde y dulce de la resina, ruido voraz del motor, la excitación prevaleció sobre el miedo. Es un recuerdo muy vívido. Fue mi ritual de entrada en el bosque.

Volví rápidamente con los leñadores y él pidió a todo el mundo que se apartara mientras terminaba la tala. El espectáculo de la caída de un árbol en un bosque es breve, intenso y siempre conmovedor. La lentitud impresionante de los primeros segundos en que el árbol comienza a bascular y luego los crujidos de la separación de las últimas fibras que aún unen el tronco al tocón son inolvidables. El roce de la copa del árbol con los árboles vecinos al principio de la caída, luego una sensación de abatimiento en el aire hasta el impacto en el suelo, sordo y fuerte, el estruendo de las ramas que se rompen y la vibración del suelo vivo del bosque.

Luego mi padre bajó por la pendiente a lo largo del árbol para cortar las ramas y la copa y dejar un tronco limpio, lo que se llama una

troza, el nombre que designa la entrada del árbol cortado en el mundo de la madera de los hombres. Ahora, los italianos estaban muy animados, habían dejado sus hachas y hablaban alto. Reunidos al pie del tocón, examinaban la huella del corte: no había astillas de hacha, esos trocitos de madera tan viejos como la humanidad, solo una ligera alfombra de serrín en el suelo. La invención de las cuchillas articuladas de una cadena de motosierra hacía que la tala de un árbol mediante golpes fuertes y repetidos de una hoja de hierro afilada pasara a ser algo más cercano al mundo de la serrería o la carpintería. El derribo del abeto había durado menos de un cuarto de hora, los piamonteses sabían perfectamente que dos de ellos habrían tardado al menos dos horas en hacer lo mismo. Todo el mundo se desplazó un poco más arriba en la pista y el propietario mostró a mi padre el haya que había marcado y que sería la segunda parte de la demostración. En mi recuerdo de niño aquel árbol era también gigantesco, imagino que debía de tener entre sesenta y ochenta años, una edad normal de explotación. Se repitió la misma operación, pero esta vez el hombre de la motosierra dejó que uno de los leñadores terminara el corte y mirara cómo caía el árbol. La conversación de los italianos en su lengua era cada vez más animada.

El propietario se llamaba André y, con el tiempo, se hizo amigo de nuestra familia. Había heredado ese vasto y magnífico bosque y estaba probando todo lo que pudiera hacer progresar la explotación forestal. Era el representante de una larga tradición francesa de silvicultura, heredero de la ciencia de las mejores prácticas de gestión de los árboles, en la línea de lo que Colbert había iniciado trescientos años antes con su política de regeneración de los bosques de robles del reino. Siglos de preocupación por la suerte de los bosques que sirvieron, en particular, para hacer emerger el modelo de los bosques ajardinados, las más bellas repoblaciones en los bosques templados a semejanza de aquel en el que nos encontrábamos. En los bosques ajardinados los árboles se mezclan por especies y edades, se seleccionan para talar solo aquellos que llegan a la madurez. Fue uno de los primeros silvicultores que confió en mi padre y le compró máquinas a finales de los años cincuenta, cuando las importaciones de Estados Unidos seguían siendo arriesgadas y difíciles

por falta de divisas. Comprendió de inmediato que la motosierra era una revolución importante y que la historia del mundo forestal se vería alterada. Las motosierras eran caras, pero pronto y en todas partes los leñadores se dejarían convencer y se equiparían con ellas.

Me metí un puñado de serrín en uno de los bolsillos. Creo que los olores de aquella mañana se me han quedado tan grabados como las imágenes, involuntaria memoria olfativa de la infancia. Un abeto huele maravillosamente bien. Una mezcla de la fragancia de la resina secretada por los troncos y la de las agujas del follaje, ricas en aceite esencial. La intensidad del olor depende mucho de la temperatura, de la penetración del sol en la penumbra del bosque y de la hora del día. El viento que circula por las copas es el organizador de esta difusión. Hay algo completamente único en lo que se aspira en un bosque, una mezcla de las notas cálidas de las coníferas con los olores fuertes a humus, a lo que se unen rastros de aromas a musgo, hongos y agua viva. En el otro bolsillo llevaba serrín fresco de haya recién cortada, un perfume muy diferente. Sin ser aromático, el serrín de los árboles frondosos también tiene un olor muy intenso a madera y humedad, una parte de acritud que varía con las esencias. Los leñadores charlaban y bromeaban con mi padre. Mitad gascón, mitad provenzal, a este le encantaban esos contactos con los trabajadores manuales. Sin necesidad de hablar de ello, su soltura en el bosque delataba los dos años que había pasado cortando madera en California y Alaska. Se hizo vendedor de motosierras para así vivir con los árboles. Volvimos a la carretera para regresar a nuestra casa, que estaba aislada en un campo, frente al bosque de Rambouillet. Yo llevaba en los bolsillos el olor del bosque de Isère y el orgullo de haber sido leñador durante un momento.

Mis padres me contaron que, durante dos o tres años, la única manera de intentar vender las pocas motosierras que podían importar era hacer demostraciones de tala de árboles. Recorrieron Francia, pasando de los pinares de las Landas a las extensiones de píceas del Jura. A mi padre le pagaban a destajo, su máquina despertaba curiosidad, a veces le hacían un pedido. Alquilaban casas forestales rudimentarias donde, al parecer, mi hermana de tres años y yo, un año mayor que ella, éramos

completamente felices. Cuando cumplí seis años, el éxito de las demostraciones había sido suficiente para poder montar un negocio e instalarnos a cuarenta kilómetros de París, lo que en aquel momento era como decir en el fin del mundo. En casa, el taller retumbaba con el sonido de las motosierras. Mi padre, su socio y dos mecánicos probaban las máquinas, nuevas o en reparación. En el exterior, excelente zona de juegos para mi hermana y para mí, grandes cantidades de troncos servían para comprobar el afilado de las cadenas, produciéndose montones de serrín de abedul, pino o roble. Siempre esa mezcla de olores donde el serrín acababa por prevalecer sobre el aceite y la gasolina. Frente a nuestra casa, yo era el amo de un pedazo del bosque de Rambouillet. Otro macizo forestal ejemplar, cubierto de robles de todas las edades mezclados y bien explotados. El bosque olía maravillosamente en el sotobosque, la temporada del muguete precedía a la de los boletus. El humus era espeso y, al final de mi recorrido secreto, una pendiente llena de pinos y peñascos descendía hasta un arroyo cristalino. Era mi Sherwood, en él alternaba los papeles de Robin Hood e Ivanhoe. Nuestra infancia olía a bosque y a madera.

El recuerdo de los abetos de Isère ha seguido siendo mi punto de referencia iniciático, presente a lo largo de mi recorrido por los bosques del mundo. En los años siguientes me convertiría en leñador y desbrozador, antes de que el encuentro con el aceite de las agujas de pino en el bosque de las Landas me descubriera un oficio.

3

Los alerces y el buscador de esencias

A mediados de los años setenta terminé mis años de estudiante en la Escuela Superior de Estudios Comerciales realizando la evaluación de los recursos maderables para una planta de fabricación de palés en Auvernia. Me doy cuenta de que todo lo relacionado con el bosque me atrae. La carrera de «Comercio» de aquellos años abarcaba un amplio abanico de disciplinas; las finanzas y los asuntos internacionales permitían la opción «agroalimentaria», refugio de quienes todavía no sabían qué hacer con su vida. Al salir de la escuela, la idea de irme a cortar madera me pareció más tentadora (incluso obvia) que unirme a una empresa de auditoría. La oportunidad se presentó y fue en un bosque de alerces en el sur de Francia donde me enfrenté al oficio de leñador.

Jérôme finaliza la tala, el árbol se tambalea y empieza a bascular. Rebota sobre un follaje vecino, se desvía de su trayectoria, cae lentamente y apoya su cima sobre el tronco de otro alerce, que queda situado a pocos metros del suelo. Nos miramos en silencio, conocemos cómo va a continuar la historia. Uno de los dos tendrá que hacer palanca con una gran estaca en el extremo del árbol, cerca del tocón, mientras que el otro se subirá al tronco y saltará hasta que se desenganche. Pérdida de media hora y un cansancio adicional del que prescindiríamos con gusto a esta última hora de la tarde. Convertirse en un leñador eficaz lleva tiempo y pasa por el aprendizaje de toda una serie de incidentes y contrariedades, pero eso era lo que Jérôme y yo nos habíamos propuesto en esos últimos días de primavera en las Cevenas. Somos primos y cómplices desde la infancia. Él es mayor que yo, tiene un temperamento aventurero y es fuerte y hábil en todas las cosas

materiales, un modelo. Estamos en sintonía con los tiempos, los inicios del retorno a la naturaleza y la conciencia ecológica comienzan a irrumpir en las mentes de los estudiantes, entre las primeras mareas negras y los dibujos de Reiser en Charlie Hebdo. Jérôme ha conseguido para los dos un contrato de tala a destajo para un pequeño aserradero de Le Vigan, un pueblo grande de las Cevenas. Conocemos el manejo de las motosierras, pero no tenemos ninguna experiencia en el oficio. El trabajo consiste en explotar los alerces y abetos seleccionados por los técnicos de la Oficina Nacional Forestal (ONF) en una gran parcela del bosque del Aigoual. El aserrador los ha comprado «en pie», nos paga por el volumen de madera cortada, desramada y descortezada. Aunque todo esto ocurrió en un pasado muy lejano, lo recuerdo casi como si fuera hoy. Pasado el tiempo, el trato frecuente con los bosques deja profundas huellas que la memoria evoca fácilmente. Los árboles nos ayudan a no olvidar el tiempo pasado con ellos, pues permanecen inmóviles y vivos en el lugar donde los hemos conocido. Los abetos del Aigoual que en aquel momento no talamos han crecido, y me gusta pensar que se acuerdan de nuestro paso, hace casi cincuenta años, solo un instante para ellos.

El alerce es una elegante conífera que proporciona una madera de gran calidad, utilizada a menudo en las zonas de montaña para construir graneros y chalés. Tiene la particularidad de perder sus agujas en invierno, ofreciendo en primavera el seductor espectáculo de su tierno follaje verde con la salida de los nuevos brotes. Los alerces y los abetos son unas coníferas muy fragantes, la mecánica de su actividad fotosintética lleva a sus agujas a producir moléculas perfumadas, los terpenos, que dan a estos bosques su aroma característico, sugestivo y calmante para los humanos. Nuestro bosque olía bien, pero durante semanas nos envolvería un olor mucho más fuerte, el de los bolsillos de resina que desvelaba la tala del tronco, ramas y copa, y sobre todo el descortezado.

Las motosierras solo se utilizaban en la explotación forestal desde hacía quince años, pero la tala con hacha ya había desaparecido. Muchos leñadores seguían en el oficio, pero ahora con otra herramienta. No éramos conscientes de la revolución inaudita que suponía el uso de la motosierra, ni de la antigüedad de la página de historia que estaba

finalizando. En el mundo occidental, el reinado de estas máquinas en la explotación de los bosques durará unos cuarenta años, hasta la aparición de las cosechadoras forestales, que tomarán el relevo de la modernidad en las plantaciones de coníferas o eucaliptos de todo el mundo. Vistos con la distancia del tiempo, nuestro equipo y nuestra organización de entonces hacen sonreír. Nos prestaron una pequeña casa de piedra de dos habitaciones al lado del pueblo. Tenía electricidad, pero no agua caliente. Salíamos temprano en una furgoneta 2 CV de chapa ondulada gris, con una motosierra, hachas, una maza y cuñas, limas y bidones de mezcla y aceite dentro del maletero. El trabajo se realizaba en jeans, camisetas y botas de goma, sin casco ni pantalones reforzados y tampoco zapatos con puntera metálica: el concepto de equipo de seguridad no había cambiado desde la época en que mi padre hacía sus demostraciones.

Una hora de camino en zigzag para llegar a la tala, una parcela de bosque de tarjeta postal, una pendiente que muestra una mezcla de abetos y alerces, un suelo cubierto de arbustos de arándanos y, al pie de la parcela, un pequeño torrente. Los técnicos habían marcado los árboles que había que talar con un hachazo en la corteza a la altura de los ojos. La mayoría de ellos eran alerces. Por cada árbol marcado dejábamos cinco o seis, hacíamos una poda de aclareo en un bosque ajardinado, la forma de explotación más respetuosa con el medio forestal. La luz de los vacíos que creábamos a nuestro paso beneficiaría a los árboles restantes, ayudaría a su crecimiento y facilitaría la germinación de jóvenes plantas. Mezclados con los alerces, los abetos marcados eran nuestra recompensa, ya que eran más grandes, más fáciles de descortezar y generaban mayor beneficio económico.

El trabajo se dividía entre el papel de leñador y el de descortezador, que nos intercambiábamos a lo largo del día. La motosierra era pesada y ruidosa, pero el derribo era la tarea noble. Me gustaba mirar el árbol, evaluar la forma de la copa para decidir el eje de su caída, orientar bien la muesca y finalmente acompañar al árbol guiando su trayectoria hasta el último momento, eligiendo de qué lado cortar las últimas fibras. Yo tenía cierta destreza en el derribo, pero eso no evitaba los

errores y los problemas. Conservo el doloroso recuerdo de un gran abeto de veinte metros de tronco, con la muesca hecha en el lado incorrecto. A la mitad de la tala, el árbol se inclinó en la dirección opuesta a la prevista y bloqueó la hoja de la motosierra. Después de infructuosos intentos para liberarla clavando cuñas con la maza en la muesca, solo me quedaba el hacha para tratar de liberar la máquina. La vuelta a la tala original terminó con un desafortunado hachazo en la cadena y la hoja de la sierra, poniendo fin a la jornada de trabajo…

El descortezado del tronco de los alerces nos sometía a una dura prueba. Había que pelar la gruesa corteza con la ayuda de lo que se llamaba localmente un «rusquet», un mango acabado en un triángulo de metal afilado. La corteza se desprende bastante bien de la madera en primavera, pero, cuanto más avanza la estación, más pegada se queda, por lo que, en esos primeros días del mes de junio, el trabajo era muy arduo. El rusquet despegaba con mucha dificultad las tiras, teniendo que forzarnos para pelar el tronco. La orden era hacer un descortezado total antes de medir la circunferencia del tronco para calcular su volumen, base de nuestra remuneración. El volumen «bajo corteza» venía dado por una tabla de costos forestales, nosotros transcribíamos los resultados en las fichas de obra. Cada árbol desramado y descortezado era, por tanto, objeto de un ceremonial de medición con cinta métrica. Los alerces no eran muy grandes, por lo que cualquier resultado que superara un metro cúbico era un pequeño triunfo. Recuerdo que, debido al cansancio, los alerces de última hora de la tarde no siempre quedaban bien descortezados.

Al mediodía, después de bajar a remojarnos en el torrente, calentábamos unas conservas. Antes de una breve siesta, era necesario afilar la motosierra, una operación capital, ya que una cadena bien afilada es indispensable para un corte eficaz y recto. Con el paso de las horas los cuchillos se desgastan con la arena o las pequeñas piedras ocultas en el musgo de los tocones, de modo que hay que afilarlos con una lima redonda. Esta operación se regía por la técnica que cada uno elegía de forma improvisada, de rodillas o sentado, con la motosierra entre las piernas, una posición diferente para cada lado de la cadena. Era necesario respetar el ángulo del filo del cuchillo y raspar solo un mínimo de metal para preservar su duración. Me convertí en el afilador

de nuestro tándem, una contribución muy modesta a nuestro trabajo en equipo, pues Jérôme descortezaba mucho más rápido que yo. La vuelta al trabajo por la tarde era difícil, pero guardo en la memoria la felicidad de aquella media hora de descanso, con los ojos cerrados, tumbado entre los arándanos y el musgo, acunado por el ligero sonido del viento en el follaje de los alerces y el olor de nuestros troncos recién descortezados.

Por la noche volvíamos cansados, negros del polvo de los líquenes proyectados en el aire por la caída de los árboles y manchados de resina. Jérôme había puesto una alcachofa de regadera a un viejo bidón de pintura que rellenábamos con agua calentada en un hornillo de gas. La modesta ducha era indispensable para la supervivencia. Teníamos un radiocasete donde oíamos en bucle el último álbum de Bob Dylan, sobre todo la canción Tangled Up In Blue. Una imagen de esta autobiografía onírica evocaba un trabajo en los grandes bosques del norte: sonaba bien para los trabajadores «enredados en el verde» de los bosques del sur. La aventura de la tala duró todo el verano, luego nuestros caminos se separaron, Jérôme se fue a seguir aprendiendo el oficio en bosques de robles centenarios, donde llegó a encargarse de la explotación de árboles de gran valor. Todavía hoy saboreo la libertad de aquella época y la despreocupación de nuestras empresas.

Después de los alerces, seguí con los árboles: me uní a una pequeña cooperativa de trabajos forestales en el norte de Gard. El clareo había llegado a ser un tema importante en el bosque mediterráneo después de años de aumento espectacular de los incendios en el sur de Francia y Córcega. Clareábamos garrigas, bosques bastante bajos pero densos, una mezcla de robles verdes o pubescentes, enebros, madroños, pinos y bojes. Era una ocasión para descubrir la variedad de olores del bosque mediterráneo, como el de los enebros, tan original y potente como las agujas de su follaje, diabólicamente agresivas. Los suelos eran pedregosos, la tala difícil para las motosierras, que había que afilar tres o cuatro veces al día. Teníamos una gran trituradora de ramas: la mezcla de virutas de madera, hojas y agujas que salía de ella olía muy fuerte al tanino de roble, a la trementina y a la baya de enebro.

Nuestras parcelas de trabajo revelaban aromas intensos y variados. Comencé, pues, a ser sensible a los aromas del bosque, pero los subproductos forestales me condujeron primero a la valorización de la madera en energía. Acababan de crear una empresa, con el apoyo de los poderes públicos, para poner en marcha una serie de proyectos muy innovadores: calentar con leña viviendas, hospitales o escuelas secundarias para reaccionar a la subida de las cotizaciones del petróleo. Durante algunos años me convertí en buscador de cualquier tipo de madera para alimentar las calderas de toda Francia. Serrines, cortezas, productos de clareo, trozos de aserrado: todo servía. La tarea era ardua, la idea estaba algunas décadas adelantada, el precio del petróleo aún no era tan alto como para permitir una buena rentabilidad. Sonrío ante el recuerdo de aquellas batallas técnico-económicas, ya que la calefacción con pellets de madera se ha expandido hoy en día de una forma tan masiva que a veces es sospechosa de provocar la deforestación.

Fue precisamente un recurso de agujas de pino para una sala de calderas en Burdeos lo que me hizo conocer los aceites esenciales. En el bosque de las Landas, algunos pioneros del desarrollo local, inspirados por unos productores de esencias de coníferas de Quebec, se habían lanzado a destilar agujas de pino marítimo y enebro. La valorización de los residuos de destilación era capital para la rentabilidad de la operación. La idea de extraer el perfume del bosque de pronto daba sentido a lo que yo había descubierto y amado durante mis años en el bosque, por lo que me uní a ellos. Dejé la motosierra para descubrir los oficios de la producción de esencias y, más tarde, el oficio de buscador de extractos naturales para la perfumería. Otra forma de entrar en los bosques, en particular en los de los árboles de perfume, el periplo de un aprendiz de leñador convertido en recolector de aromas.

Los bosques huelen, los bosques están perfumados. Olores de la diversidad de árboles ocupados en crecer, vivir y morir, rodeados de una infinidad de plantas, animales, insectos y hongos, en un lento ballet silencioso y agitado, desde el suelo hasta las cimas. Los bosques huelen a la respiración de sus árboles, a las flores y los frutos que se abren y desaparecen, a la agitación de las raíces en el suelo, al agua que los

recorre, al sol que calienta las hojas, la pinocha y los troncos. El olor de los bosques boreales es resinoso durante su breve verano, antes de aletargarse bajo la nieve. Alrededor del ecuador, los bosques tropicales huelen a la humedad cálida, a la descomposición de las hojas y la madera, a los olores pesados de los suelos forestales empapados, donde la madera caída es devorada por toda la vida del bosque. El aroma de las coníferas en los bosques templados es, en primer lugar, el de los terpenos, esas moléculas tan olorosas que segregan los árboles resinosos. El olor de los pinos, abetos, cedros, enebros, cipreses y tantos otros es familiar, cálido, aromático, tranquilizador, calmante. En el hemisferio sur, otro derivado terpénico, el cineol, perfuma los bosques de eucalipto. Es muy diferente de los aromas a resina, pero también fuerte e inmediatamente reconocible. El cineol viajó con los eucaliptos un poco por todo el mundo, dejando una profunda huella olfativa en los paisajes europeos de Portugal, España o Córcega, así como en California. Los pinos, abetos y eucaliptos son depósitos inagotables de perfumes, evocadores de la idea de bosque, siempre buscados como fuente de bienestar, quizá por su lejana reminiscencia de un paraíso sin hombres. Más discretos, los bosques de árboles frondosos también huelen. Los aromas de los bosques de hayas o robles no se hallan tanto en el follaje del árbol como en el encuentro de las hojas caídas con la hojarasca del suelo, alimentando la alquimia que produce humus. Estos bosques huelen a tierra, hongos, musgo y madera muerta, y a savia cuando llega la primavera.

A lo largo de los años, he seguido el curso de estos olores, desde la profundidad de los bosques hasta su transformación en una colección de ingredientes aromáticos. Aromas convertidos en tesoros en las manos y las narices de los perfumistas para evocar el bosque y los árboles. La paleta de extractos que hoy en día utiliza la perfumería se ha construido al arbitrio del recorrido del hombre «cazador de madera» a través de los siglos y las regiones del mundo. En los tiempos antiguos se recolectan sobre todo maderas fragantes, cedro, enebro y sándalo, cuyos humos perfumados sirven de vínculo con lo divino. Los bálsamos y las resinas que exudan o manan de los árboles perfuman la Antigüedad y encuentran múltiples usos, el incienso y la mirra contribuyen al embalsamamiento en la cultura egipcia. En el mundo mediterráneo la

resina de pino servirá para impermeabilizar los barcos, antes de ser producida de modo industrial en el siglo XIX al pasar a ser apreciada en la industria. De los troncos de los abetos o alerces se recolectan gomas utilizadas en pintura o barnices. Otros árboles dan a la perfumería el benjuí, el estoraque, el bálsamo peruano o el elemí, cada resina tiene su propio olor y especificidad.

Con la destilación y la capacidad de producir aceites esenciales solubles en alcohol, el bosque entra realmente en la perfumería. A partir del siglo XVII las esencias de follajes, madera, resinas y bayas se diversifican. Los perfumistas seleccionaron primero algunos grandes olores de follajes, convertidos en «clásicos»: abeto balsámico de Canadá, abeto de Siberia, ciprés, eucalipto, baya de enebro, la esencia de los ramos de naranjo amargo. El éxito de la aromaterapia en la última década ha contribuido a ampliar el catálogo de las esencias propuestas y, actualmente, podemos encontrar docenas de aceites esenciales de coníferas, pinos, abetos, píceas, tuyas, alerces o Chamaecyparis. Otras tantas notas llamadas aromáticas, resinosas y verdes, restituciones concentradas del olor de los pinares o de las agujas aplastadas. Parientes porque son ricas en terpenos, pero todas ellas diferentes y seductoras por las beneficiosas propiedades específicas que la aromaterapia pone de relieve. Como complemento a sus follajes, los propios bosques son ricos en fragancias. Los serrines, verdes en el bosque o secos en la carpintería, destilados con vapor de agua o extraídos con disolvente, son un precioso depósito de olores. Los perfumistas juegan con las maderas del mundo, sin dudar en mezclarlas para traducir su visión olfativa de un árbol o un bosque. La nota resinosa seca de los enebros de Virginia, o la más cálida del cedro de Marruecos, pueden buscar acordes con la redondez láctea del sándalo, la intensidad afrutada y ahumada de la madera de guayacán o la animalidad del oud. Con el paso del tiempo y la sed de novedades, a estas notas clásicas se han ido añadiendo otras como la tuya, llamada cedro rojo, el ciprés de Alaska, la cunninghamia de China o las cryptomerias de Japón, sin olvidar los extractos de roble, portadores de una nota amaderada y avainillada que la perfumería toma prestada de los barriles de vinificación. Ya sea resinado, talado, hendido o convertido en serrín, los perfumistas han aprendido a oler el árbol, a

elegirlo y, finalmente, a capturarlo para rendirle homenaje, junto a las flores y especias, en los frascos de las más bellas creaciones.

Leñador y buscador de esencias, dos itinerarios divergentes, pero convertidos en complementarios por mí, testigos de mi propio recorrido por los bosques y de mi mirada sobre su destino. Aprendí que a uno le puede gustar talar árboles y al mismo tiempo querer proteger y salvar los bosques, ser un leñador mesurado y un plantador decidido. También he descubierto, a lo largo de los años, que el perfume es un hilo conductor en la historia de los bosques. A veces discreto, en las hayas o secuoyas, oculto en el corazón del bosque. A veces tan precioso que se talan los árboles por él, como la madera de agar en Asia o el guayacán en Paraguay. El perfume acompaña a los árboles, vivos y muertos, desde el aroma de los follajes hasta el olor del carbón vegetal. Los primeros pinos que brotan sobre la ceniza de los incendios ya llevan en sus agujas el germen del olor de los pinares.

En las montañas del Líbano, el perfume de los cedros cuenta la historia tres veces milenaria de la tala de un bosque mítico. Siguiendo el rastro de los primeros leñadores del mundo, me crucé con la memoria de la magnificencia de estos árboles y la determinación de aquellos que quieren verlos revivir.

4

El hacha de Gilgamesh

En lo alto del bosque de Ehden, situado a dos mil metros de altitud en el Monte Líbano, aparto las piedras blancas para excavar la tierra marrón. Sandra me tiende la joven planta de cedro, introduzco bien el cepellón, pongo tierra alrededor de él, la aprieto ligeramente y coloco las piedras en círculo para formar una cubeta de retención de agua. Ya de pie, miro el pequeño cedro adornado con agujas de color verde claro y mecido por el viento. A mi lado hay dos mujeres libanesas que son todo sonrisas: Sandra, la responsable de esta reserva forestal, y Joumana, farmacéutica de formación y apasionada de los aceites esenciales, guía de mi viaje por el Líbano tras las huellas del cedro y su perfume. Ambas saben cómo me siento después de esos gestos tan simples, su regalo de un cedro para plantar es una valiosa llave de entrada a la historia más antigua de los hombres en el bosque. Desde esta cresta, la mirada se extiende hacia los vastos paisajes de un valle cubierto de árboles, hondonadas y laderas de las que emergen las reconocibles cimas de los grandes cedros del Líbano. Me cuesta dominar la emoción, sé que tengo ante mis ojos algunos vestigios del bosque de los cedros, el padre de todos los bosques, un monumento de la historia de la humanidad.

Los cedros del Líbano cubrían las laderas del Monte Líbano de norte a sur en una superficie de más de cien kilómetros. Los pocos retazos que quedan y los escritos de la Antigüedad ayudan a hacerse una idea de lo que pudo ser la magnificencia de este macizo antes de que llegaran los primeros taladores de árboles en el tercer milenio antes de nuestra era. Extensiones enormes y densas donde el cedro se alzaba junto a grandes enebros, abetos, robles y pinos. Altos y macizos, los cedros y los enebros

vivían más de mil años. Albergaban un fantástico bestiario, donde los grandes depredadores, leones y leopardos, cazaban a los ciervos y los antílopes, y convivían con los osos y elefantes de bosque, una fauna tan rica en caza como en fieras. El bosque del Monte Líbano se adentraba en Siria por el norte y también en los montes Tauro de Turquía, donde sigue habiendo cedros. La razón de que este bosque conociera un destino tan singular fue que estaba equidistante de Mesopotamia y Egipto, constituyendo una fabulosa reserva de árboles en pleno Creciente Fértil, las tierras donde nacieron las civilizaciones. Egipto y Mesopotamia carecen de madera, sobre todo de troncos de gran longitud necesarios para la construcción de templos y mástiles de barcos. Esta penuria generará una búsqueda frenética de grandes árboles a partir del dominio de las herramientas de bronce. Hoy en día queda menos del dos por ciento del bosque inicial. Todas las civilizaciones de la Antigüedad vinieron a talar los cedros de este bosque, que prácticamente habían desaparecido antes de que comenzara nuestra Edad Media. Con los cedros, la humanidad, en los albores de su historia, inauguró la explotación sin límites de la naturaleza, una tragedia que repetirá con tesón en toda la Tierra hasta nuestros días.

Sandra nos precede en la pendiente que desciende hacia el bosque, superamos algunos enebros excelsa, endémicos del Líbano, imponentes centinelas, supervivientes sin edad, buscados por la dureza y resistencia de su madera, fuente de sólidos pilares para los templos. Llegamos a la linde de los cedros, aparece un primer grupo, es un impacto visual. En medio, un árbol enorme, enraizado en el fondo de una escarpa, su tronco lleva hacia la luz una multitud de ramas horizontales tan gruesas que parecen otros árboles. A treinta metros de altura, el cedro comienza a desplegar su cima: una maravilla de arquitectura vegetal, un mar de agujas con cientos de conos que forman la famosa mesa plana que los cedros adoptan en la madurez. El árbol parece tan ancho como alto. El viento hace jugar al sol de la mañana en sus ramas. Me quedo inmóvil, deslumbrado, recorriendo lentamente con la mirada los otros doce cedros que rodean al señor del valle. Joumana ha bajado al pie del árbol, se apoya en él y extiende los brazos para mostrarnos que la base es mucho más ancha que su envergadura. Sandra me dice que el

equipo de la reserva calcula para un árbol como este una edad de entre ochocientos y mil años. La datación de los cedros es un tema sensible en el Líbano, grandes edades anunciadas han sido a menudo cuestionadas, por considerarlas más identitarias que científicas. Sin embargo, los métodos de datación más recientes confirman que quedan decenas de cedros milenarios en el Líbano y que algunos tienen más de dos mil años. El espectáculo de un gran cedro en los parques o jardines públicos no deja indiferente a nadie. Con su silueta especialmente armónica y su tranquilizadora rotundidad, desprende una fuerza que invita a convertirlo en el representante ideal del mundo de los árboles. En el Líbano, su lugar de origen, es mucho más que eso. Una cita silenciosa con las huellas de la historia, fragmentos de belleza unidos al paisaje, raíces enormes hundidas en las piedras, cimas recortadas en el cielo, el encanto de un encuentro fugaz robado a la soledad de un árbol que, silenciosamente, va camino de la eternidad.

Pocos árboles han marcado el imaginario de los hombres con tanta intensidad como el cedro. A su belleza tan particular añade una longevidad fuera de lo común y una madera ligera, fácil de trabajar y casi imputrescible. Su capacidad para desafiar el tiempo está ligada a su riqueza en resina y en compuestos aromáticos, que le confieren un perfume tan distintivo como seductor. Señor del bosque, capaz de alcanzar una altura de más de cuarenta y cinco metros, reinaba sobre las otras especies. Todas las civilizaciones de Oriente Próximo se apropiarán de la grandeza del cedro, dominador, poderoso, difusor de un perfume delicioso y, sobre todo, incorruptible en el tiempo, hasta llegar a ser una representación alegórica de lo divino en la Tierra. La Biblia está llena de menciones al cedro, y muchos cristianos maronitas del Líbano se reúnen cada año para celebrarlo.

El cedro del Líbano, Cedrus libani, es uno de los cuatro representantes de la familia de los verdaderos cedros. El de Chipre tiene un menor desarrollo y las agujas más cortas. El cedro del Atlas, presente en las montañas de Marruecos y Argelia, es un pariente cercano. Finalmente, el cedro del Himalaya está más alejado botánicamente. El aroma del árbol es tan original, fuerte y persistente

que el mundo anglosajón da el nombre de cedro, cedar, a múltiples coníferas con marcado aroma, pero de familias botánicas completamente diferentes, como los cedros de Texas o de Virginia, que son enebros. Maderas que, bajo el nombre genérico de «incienso de madera», reúnen diferentes olores. Para un perfumista, el olor a lápiz del enebro de Virginia está muy lejos del aroma de una esencia de auténtico cedro.

Fuera de Oriente Próximo, el mundo descubre el cedro con los relatos de viaje por el Líbano del francés Pierre Belon a mediados del siglo XVI. El primer árbol plantado en Europa, en 1630 en Inglaterra, sigue vivo. El cedro del Líbano conocerá en el siglo XIX una popularidad considerable gracias a los románticos. El árbol de la Biblia, del que solo quedan algunos vestigios, llega a los templos en ruinas por la sed occidental de redescubrir la Antigüedad. Lamartine le dedica unos versos a su regreso del Líbano, y pronto el cedro se convierte en un elemento imprescindible en la creación de parques de prestigio. De ese modo, en toda Europa se pueden ver cedros del Líbano con una edad de entre ciento cincuenta y doscientos años, adaptados a estas condiciones tan diferentes de su lugar de origen y convertidos en magníficos árboles. Su pariente del Atlas demuestra ser una mejor especie para la reforestación, y debido a la moda de las plantaciones forestales del Segundo Imperio en Francia, se instala a gran escala, formando hoy en día unos bosques bellísimos, como los del Mont Ventoux. El cedro del Líbano sigue siendo escaso, lo que le hace más valioso.

Cuando conocí a Joumana en París para hablar de los aceites esenciales de su país, le pedí que me ayudara a ir al Líbano para conocer a Gilgamesh. Sonrió y quiso saber el motivo. «Porque es el primer leñador de la historia», no pude ser más sincero. La epopeya de Gilgamesh es conocida por ser el más antiguo relato escrito de la humanidad. Su protagonista fue sin duda un rey de la ciudad de Uruk, en Mesopotamia, que reinó alrededor del año 2700 a. C. La versión más antigua de la epopeya precede a la Biblia en casi mil años, y el descubrimiento de una serie de tablillas que ya relatan el mito del

Diluvio ha contribuido mucho a su notoriedad. El rey Gilgamesh, bello y fuerte, demuestra ser un tirano para su pueblo, lo que hace que los dioses designen a Enkidu, un «buen salvaje» que no conoce la civilización, como compañero. El punto central del relato es la búsqueda de la inmortalidad por parte de Gilgamesh, que toma conciencia con dolor de su condición de mortal, a la que acabará resignándose. Desde el principio del relato, Gilgamesh se plantea un reto sobrehumano: el de ir a conquistar el Bosque de los Cedros desafiando a Humbaba, el monstruo que los guarda.

La epopeya reserva a los cedros un lugar singular. El rey Gilgamesh vivió posiblemente en la época de las primeras huellas comprobadas de su explotación. Esta es la época de entrada en la Edad del Bronce, con la nueva capacidad de los hombres para producir hachas de metal duro. La epopeya menciona que las de Gilgamesh y Enkidu pesaban cien kilos. Por lo tanto, el primer texto de la humanidad elige contar la terrible lucha entre la naturaleza salvaje y los hombres que hacen de su conquista el desafío definitivo. Hay que seguir las etapas de la poesía del relato para comprender su profundidad. Las citas están tomadas de Gilgamesh. La quête de l'inmortalité, versión de Stephen Mitchell [Gilgamesh, versión de Stephen Mitchell, trad. de Javier Alonso López, Alianza, 2014].

El proyecto se expone claramente en el texto, así como el miedo que inspira. Gilgamesh quiere penetrar en el bosque custodiado por el monstruo Humbaba, pero Enkidu le recuerda que es un lugar interminable, malsano y tenebroso. Gilgamesh se arriesga, quiere derribar un cedro tan grande que su caída provocará una fuerte borrasca. Y cuando Enkidu le recuerda que Humbaba fue engendrado por los dioses para prohibir a los hombres comerciar con los cedros, el rey responde que matará al guardián para que el mundo reconozca su verdadero valor. Una vez tomada la decisión de presentar batalla, se arman con unas hachas enormemente pesadas, recorren en tres días y tres noches el equivalente a seis semanas de marcha, y descubren el bosque:

> *En la linde de los bosques sombríos donde habita el monstruo, sin pronunciar palabra, sin respirar, contemplan los cedros. En la lejanía*

ven la montaña de los cedros, con las laderas adornadas por la espesa y perfumada vegetación.

Sobreponiéndose a su terror y con la ayuda de los dioses, Gilgamesh y Enkidu vencen a Humbaba y deben decidir su suerte. El monstruo suplica: «Gilgamesh, sé clemente, no mates al guardián del bosque de los cedros, perdóname la vida y seré tu esclavo. Te dejaré derribar tantos cedros como quieras». Finalmente, Enkidu y Gilgamesh deciden matar a Humbaba y se llevan su cabeza como trofeo. Los dos amigos se adentran en el bosque y Gilgamesh derriba cedros milenarios. Los ensamblan en una balsa que echan al Éufrates.

Así se nos cuenta la historia de nuestro divorcio, querido o forzado, con la naturaleza. Humbaba, defensor de lo salvaje impenetrable e inviolable, tiene todos los atributos del monstruo. Una fuerza invencible, unos dientes que desgarran a quienes intenten acercarse a él. Una figura en la que encontramos la representación de las fieras que poblaban el bosque e incluso la de los elefantes, cuyos colmillos están simbólicamente presentes en los dientes que forman parte del trofeo de su cabeza. Para los primeros hombres en busca de madera, el bosque es ante todo peligroso y temible. Los dioses de Mesopotamia prohíben el acceso a él, como una premonición de que los primeros cedros talados abrirán el camino a la tala de toda la montaña. La tala se prolongará a lo largo de treinta siglos, pero los dioses estaban en lo cierto, el bosque era peligroso, pues mostrará ser muy frágil. Con la epopeya nace el mito del árbol del Líbano, reto de la toma del poder, el más precioso botín, madera que el hombre modelará para ofrecer los más bellos templos a sus divinidades. Gilgamesh es el primer leñador del mundo, transgresor, heroico y ya temible depredador. Su epopeya anuncia en unos cientos de líneas escritas en arcilla una parte del futuro de la humanidad.

Joumana sabe dónde encontrar los cedros que sobreviven en el Monte Líbano, me conducirá hasta los ejemplares más bellos. A mediados del tercer milenio antes de nuestra era, Biblos ya existe desde hace mucho tiempo, es una de las ciudades más antiguas del mundo y conocerá

fortuna y renombre gracias a su comercio con Egipto. En la época del rey de Uruk, más al este, Biblos, ciudad de la costa, enviaba ya entonces grandes cantidades de troncos de cedro a Egipto. Joumana quiere mostrarme a toda costa el puente de Jaj, a las afueras de la ciudad, un puente normal y corriente que no tiene nada de antiguo. Salva un valle bastante profundo por donde, en primavera, corre el río Adonis, que baja desde las montañas de Jaj, dos mil metros más arriba, cubiertas de bosques de cedros que alimentaron a Egipto durante dos mil años. En Jaj, los troncos talados se depositaban en el río, que, con el deshielo, se volvía lo suficientemente caudaloso como para arrastrarlos hasta Biblos. El puente conservó el nombre del bosque como la huella de una historia muy antigua.

Subimos hacia los cedros de la reserva de Jaj. La carretera trepa, ofreciendo rápidamente el espectáculo del Mediterráneo y de la ciudad ahí abajo, de donde nos alejamos conforme atravesamos los pueblos. Las últimas revueltas ofrecen un paisaje mineral sobrecogedor: rocas blancas, taludes, pendientes de guijarros. Al acercarnos a la reserva aparecen los cedros, grandes manchas verdes en la ladera de la montaña blanca. Los descubrimos en grupos o aislados, lejanos o muy cercanos, intuimos que algunos son muy grandes, colosos que miran el mar. Magia de estos árboles con las ramas extendidas, anclados en pendientes de guijarros que el sol vuelve cegadoras. Nos detenemos en una plataforma donde la presencia de algunas docenas de cedros enormes impone silencio. Bajo los árboles, una capilla con su campana.

Caminamos unas horas por la montaña de Jaj. Los senderos permiten acercarse a grupos de cedros perdidos en fallas de rocas, algunos con un tamaño asombroso. Estos supervivientes aislados esconden troncos cuya base llega a medir tres o cuatro metros de diámetro, dimensiones completamente fuera de lo común, dignas de los árboles más grandes de los bosques tropicales. Desciendo por una pendiente para acercarme a uno de esos señores. Bajo mis pies, los guijarros emiten un sonido nítido que restalla en el aire brillante. En toda la montaña de los cedros el silencio juega con el tiempo. A medida que uno se acerca a los árboles milenarios, el corazón le late más rápido y el tiempo se ralentiza. Me apoyo en el gigante, las piedras han callado y solo se oye el susurro del viento. Alrededor del árbol hay ramas rotas,

rastro de las fuertes nevadas del año pasado. La madera rubia del extremo de estas grandes ramas exuda resina, cuyo olor balsámico y dulce difunde el viento. ¿Cómo era este paisaje hace dos o tres mil años? ¿Por qué algunos árboles se han salvado y nos acompañan hasta ahora? De hecho, cuesta creer que los leñadores pudieran aventurarse en tales escarpaduras. La imposibilidad de transportar sus troncos fue lo que preservó probablemente a estos centinelas. Mi árbol de Jaj no es lo suficientemente viejo como para haber estado presente en las explotaciones madereras de la Antigüedad, pero tal vez viera a los cruzados luchar en la costa de Tierra Santa. De vuelta a la capillita, en la pared de entrada un arco de piedra sostiene una bella campana, cuya cuerda cuelga para quien la quiera tocar. Joumana se pone manos a la obra, sabe cómo hacerlo con el ritmo adecuado. La farmacéutica, que ha vivido en Canadá, pero ya no quiere dejar el Líbano, se aferra a la cuerda con la misma pasión con la que se entrega a los perfumes de su país. En el potente sonido que sube hacia las grandes cumbres oigo algo parecido a una canción. Tocad las campanas por los cedros supervivientes, tocad las campanas por su perfume en el viento, tocad las campanas por un país que querría no hundirse y por todos los libaneses que desearían ver sus guijarros blancos cubiertos de cedros verdes.

Durante casi dos mil años, los cedros de Jaj se ensamblarán en balsas remolcadas a través del mar hasta la desembocadura del Nilo y ocuparán un lugar importante en el universo egipcio. Utilizado primeramente como material privilegiado para las columnas de los templos, el cedro es también la madera del más allá. El descubrimiento de la barca funeraria de Keops, una magnífica embarcación de más de cuarenta metros de eslora que data de 2500 a. C., ha marcado la arqueología. Un barco cuidadosamente construido con piezas sueltas atadas con cuerdas, no clavadas, casi todas de madera de cedro, cuyo fuerte olor todavía se puede aspirar en la apertura de la tumba. El barco de Keops marca la entrada del cedro en la construcción naval, un uso que alcanzará su apogeo durante las guerras entre los persas y los griegos. La madera también se utiliza para construir el mobiliario más

refinado, como el de la tumba de Tutankamón, y su perfume juega un papel primordial en este entusiasmo. Los egipcios perciben muy pronto el carácter no perecedero de la madera, que vinculan, acertadamente, a su olor. La resina de cedro, bajo diversas formas, también es muy buscada, forma parte de las composiciones utilizadas para los embalsamamientos. La nobleza de esta madera, compañera de viaje de los reyes hacia la eternidad, explica la sacralización del árbol, que empieza con Gilgamesh y será perpetuada por las civilizaciones de Oriente Próximo.

Es difícil hacerse una idea de la magnitud de la tala de cedros en esos tiempos tan lejanos. La mayoría de los testimonios anteriores a la llegada de los romanos al Levante insisten en los magníficos bosques cuyos árboles suben al cielo: era claramente la era de lo inagotable. El primer milenio a. C. es el período de apogeo de la civilización fenicia, de su notable esplendor y de su talento para comerciar con el cedro en todo el Mediterráneo. Será también el de la gran deforestación. Aparte de por ser un negocio, todos los invasores que se sucederán en Fenicia querrán apropiarse del árbol, por las armas o en forma de tributos impuestos a los reyes vencidos.

Madera preciosa, reservada a las élites, el cedro seguirá siendo utilizado en los barcos, templos y palacios.

5

El perfume de Salomón

Después de Gilgamesh, la historia de la construcción del templo de Salomón continúa dando al cedro carta de nobleza. La Biblia relata en detalle el episodio en el que el gran rey lleva a cabo lo que su padre David no pudo hacer realidad: la construcción de un templo y un palacio en Jerusalén. El exdirector del museo de Beirut, Hareth Boustany, me contó que, en 1973, un obrero que trabajaba en el trazado de una carretera en la montaña descubrió un tocón singular. El director se dio cuenta rápidamente in situ de que se trataba de un vestigio muy antiguo. Recuerda haberlo cortado y haber comprendido por su olor que se trataba de un tocón de cedro. Los análisis mostraron que databa del 900 a. C. aproximadamente, y que podría haber sido contemporáneo de los árboles talados para Salomón. Expuesto en el museo, conservó su perfume, como la barca de Keops.

Realidad y leyendas se mezclan sin duda en el relato bíblico, pero es lo suficientemente cercano a nosotros (970 a. C.) como para tener unas sólidas bases históricas. El éxito del ambicioso proyecto arquitectónico de Salomón se basa en su capacidad para obtener madera de cedro y en el talento de un arquitecto-constructor fenicio. La Biblia cuenta como Salomón contacta con su vecino Hiram, el rey de Tiro, ciudad de la costa fenicia, y le pide que le suministre grandes cantidades de cedros. Le escribe que en Judea no hay nadie que sepa talar árboles como los fenicios y que tiene la intención de enviar a la montaña a treinta mil trabajadores para ayudar a talar los cedros y enebros que Hiram se encargará de enviar a Jerusalén. En la Biblia hay muchos ejemplos de cifras exageradas para dar importancia a los acontecimientos relatados. Con los «treinta mil trabajadores» se quiere expresar ante todo un esfuerzo colosal. En las descripciones del templo y de la casa real de Salomón ocupa un lugar destacado el cedro, utilizado en un bosque de

pilares, vigas para los techos y paredes enteras revestidas con paneles de la perfumada madera. El cedro confirma su estatus de árbol elegido que la Biblia le otorga a través de múltiples citas. En Salmos 104, 16 se indica que Dios plantó los cedros del Líbano y que en ellos hacen los pájaros su nido. Pero el Libro también recuerda que Dios puede romper los cedros; las parábolas de la destrucción del árbol por el fuego también se utilizan como ilustración de la caída de los poderosos. Mucho tiempo después de Gilgamesh, el cedro sigue siendo un vínculo de unión entre los hombres y lo divino.

Los árboles talados por los leñadores del rey Hiram procedían de los bosques de Chouf, al sur del macizo, los últimos antes de la frontera actual con Israel. La reserva de Chouf conserva hoy las mayores extensiones de cedros del Líbano, una mezcla de árboles antiquísimos y plantaciones de árboles jóvenes. En este lugar, el encuentro de los cedros de Maaser y Barouk es una vez más impactante, ya que las pocas docenas de árboles que han sobrevivido son tan imponentes que uno renuncia a calcular su edad. Uno de los más antiguos y bellos recibe el nombre de Lamartine, testimonio de la francofilia nunca desmentida de los libaneses y homenaje al poeta. Lamartine señala impresionado a su regreso de Oriente que «los cedros del Líbano son los monumentos naturales más célebres del universo», y en su «Coro de los cedros del Líbano» escribe con gran lirismo:

> *Los santos, los poetas y los sabios escucharán en nuestras enramadas rumores semejantes a los de las olas del mar y, guarecidos bajo nuestra sombra profética, formarán sus cánticos más bellos con los susurros de nuestras ramas.**

Al borde del acantilado, el cedro Lamartine dejó de crecer al llegar los seis o siete metros de altura y puso toda su energía en desarrollarse horizontalmente, construyendo con sus enormes ramas una corona de veinte metros de envergadura sobre las rocas en las que crece desde hace dos mil años. Abajo, los espesos follajes de otros cedros ondean como un mar agitado, salpicado de conos, donde el verde se mezcla con el azul de algunos árboles. Al igual que en Ehden y Jaj, el viento, compañero de estos árboles en su interminable historia, anima

suavemente las ramas y las hace «susurrar».

Cada vez que camino con Joumana entre los cedros me hago la misma pregunta: ¿cómo hacían los leñadores que estuvieron en este bosque de árboles milenarios y cuyo trabajo hemos encontrado en forma de columnas y vigas perfectas, de puertas suntuosas, de barcos esbeltos? Trato de comprender en estas montañas escarpadas de qué forma pudieron los hombres talar, podar y transportar, por tierra y por mar, estos árboles de dimensiones colosales en una Antigüedad con unas capacidades técnicas limitadas. Dos fuentes evocan la explotación del cedro y nos ayudan a imaginarla. En el Museo del Louvre, el Friso del transporte de la madera, bajorrelieve que data del 700 a. C., describe las etapas del trabajo. Vemos unos hombres que, en la ladera de la montaña, a la salida del bosque, tiran con cuerdas de unos troncos ya escuadrados en forma de vigas. A continuación, la madera se carga en botes de remos, se transporta o se arrastra sobre el agua y, finalmente, se descarga y se apila. El otro documento es un dibujo de Gustave Doré, datado en 1865; se trata de una ilustración, hecha para una biblia, titulada Los cedros del Líbano para la construcción del Templo. Es un dibujo de los hombres de Hiram y Salomón trabajando en el bosque de Chouf. Es de un realismo fascinante, como si el ilustrador hubiera vivido la escena que representa. Los árboles, enormes y con abundantes ramas, son totalmente fieles a los que Lamartine pudo ver en su viaje. A lo lejos, una multitud de trabajadores tira de unas cuerdas: parece que quieren hacer bascular a un gigante. En el centro, dos grandes carros con ruedas altas y macizas cargados con dos enormes troncos. Los anchos tocones están al descubierto, con sus poderosas raíces clavadas en lo que parece ser una pendiente de guijarros. Los carros son tirados por atelajes de bueyes y caballos. Los leñadores tienen el hacha en el hombro o están descansando; a la derecha, unos hombres desraman grandes trozos de cedro, y unos supervisores a caballo parecen vigilar la salida de los troncos en los carros. El dibujo es todo vida y movimiento, podría ser el plano inicial de una película. El artista pudo servirse de algunos grabados de paisajes libaneses de cedros realizados a finales del siglo XVIII o a mediados del siglo XIX y completar su documentación con

representaciones de trabajos forestales en Europa. El resultado es la más bella documentación imaginaria sobre la época de los leñadores de cedro.

Después de Salomón, a medida que avanza la agitada historia de este milenio en Fenicia, muchas de las grandes figuras de la Antigüedad dejan su impronta en el bosque. Nabucodonosor, el célebre y temido babilonio, conquista Fenicia y se enorgullece de haber talado unos cedros con sus propias manos para ofrecérselos al dios Marduk. En su Profecía sobre Babilonia, Isaías anticipa el fin de aquel que deportó a los hebreos y hace exclamar a los árboles (Isaías 14, 7-8):

> *Toda la tierra está en paz y tranquila, y grita de alegría. Hasta los pinos y los cedros del Líbano se alegran de tu ruina y dicen: «Desde que tú caíste, nadie ha vuelto a cortarnos».*

Luego llegaron los persas, que construirán una flota de mil doscientos barcos con la madera de Sidón para enfrentarse a los griegos. Los griegos construirán a su vez con los bosques fenicios la flota de guerra que derrotará a los persas en Salamina. Después de estos siglos en los que la explotación es aparentemente ilimitada, el emperador romano Adriano, de visita en Biblos, constata la degradación de los bosques y ordena que se graben unos hitos con el aviso de que el acceso a la tala de los árboles le está reservado. A principios del siglo V*, el emperador cristiano Justiniano deja constancia, sin saberlo, del final de la gloria del cedro, al declarar que le cuesta encontrar árboles lo suficientemente largos como para erigir el techo de la basílica de Santa María en Jerusalén. Simbólicamente, es el fin del bosque de los cedros, cuya historia habrá durado tres mil años.*

Los siglos de los tiempos modernos verán la larga decadencia de los bosques hasta su casi desaparición. Con el establecimiento del islam, la explotación cambia de naturaleza, el aumento de la población moviliza cada vez más madera para las necesidades de los pueblos de pastores asentados en la montaña: carbón de leña, hornos de cal, combustible y hábitat. Los cuatro siglos de presencia de los otomanos también verán

el rápido desarrollo de la cría de cabras, que se comen todos los brotes de plantas jóvenes, incluidos los árboles. Es una tragedia silenciosa para la regeneración de los bosques. Tanto en Marruecos como en el Líbano, las cabras son las grandes responsables de la ausencia de árboles jóvenes y de la desnudez de los suelos forestales. La lucha contra este despropósito, difícil y en conflicto con las tradiciones de los aldeanos, no comenzó hasta hace poco.

La toma de conciencia del deteriorado estado de las plantaciones parece haber sido sorprendentemente tardía. La producción de traviesas de ferrocarril hasta la Segunda Guerra Mundial refleja una profunda indiferencia hacia la causa de los cedros. De hecho, ya en el siglo XIX el árbol se considera una reliquia de los tiempos antiguos, habrá que esperar a las décadas más recientes para que su suerte como árbol vivo vuelva a suscitar interés. En su visita como pionero, Pierre Belon, erudito del Renacimiento, ya se preocupa por contar los viejos árboles que sobreviven en el santuario de Becharre. Este recinto es un lugar de encuentro espiritual de los cristianos maronitas del Líbano, así como una meta de peregrinación ineludible para los turistas que quieren ver los «cedros de Dios». Más de trescientos árboles extraordinarios se encuentran rigurosamente preservados en una decena de hectáreas y protegidos por un muro financiado por la reina Victoria. Para el Líbano, Becharre es un poco el buque insignia de la flota de cedros del país. El árbol de la bandera se reduce hoy a una docena de reservas que representan menos de veinte kilómetros cuadrados, una miseria si miramos al pasado, pero tal vez una oportunidad si miramos al futuro y a quienes lo preparan.

Sandra y Joumana son unas luchadoras pacíficas, incansables embajadoras de la causa del árbol y de su fragancia. En Ehden nos sentamos a los pies de un cedro enorme, y Sandra me cuenta un poco su vida. Hace veinticinco años que, como agrónoma, puso su experiencia forestal al servicio de la reserva. Es mi cuarto hijo, dice, muy orgullosa de los resultados de los arduos esfuerzos de reforestación de su equipo. Sembró sus primeras semillas de cedro en 2013 y se maravilla al ver que la lentitud con la que crecen sus árboles jóvenes solo es comparable con

su determinación. Lo mismo ocurre con los enebros. Parece que cuanto más valiosos se vuelven los árboles, más difícil es que germinen y más tiempo tardan en crecer, como si supieran que, para convertirse en milenarios, es importante tomárselo con tiempo para que sus raíces sean fuertes y profundas.

Sandra dedica mucha energía a crear viveros y producir decenas de miles de plántulas de árboles. De seis mil, hace diez años, ha pasado a cincuenta mil plantas anuales. Dentro de la escala de la reserva, su proyecto es ambicioso, ya que se reforestarán ciento cuarenta hectáreas de montaña desnuda, plantando cien mil cedros, enebros, abetos y robles. Pocos medios y recursos para Sandra en un país a la deriva. Cada visitante es importante, cada donación la reconforta. Ahora dirige una cooperativa que agrupa a diez viveros y es presidenta del Corredor Norte. Doce pueblos se han unido bajo este nombre para recrear una continuidad del cedro entre las diferentes reservas del norte. Existe una iniciativa similar en el sur, ambas cooperativas se han unido en la Iniciativa para la Reforestación del Líbano (Lebanon Reforestation Initiative). Esta ONG apoyada por Estados Unidos es la primera en formular la ambición última con la que sueñan todos los amantes del cedro: recrear, mediante la plantación de millones de plantas, un cordón de árboles a lo largo de los cien kilómetros de crestas del Monte Líbano, desde Tannurin y Becharre en el norte, hasta Barouk en el sur. Parcelados y reducidos, los bosques pierden rápidamente su naturaleza, lo salvaje se convierte en doméstico, los animales migran a otro lugar, su hábitat se convierte en parque. La creación de una plantación de cedros continua sería un embrión de renacimiento del gran bosque perdido y un símbolo único para un Líbano tan orgulloso de su cedro como fragmentado, dividido y perdido en el abismo de sus conflictos. Los jóvenes silvicultores que he conocido tienen grandes dudas sobre su realización, pero todos sueñan con ello y, cada uno en su territorio, trabajan para implantar un trozo de cordón. Discreta iniciativa en las montañas de un pequeño país, pero fantástico símbolo de lo que empieza a buscarse en muchos bosques del mundo: recuperar la continuidad perdida.

Joumana estuvo once años exiliada en Canadá antes de reencontrarse con un Líbano amado a distancia y destinatario de sus

poemas. Había conservado el olor de los jazmines, del Mediterráneo, en una melancolía encarnada por el cedro de la bandera. Cuando Joumana, apasionada de los aceites esenciales, volvió al Líbano se convirtió en aromaterapeuta, convencida de que su país cuenta con muchas ventajas en lo que a los perfumes se refiere. El país siempre ha producido agua de azahar, agua de rosas, esencia de lavanda, salvia, tomillo y orégano, pero Joumana quiere que se produzca una implicación mayor. Anima y federa a pequeños destiladores, y utiliza su agenda de direcciones para promover la exportación de las esencias del país. En París, le conté que el encuentro de la reina de Saba con Salomón supone para mí el nacimiento de la perfumería, al unir el incienso y el cedro, los dos primeros perfumes de la humanidad. La historia la dejó marcada, partió al encuentro de los cedros y quedó subyugada rápidamente por la edad, la belleza y la fuerza de los árboles supervivientes, y sobre todo por su perfume. Desde entonces su entusiasmo por los cedros no ha hecho más que aumentar. Respirando el follaje y la resina, Joumana entra en un laberinto de recuerdos olfativos donde se cruzan de forma desordenada armarios, casas de madera escandinavas y cajas de cigarros. El primer aroma del cedro es el de su resina, fuerte, aromática, más dulce que la del pino. Cuando los conos de cedro maduran después de dos años en la rama, se abren y dejan salir las semillas. Presionando el extremo de estas escamas, los dedos se pringan de una resina cuyo potente olor parece concentrar el de la madera. La resina está por todas partes, en los nudos o en algunas hendiduras de los troncos, en las ramas rotas. En verano, tan pronto como sube la temperatura, su aroma circula entre los árboles. Era buscada por sus propiedades medicinales o farmacéuticas y por su capacidad para repeler los insectos, algunos papiros se untaban con ella para prolongar su duración. También se utilizaba como «brea» para calafatear los barcos antiguos. Se producía haciendo cortes en el árbol para que la exudara o calentando la madera en hornos para hacerle transpirar la resina.

El escenario es único. En Barouk, un inmenso cedro se partió prácticamente en dos por el peso de la nieve, que ese invierno había caído con inusual abundancia. Las ramas del suelo son grandes como árboles, la herida de una de ellas es tan ancha que Joumana puede

meter la cabeza en ella. Exclama: «¡Este olor es increíble, es absolutamente necesario que hagamos un aceite esencial de la madera de nuestros cedros!». Me acerco a este entrelazado de fibras rubias y el olor me penetra primero por la nariz antes de subirme al cerebro. La embriaguez de sumergirme en una especie de alambique natural donde cientos de anillos de crecimiento huelen lo suficientemente fuerte como para contar el paso secular del tiempo en la montaña. En el Líbano no se produce aceite esencial de cedro, porque, obviamente, está prohibido talar árboles y, además, en las reservas se aplica una política denominada «de bosque natural», es decir, no se retira nada de él, ni las ramas rotas ni los árboles muertos. Tenaz, Joumana ha conseguido comprar un árbol muerto en un jardín particular y destilar la madera. Me cuenta su placer al sentir los primeros vapores alrededor del alambique, el olor resinoso, fresco y a la vez intensamente aromático. Las virutas de madera de esta primera prueba de producción de esencia todavía están cargadas de olor, señal de una destilación incompleta. Inasequible al desaliento, Joumana ya ha planeado otras búsquedas de leña para destilar serrín en lugar de virutas. No se detendrá, quiere que el cedro salga de la bandera para ofrecer al mundo la quintaesencia de su olor.

En Barouk y Maaser descubrimos impresionantes extensiones de cedros jóvenes, resultado de las primeras replantaciones exitosas. En algunas zonas están tan apretados que ya debería de haberse hecho un aclareo. Los observo con Joumana, dentro de unos años el Líbano podrá comenzar a salir de la rigurosa apuesta por los santuarios para pasar a la silvicultura controlada. Habrá que encontrar un uso para los jóvenes árboles talados, y el del perfume puede ser el mejor.

Antes de dejar las tierras de Gilgamesh, fui a visitar el templo de Júpiter, la maravilla romana de Baalbek. Ante un inmenso pórtico de veinticinco metros de altura, me entero de que los romanos trajeron estas columnas de granito rosa de Egipto. Las miro recortarse en el cielo y, de pronto, las columnas se convierten en árboles delante de mis ojos, en cedros de granito. El homenaje de Egipto al Líbano consistió en enviar unos espléndidos troncos de piedra como reconocimiento a los

miles de barcos cargados de madera que hicieron el viaje rumbo al sur. Como un secreto pesar de los faraones por no haber podido hacer otra cosa que copiar en piedra la belleza insuperable de los cedros, esas sublimes columnas erigidas por la naturaleza en el Monte Líbano para formar el padre de los bosques.

Gilgamesh fracasó en su búsqueda de la inmortalidad, pero triunfó en su conquista de los cedros. En tres mil años, sus sucesores aniquilaron un bosque extraordinario equipados simplemente con hachas, algunas sierras rudimentarias, carretas y bueyes. El éxito del hombre leñador se contrarresta con el fracaso absoluto del hombre plantador. En mil quinientos años, cien de ellos llenos de tecnología, los hombres han sido absolutamente incapaces de preservar o restaurar el bosque, peor aún, de darle una oportunidad para rehacerse. En las montañas del Líbano, las cabezas de alfiler dispersas de los cedros sobre el blanco de las piedras no desaniman a Sandra y Joumana, que caminan por los senderos del cultivo y la destilación dispuestas a tocar las campanas por el renacimiento de los cedros, una causa cuya defensa debería hablar al corazón de la humanidad que disfruta contemplando los árboles y respirando su oxígeno.

* *Alphonse de Lamartine, La caída de un ángel, trad. de Manuel Aranda y San Juan, Barcelona, 1883. (N. de la T.).*

6

El haya centinela

La larga historia de los bosques de Occidente ha consagrado al árbol como figura clave de nuestras civilizaciones. Árboles sagrados del mundo pagano, árboles elegidos por los religiosos como vigías de las iglesias, monasterios o cementerios, árboles campesinos que custodian la memoria. Árboles plantados por los nacimientos, árboles de Mayo, árboles de la Libertad. Venerados por su tamaño, forma, edad, belleza o frutos. Todos los países, todas las provincias y todas las culturas han optado por árboles. Desde siempre, nuestra civilización ha elegido tejos, robles, olivos, olmos, tilos o abetos para rendirles los cultos más diversos. Una necesidad antigua, en las huellas de los cedros de la Biblia, que la cristiandad no podrá borrar. Un árbol, el haya, simboliza para mí la identidad de los bosques europeos, el paso del mundo original al mundo industrial, el testimonio todavía vivo del bosque original.

El haya es una especie de gran tamaño de toda la Europa templada y el segundo árbol frondoso de los bosques franceses. Menos familiar que el roble en nuestro imaginario y en las referencias a nuestros bosques y su historia, es un superviviente de las últimas glaciaciones. En pocos milenios, desde España hasta Ucrania, ha cubierto nuestro continente con bosques en terrenos de altitud media. Nunca es tan bello como cuando se mezcla con los abetos en las primeras pendientes de las montañas; su tronco se eleva majestuosamente hasta los cuarenta metros de altura y su corteza lisa y gris combina increíblemente bien con el verde tierno de su denso follaje, sostenido por poderosas y armoniosas ramas. Aunque no tiene la longevidad del roble, puede vivir tres o cuatro siglos en un mundo donde los leñadores no actúen. Enormemente adaptable, también se ha asentado en las llanuras, donde forma bosques altos y admirables que en otoño pasan al amarillo y al

dorado. A nuestro alrededor hay hayas por todas partes, en macizos, en los márgenes de los campos, como árboles aislados en parques, donde el haya púrpura parece un encantamiento. Su abundancia y la calidad de su madera la han expuesto, desde la Edad Media, a una explotación continua, acentuada a lo largo de los siglos por su reputación de ser la mejor madera para producir carbón. El haya es un vigía hierático, víctima de primer orden en la explotación de los bosques de Europa, pero todavía presente para atestiguarlo.

Cuando se produce el advenimiento del Imperio romano queda ya muy poco de los bosques del Líbano. Se inicia otra era, la de la confrontación de los árboles con la expansión de la civilización y de la cristiandad. El surgimiento del llamado mundo moderno a partir del año mil hará que los bosques de Occidente sufran una gran explotación, una deforestación masiva, irregular pero ininterrumpida hasta mediados del siglo XIX. Se producirá entonces la brutal constatación del casi agotamiento del recurso maderero y se hará indispensable el uso de la hulla, que suplirá al carbón vegetal como fuente de energía de una industria ya insaciable. Lo que el mundo occidental hará con sus bosques a partir del comienzo de la Edad Moderna es la réplica acelerada de lo que había sucedido a lo largo del tiempo en Oriente Próximo. Habrán sido necesarios tres mil años de tala de cedros para que empiecen a escasear árboles capaces de proporcionar vigas, y bastarán solo mil años para que el siglo XVII europeo constate una escasez de árboles de gran tamaño para la construcción de barcos.

La historia de la deforestación en la Galia romana y luego en la naciente Francia ilustra bien la suerte de los bosques en Europa a principios de la Edad Moderna. Tres cuartas partes del territorio de Francia están pobladas por la mítica «silva», auténtica cobertura de bosques, barrera física densa, profunda, peligrosa, a menudo infranqueable, absolutamente salvaje y considerada como infinita. Un inmenso bosque primario, mezcla de robles, hayas y especies frondosas en llanura y rodales de coníferas en altitud. Bosques repletos de animales que los galorromanos comenzaron a explotar para obtener madera, por supuesto, y también para «penetrar en la silva», abrirla a

la luz y ganar pastos. En el año 800, bajo el reinado de Carlomagno, el bosque inicial ya ha perdido una cuarta parte de su superficie. El año 1000 marca el auge de las abadías, incansables deforestadoras cuyos monjes hacen retroceder los árboles en beneficio de los cultivos y la ganadería. Alrededor de 1300 los grandes macizos forestales antaño impenetrables están fragmentados, el territorio cambia de naturaleza.

Como lo había sido a su manera el emperador Adriano en el Monte Líbano hacía más de un milenio, el rey de Francia Felipe VI se convierte en el primer denunciante de la deforestación de la era moderna a través de su Ordenanza de Brunoy de 1346, una especie de código forestal que regula la explotación del bosque. Un texto que ha pasado a la posteridad como lejano precursor de nuestros conceptos de desarrollo sostenible al recomendar que el bosque «pueda mantenerse perpetuamente en buen estado». La toma de conciencia es real, da una idea de la magnitud de la temprana reducción de los bosques en la historia. Desde la Edad Media, la deforestación se acentúa con el aumento de la población y solo se ve frenada por la guerra, las hambrunas o la peste. Brunoy marca el nacimiento de la idea de silvicultura, o cómo aprovechar al máximo los bosques a largo plazo, la búsqueda de un pacto de no agresión entre el bosque salvaje y el hombre moderno. Cuanto más aumentan las necesidades de madera, más indispensable se vuelve la gestión forestal, que culmina con las reformas de Colbert en el siglo XV. El ministro de Luis XIV impone la reserva total de la cuarta parte de los bosques del reino y la promoción de los bosques forestales, capaces de producir las grandes maderas indispensables para las enormes necesidades de los buques comerciales y de guerra del rey. Pero la presión demográfica y el avance de la civilización son demasiado fuertes. La construcción naval y las primeras industrias —minas, herrerías, cristalerías— son devoradoras de madera y carbón vegetal, y en todas partes la agricultura reclama campos. La mitad del siglo XIX marca el mínimo histórico de la superficie boscosa en Francia, donde solo subsisten cuarenta millones de hectáreas del original bosque galo. Todo ha cambiado de escala: en diez o doce siglos los hombres han talado solo en Francia, con las mismas herramientas, el equivalente a trescientas veces la superficie del bosque de cedros del Líbano. Todo ha cambiado de naturaleza: en un milenio

el bosque salvaje se ha convertido en doméstico. El hombre occidental ha talado, transformado y acondicionado los espacios forestales de acuerdo con la evolución de la naturaleza y con el alcance de sus necesidades. Los bosques de Europa occidental están domesticados, lo salvaje ha sido empujado hacia los márgenes orientales del continente, donde los Cárpatos seguirán siendo un ejemplo de la supervivencia del bosque salvaje y una fuente de mitos.

La visión del bosque en Occidente mezcla la herencia de las antiguas culturas celtas, galas o germanas y la absoluta prevalencia de las creencias y valores cristianos a partir de la edad de las abadías. El bosque inicial es a la vez misterioso, aterrador y cautivador, amenazante y acogedor, pródigo y cruel. Un mundo poblado por animales salvajes y criaturas mágicas. Los cristianos aplicarán al bosque las nociones de bien y mal, de pecado y paraíso. La silva salvaje es desorden y tinieblas, oscuridad y enredo en los que Satanás puede atraer al pecador. Pero el bosque humanizado puede servir como imagen del paraíso y los monjes encargados de la deforestación ser considerados apóstoles. Durante dos milenios, los bosques mantendrán esta dualidad. La oscuridad y la amenaza del lobo, por un lado; el refugio, la riqueza en madera y caza por otro. Las tradiciones orales, el arte y la literatura nos han legado multitud de figuras en las que se mezclan lo real con lo fantástico: árboles venerados, animales feroces o benévolos, hadas y hechiceros, leñadores malditos o admirados. Sin olvidar al diablo, encarnado en las tinieblas de las frondosidades o en el rostro ennegrecido del carbonero. Estas figuras simbolizan el viaje en el tiempo de los bosques, que se extiende desde el final de los cedros hasta la desaparición de los hornos de carbón. El estatus y los oficios de los hombres del bosque, en la frontera entre lo salvaje y el mundo civilizado, son fuente de mitos, cuentos y leyendas.

Los leñadores atravesarán este milenio con las mismas herramientas que los personajes de Gustave Doré que talan los cedros para el Templo. Tendrá que llegar la motosierra, después de la Segunda Guerra Mundial, para clausurar la era de las hachas, que habrá durado al menos cuatro mil años. Estos artesanos, un poco humanos y un poco

salvajes, a la vez admirados y despreciados, respetados y temidos, habrán sido el nexo entre el bosque y los hombres durante una eternidad. Lejanos herederos de Gilgamesh, perpetuaban algo del mito de Humbaba, hijos de la selva que tenían fama de saber hablar con los animales y los espíritus del bosque, siempre muy cerca de ser sospechosos de brujería. Con su desaparición, a mediados del siglo XX, la civilización de Europa Occidental cierra un capítulo importante de la historia de su relación con lo salvaje y la naturaleza.

Laurent y yo subimos a pie al bosque de Avers, en la región de Trièves, al sur de Grenoble. Vivimos juntos la aventura de la creación de las calderas de leña y, desde entonces, Laurent es un incansable promotor de soluciones concretas para salvaguardar los bosques, la biodiversidad y la naturaleza. Su madre era oriunda de esta región, y él recorre estos bosques y montañas desde la infancia. Por encima de los 1.500 metros, el bosque de los grandes abetos, píceas y hayas se detiene para dar paso a los prados, que escalan las pendientes hacia las últimas rocas de las cumbres. En este circo de hierba, como escapadas del bosque, aparecen algunas hayas aisladas, sus follajes de color verde tierno brillan bajo el sol estival de los Alpes. Y en el medio, solo, un árbol enorme, un haya maciza con un ramaje increíble, una formidable corona de follaje cuyas ramas se extienden horizontalmente, mucho más allá de su nacimiento en el tronco. «Mira, ese es», me dice mi amigo. Estamos al pie del haya, rodeados de silencio y viento, sin necesidad de hablar, un intercambio de miradas nos recuerda lo que nos ha traído hasta aquí. Laurent el escalador se ha subido a la primera horcadura del árbol, me tiende la mano para que me una a él y ahí estamos, en la plataforma que ofrece la impresionante anchura del tronco al principio de sus ramas principales, cada una de ellas tan grande como un árbol joven. Laurent sigue la más ancha hasta una especie de nido grande que el haya ha formado con el paso del tiempo. Ahora está tumbado boca arriba sobre la rama, con los brazos cruzados, y cierra los ojos. Acaba de cumplir su promesa de mostrarme el árbol que, está convencido de ello, sirvió de inspiración a Jean Giono para la invención del haya de su famosa novela Un rey sin diversión, personaje central de la historia. El libro

continúa acompañándonos: no hay vez que no salga a colación en nuestras conversaciones sobre la suerte de las hayas en la tormenta del cambio climático. «En cincuenta años —me dice— tengo la impresión de no haber visto a este árbol cambiar, creo que tiene más de doscientos años, y que ya tenía un tamaño excepcional cuando Giono lo conoció». El escritor venía siempre a pasar las vacaciones a Lalley, el pueblo cercano a la casa familiar de Laurent; su madre lo vio a veces ir de un lado para otro, acostumbrado como estaba a dar largos paseos por la montaña. En la novela, sitúa el árbol al pie de un aserradero, en una curva entre Lalley y Avers. Laurent me cuenta que el aserradero existió verdaderamente hasta los años cincuenta, pero que, en realidad, estaba resguardado por un fresno, no por un haya: Giono disimulaba muy bien las pistas geográficas en sus novelas. El «Rey» no escapa a la norma, algunos consideran que, para el haya de su novela, el autor se inspiró en un viejo roble muy grande que sombreaba su granja cercana a Manosque. Pero para Laurent y para mí no hay duda, los paseos probados de Giono por los alrededores de Lalley dan al haya de Avers un papel clave en la fabulosa evocación del árbol con que comienza la novela.

El personaje del haya en Un rey sin diversión es extraordinario. El autor nos describe un árbol que los supera a todos los demás en tamaño y belleza, entre el sueño y la realidad, y por el papel sobrenatural que tiene, el de transeúnte entre el mundo de los vivos y el más allá. Un asesino esconde a sus víctimas en invierno en la especie de nido excavado por un chancro en una de las ramas del árbol, tan desmesurado que se ha convertido en un receptáculo. Árbol ataúd y árbol protector, guardián de los cuerpos en el frío invierno y fuente de vida en los días soleados, el haya de Giono es una de las más poderosas representaciones del árbol en la literatura. El autor nos dice que «lo más extraordinario es que pueda ser tan hermosa y al mismo tiempo tan sencilla». No hay árbol que tenga «una piel tan lisa ni un color tan bello, una anchura tan exacta, unas proporciones tan justas, ni tanta nobleza, gracia y eterna juventud». En su adolescencia su follaje tenía la densidad de una piedra, y su osamenta «debía de poseer una fuerza y una belleza muy raras para llevar con tanta elegancia tamaño peso acumulado». El haya se conoce a sí misma y se juzga, Giono la ve

danzar «como solo saben danzar los seres sobrenaturales, multiplicando su cuerpo alrededor de su inmovilidad». No hay evocación más profunda de los árboles que esta última imagen. Nobleza, eterna juventud, inmovilidad danzante, unas pocas líneas bastan para evocar las vidas múltiples de un árbol. El escritor se adelanta a nuestros recientes redescubrimientos del árbol como refugio y albergador de múltiples vidas. La pareja haya-serrería recuerda la dualidad árbol vivo-árbol leña, Giono convierte a su haya, en parte humana, en parte divina, en el mensajero de la relación antigua y nunca rota entre el hombre y el árbol, como una inmersión en los tiempos en que se le rendía culto. Centinela arraigada y fantasmagórica en el corazón del mundo campesino del siglo XIX, con el que Giono se siente profundamente ligado, el haya de Avers es para mí una de las más bellas representaciones del árbol en la historia de los bosques de Occidente.

En Europa subsiste un rosario de islotes de bosques de hayas llamados primarios, o por lo menos salvaguardados de la presencia del hombre, un precioso recuerdo de la época de los antiguos y grandes bosques de esta especie. Estos macizos, de tamaños muy diferentes, son asombrosos testigos del tiempo de los bosques sin hombres y albergan árboles de todas las alturas y formas. Hayas macizas, retorcidas y enmarañadas, cubiertas de musgo, árboles inmensos que se salvaron milagrosamente del hacha y de la sierra. Paisajes forestales a menudo irreales, de una belleza salvaje que desearíamos que fuera eterna. La Unesco reconoció finalmente la importancia de preservar este legado milagroso y, en 2007, clasificó, bajo la denominación de «Bosques primarios de hayas de los Cárpatos», diez bosques de Ucrania y Eslovaquia. Hoy en día, un centenar de estos bosques han pasado a formar parte del Patrimonio Mundial de la Humanidad. Para mí hay una similitud evidente entre estos macizos de hayas aislados y las reservas de los cedros supervivientes del Líbano, todos ellos retazos de una belleza inicial que la conciencia de hoy añora y cuyas últimas huellas no querría ver desaparecer.

Laurent ha visto estos bosques de hayas en Polonia y yo en Bulgaria,

y los hemos recorrido juntos en los Pirineos. Los vemos como un estandarte silencioso de una forma de unidad europea, un testimonio de lo que pudo haber sido el gran bosque salvaje de los orígenes, desde el País Vasco hasta las montañas de los Balcanes. Un bosque reducido al mínimo, sobre todo por la utilización masiva del haya para la fabricación de carbón vegetal.

7

El oficio del diablo

La combinación de la madera y el fuego domesticado por el hombre dio lugar a un material extraordinario, fundamental para el desarrollo de las civilizaciones del mundo, desde la prehistoria hasta el siglo XIX: el carbón vegetal. Último mensaje del árbol antes de su desaparición, la madera calentada, carbonizada, ocupa un importante lugar en la vida y los olores del bosque.

La madera quemada es una fuente de perfume inesperado. Resinosa, frondosa o tropical, en ramas o troncos, madera muerta o follaje húmedo, la madera quemada humea con volutas ligeras o gruesas, dibujando olorosos arabescos. A menudo acres, los humos nos dan a oler, no obstante, una variedad de aromas cuya originalidad y fuerza se unen al universo del perfume. Se ha vuelto muy difícil encender un fuego en los bosques templados, pero cualquiera que haya podido hacerlo queda marcado por la experiencia de un placer intenso y memorable. Quemar trozos de árbol es sumergirse en los orígenes del hombre y de la vida. Lo que nos seduce en un fuego de chimenea adquiere una dimensión completamente diferente en el aire libre de los bosques. Este espectáculo tan sencillo me ha atraído siempre, desde que era niño, y, en el silencio que se instala inevitablemente entre los actores de esta simple ceremonia, siento la marca de este legado que nos sobrepasa. Miramos esos fuegos sin decir nada, subyugados por el intenso enrojecimiento de las brasas, el crepitar de la corteza de pino o castaño, el chasquido de las agujas de las ramas de abeto, cuya esencia se volatiliza. La profunda conexión entre el hombre y la hoguera es bien conocida. Nadie escapa a esta fascinación: el fuego, sobre todo de noche, modifica todos nuestros sentidos. Nos vuelve más silenciosos, hace que el cielo esté más presente, nos pone a la escucha de los animales nocturnos. De adolescente, acompañaba a mi padre en verano

a nuestra casa familiar en el centro de Francia para clarear sus bosques. Su idea era limpiar los terrenos baldíos para plantar en ellos árboles jóvenes. El trabajo era duro, había que avanzar entre la maleza llena de zarzas, endrinos, espinos y retamas, cuyo punto en común eran los pinchazos de sus espinas. La recompensa llegaba al final de la jornada, consistía en quemar todo lo que habíamos cortado. Teníamos espacio, no había vecindario y a mi padre le gustaba hacer grandes hogueras. Comenzábamos encendiendo papel empapado en aceite de cadena de motosierra, apilábamos las plantas más secas y forzábamos el fuego hasta que su tamaño y brasas nos permitían quemar cualquier cosa, incluso las ramas más verdes o húmedas. Las llamas llegaban hasta muy alto, había que tener cuidado con los trozos incandescentes que salían volando, el viento cambiante hacía que se nos metiera el humo en los ojos cada dos por tres. Cada uno teníamos nuestra propia horca para alimentar la hoguera y empujar la leña hacia el centro del fuego. A menudo regresábamos por la noche, después de la cena, para volver a colocar bien en el fuego lo que aún no se había quemado. Encontrábamos un gran cono de cenizas humeantes que cubrían las brasas, convertidas ya en carbón vegetal. Todo este proceso estaba lleno de experiencias olfativas: olor a los primeros vegetales quemados por el fuego, a los primeros humos muy «verdes», y luego los primeros olores a madera cocida, de humos más espesos, de alquitrán y de carbón.

Medio siglo después, siento hasta qué punto esos recuerdos están desfasados con lo que el fuego en el bosque significa hoy. Los bosques arden desde siempre, por accidente, un rayo o la intervención del hombre. Quemamos el bosque para ganar espacio, tierras, para favorecer el crecimiento de la hierba o simplemente para deshacernos de ella. También se prende fuego al bosque por el espectáculo y la fascinación que proporciona. Pero si los fuegos forestales forman parte de la relación entre los árboles y los hombres, la magnitud, la frecuencia y la violencia de los incendios forestales los convierten en uno de los símbolos más fuertes de nuestro punto de inflexión en un mundo climático nuevo y absolutamente aterrador. Los fuegos descomunales de Australia o California suenan como una especie de alarma planetaria. El fuego destructor, devastador, las humaredas que cubren el cielo y vuelven el aire irrespirable, la vida animal

martirizada, las casas destruidas y las vidas humanas perdidas, las de residentes y bomberos. Un apocalipsis repentino, esporádico, poco predecible y cada vez más incontrolable e incluso imparable.

En la historia del bosque, el leñador corta la madera y el carbonero la quema. O, más exactamente, la transforma en un combustible ligero, fuente de energía determinante en el nacimiento de las civilizaciones y siempre indispensable para la cocción de los alimentos de una parte de la humanidad. La transformación de un tronco de madera en carbón reduce su volumen y peso, y aumenta considerablemente su poder calorífico. La combustión parcial y controlada de la madera que es la carbonización permitió el nacimiento de la metalurgia, en especial la del hierro, porque quemar carbón permite alcanzar las altas temperaturas necesarias para la fusión del mineral y la forja del metal. Hijo natural del bosque y del fuego, el carbón vegetal es conocido por los hombres desde siempre, recolectado primero como un subproducto de los incendios y después fabricado voluntariamente mediante técnicas simples, implementadas en el bosque, que oculta a los carboneros a los ojos del mundo. Desde su uso como pigmento en las paredes de Lascaux hasta las barbacoas contemporáneas, la historia del carbón es larga. El carbonero «moderno» acompaña ya a los leñadores de la Edad Media, y sus «hornos» se representan con frecuencia a partir del siglo XV, sin que cambien durante siglos. Para producir carbón hay que construir hornos y hacerlos «cocer» durante días. Se puede hacer carbón con todas las maderas: había carboneros de pino en las Landas, de roble en Bretaña y en Borgoña, y de haya en todos los bosques de media altitud. Los hornos eran similares, apilamientos cónicos de leños alrededor de una «chimenea» central que permitía la cocción de la madera. Medían tres metros de alto y diez de ancho. Una vez construida cuidadosamente la pila de madera, había que cubrirla, primero con ramas y hojas, y luego con una capa de tierra que asegurara la estanqueidad del horno. Trabajo laborioso para el carbonero y su ayudante, ya que el carbón solo podía hacerse en parejas. El horno se enciende con algunas paladas de brasa arrojadas a la chimenea. Después cocerá bajo una supervisión constante durante al

menos cuatro días, a menudo una semana. Sobre todo, no debe incendiarse, pues se echarían a perder días de trabajo; hay que tener cuidado con las explosiones de gases calientes aprisionados. El carbonero sabe que el horno está cocido cuando se ha hundido. Entonces se retira la tierra con una gran pala de madera y aparece el carbón, todavía humeante, negro, brillante, magnífico. El nacimiento de la industria y su desarrollo a lo largo de los siglos XVIII y XIX se basa en gran medida en el carbón vegetal, y su producción, por su magnitud e importancia, se convierte en una auténtica epopeya silenciosa. En tres siglos, los miles de hornos de los carboneros determinarán la suerte de los bosques franceses. En 1850, la superficie boscosa en Francia está en su punto más bajo, la sustitución progresiva del carbón vegetal por el carbón mineral será lo que en parte la salvará.

Dueño de sus humeantes hornos, alquimista cuya cocción hace rezumar materias preciosas, el carbonero merece ocupar un lugar en nuestra memoria. El uso de los alquitranes de madera, sustancias resistentes al agua, se remonta a la prehistoria; se utilizaban para pegar los sílex a los mangos de las primeras hachas o para fijar la punta de las flechas. Más tarde, la «brea» se utilizará a gran escala para asegurar la estanqueidad de los barcos. Las sustancias obtenidas al calentar la madera conservan en general un olor muy fuerte a quemado, muy distinto al de las resinas cosechadas por extracción mediante incisiones en el árbol. Sorprendentemente, algunos subproductos del carbón vegetal se han impuesto por su calidad olfativa y son una importante fuente de aromas en perfumería. Los alquitranes aceitosos procedentes del abedul se utilizaban en el curtido de los cueros rusos, a los que aportaba flexibilidad y olor. Se dice que las botas de los soldados rusos fueron las que inspiraron a Chanel el nombre del perfume «Cuero de Rusia», descrito como «una fragancia con misteriosos acentos de madera ahumada». Compañero del abedul en este registro, encontramos también el aceite de cade. «Cade» es la palabra provenzal para designar un enebro mediterráneo, Juniperus oxycedrus, un pequeño árbol con afiladas agujas, uno de los representantes de la gran familia de los enebros, cuyos bosques suelen oler por lo general

maravillosamente bien. La cocción de la madera de cade produce un aceite alquitranado cuyas notables propiedades son conocidas y buscadas desde hace siglos por los pastores y agricultores de la Provenza, el Languedoc, España o el norte de Italia. El aceite de cade es antiinflamatorio y muy eficaz contra los parásitos. Se ha vuelto muy popular para el cuidado del cabello. En el siglo XX, las tierras de enebros del sur se cubren de «hornos de cade», una auténtica actividad complementaria a la del carbón vegetal. Los perfumistas encuentran en la esencia de cade una nota muy bella de madera resinosa ahumada, por lo que se sigue utilizando ampliamente. El haya, madera favorita de los carboneros, produce al quemarse el rey de los humos. Sorprendente en este árbol frondoso cuyo olor a madera sigue siendo discreto, lejos del glamur resinoso del cedro o el pino. Recuperado, condensado y licuado, el humo del haya se valoriza para los aromas de carnes o de pescados ahumados y también para crear notas de madera y cuero en los perfumes. Es sorprendente este viaje del humo que ha ennegrecido durante siglos el rostro del carpintero y cuyo potente olor introduce un poco de cuero en los frascos de lujo.

En la imaginería popular, el leñador es el hombre de la linde del bosque: entra en él para cortar madera y sale de él con la tarea cumplida. El carbonero es, en cambio, el hombre de los bosques: vive en ellos y no sale de ellos. Esta figura, que procede directamente de la Edad Media, marcó profundamente el imaginario de nuestros ancestros. El carbonero era un nómada en el bosque, dos razones para vivir apartado, para ser un marginal. Su oficio era hacer que la madera pasara de la vida a la muerte, transformar el árbol que sube al cielo en carbón que está bajo tierra, potente simbolismo relacionado con estos malditos del bosque. La figura del carbonero, con el rostro ennegrecido por el humo, es, por tanto, la de un ser salvaje, misterioso, inquietante. Es el único habitante del bosque, por lo que debe parecerse a él: un ser tan cercano a los animales como a los hombres. Es también el hombre del fuego, del humo, del polvo, y, por ese motivo, su apariencia puede verse como diabólica. El propio carbonero dice que su oficio es el del diablo porque siempre está en el fuego. A este con frecuencia cabeza de

turco, siempre se le ha considerado responsable de la desaparición del bosque y también de los incendios. Salvaje porque vive en el bosque y brujo porque maneja el fuego, el carbonero marca el imaginario: esta imagen y este estatus lo acompañarán hasta la desaparición del oficio. El mismo Jean de La Fontaine, en Lettres à sa femme: Voyage de Paris en Limousin [Cartas a su mujer: Viaje de París a Limousin], no puede evitar hacer este comentario sobre los bosques que atraviesa: «República de los lobos, guarida de bandidos, ¿es necesario que existas en este mundo? En ti solo se encuentran desagradables leñadores, carboneros negros como demonios».

En el siglo XIX se instalan familias enteras en el bosque, cada uno de sus miembros con su propia tarea; los niños trabajan en el carbón, no van a la escuela. Estas familias viven en chozas, que han permanecido invariables a lo largo del tiempo. Por lo general, tienen forma de tienda, un haz de palos cubierto con una primera capa de ramas y luego con una segunda de hojas, cortezas, musgos y terrones de hierba. Una entrada única, estrecha, y una pequeña abertura en la parte superior para que salga el humo del pequeño caldero sobre el fuego encendido en su interior. Duermen en jergones de hojas, casi sin muebles, con un agujero en el suelo cubierto con una tabla para conservar los alimentos. Inquietante similitud de estas chozas de carboneros con las de los pueblos de América del Norte, profunda proximidad con los recursos de la naturaleza entre los hombres de los bosques y los de las llanuras.

Existen postales de finales del siglo XIX o de principios del XX que testimonian la dureza de las condiciones de vida y la miseria de estas familias, que posan, pobremente vestidas, delante de sus chozas de ramas. Testimonios conmovedores y desgarradores, tan cercanos a nosotros en el tiempo, y tan cercanos también a las profundidades de la historia por la dureza de las vidas que cuentan. Sus huellas siguen muy presentes en todas partes, entre la persistencia de zonas despejadas y ennegrecidas en los bosques y las múltiples iniciativas para preservar su memoria. Mis vínculos con estas historias son en primer lugar los de las familias italianas que mi padre conoció en la Provenza y cuyo recuerdo han conservado los ancianos de las familias cultivadoras de lavanda en

Valensole. Los italianos vinieron a cortar madera o a trabajar como carboneros en varias oleadas migratorias, primero en la década de 1880, y luego en la década de 1930. Se establecieron en todas partes donde había trabajo. En la Alta Provenza, a estos leñadores italianos se los conocía como «bouscatiers». Para trabajar en el carbón, las familias se instalaban en los bosques tras llegar a un acuerdo con los propietarios. «Establecidos en sus chozas y campamentos, apenas se los veía», me cuenta un anciano de Valensole. «Allí, en el bosque llamado La Forestière, tenían doscientas hectáreas de robles, talaban y cocían como mulas, solo descansaban para venir a misa. Eran muy buenos trabajadores, unos leñadores incansables. Recuerdo que comían poco, sobre todo polenta, sopa y pan; los domingos, las mujeres cocinaban estofado de carne. Continuaron allí hasta unos años después de la guerra. Un día, a principios de los años cincuenta, fuimos a visitarlos mi padre y yo para comprarles carbón. Yo era muy joven. Tengo el vívido recuerdo de que los hombres estaban completamente negros, excepto el más grande, un coloso que cortaba los estéreos, todo con hacha, por supuesto. Los niños estaban allí, silenciosos, había cuatro o cinco, no muy mayores. Me parece estar viéndolos: llevaban collares con cascabeles en el cuello, como los que les poníamos nosotros a las cabras. Era para no perderlos, porque estaban todo el día correteando por el bosque».

El carbón vegetal está en la base de un giro decisivo en nuestra historia. Si Gilgamesh marcó la renuncia a lo salvaje con la tala de árboles, el carbón vegetal puso el bosque al servicio del metal, un punto de inflexión y una toma de poder que transformaron el mundo. Es probable que el carbón ya se utilizara para forjar las hachas de bronce de Gilgamesh y Enkidu. En la Edad Media, comienza a servir para forjar las herramientas que se necesitan de forma imperiosa para talar el bosque y desbrozarlo. Los árboles talados permiten producir las herramientas y los arados que servirán para reducir aún más las tierras boscosas. Sorprendente paradoja la de este sacrificio impuesto al árbol para asegurar la evolución de la humanidad basada en el metal. La madera debe contribuir a su propia eliminación.

A finales del siglo XV, los bosques de Europa ya están ampliamente convertidos en monte bajo y dedicados al carbón para alimentar las forjas y los hornos. El monte bajo es esa forma de bosque en el que no dejamos que los árboles crezcan más allá del grosor de una botella, y que se cosechan cada quince o veinte años, dejando que los brotes retoñen en los tocones. En 1780 se contabilizan seiscientos hornos de fundición en Francia, que queman cada año sesenta mil hectáreas de monte bajo, seis veces la superficie de París. Esta situación llegará a su fin en el siglo XIX, con el nacimiento de todas las modernidades. En torno a 1850, las cifras de producción de estéreos de madera para alimentar la industria del carbón son abrumadoras, el bosque es literalmente devorado por Vulcano. A partir de ese momento se recurrirá a nuevas plantaciones para seguir consiguiendo madera. Fin del bosque original y paso a la forestación masiva y productiva, una nueva era cuyo símbolo en Francia es la creación del bosque de pinos de las Landas.

Los carboneros trabajaron en los bosques de toda Francia hasta 1950 y unas décadas más en Europa del Este. El oficio tradicional, sustituido en Europa por hornos industriales, continúa a gran escala en África para la cocción de los alimentos, y en América del Sur y en Asia para alimentar las barbacoas de los países ricos. A principios de los años 2000, conocí en Bulgaria a un grupo de gitanos que acababan de abandonar la producción de carbón. Estaban instalados en tiendas de campaña y en cabañas dentro de un bosque de hayas y ahora se dedicaban a la recolección, sobre todo de bayas de enebro, que iban a recoger con sus burros a la montaña, en las laderas cubiertas de enebros. La baya de enebro se utiliza para la producción de ginebra, así como para obtener un aceite esencial de perfumería sobre el que yo estaba investigando. Su campamento rodeaba una gran zona negra en la que habían carbonizado hornos durante algunos años. La madera provenía de las hayas del bosque circundante. Los árboles eran viejos, sus troncos eran impresionantes, pero no crecían hacia lo alto, sino que se ramificaban a dos metros de altura, cada uno con múltiples ramas a modo de candelabros, algunas verticales, otras horizontales, un

laberinto vegetal que evocaba más los cuentos de hadas que la silvicultura. Cada árbol se podaba para proporcionar rebrotes de pequeño diámetro, fácilmente utilizables en los hornos. En este bosque sin edad, sombrío y seductor, accidentado y profundo, las hayas parecían surgir de la noche de los tiempos, un refugio salvaje que ocultaba y protegía el calvero de los hombres y los burros. Un pequeño radiocasete de pilas difundía suavemente unas melancólicas melodías interpretadas por un violín y un acordeón. El grupo se quejaba, por supuesto, de tener que dejar de trabajar en el carbón, inseguro de los ingresos que podría obtener de las setas y las bayas. En el mes de mayo las familias gitanas bajaban a recolectar las rosas, y luego las cerezas. En invierno, dejaban las hayas para ir a un pueblo del valle del Tundzha. Oficialmente, el fin del carbón vegetal en Bulgaria se debió a la normativa sobre riesgos de incendio, no a la competencia industrial, pero el resultado fue el mismo. En la corriente que arrastra el pasado salvaje cada vez más hacia el este, allí también, los hornos se han apagado.

8

Los gigantes pacíficos

Entre San Francisco y Vancouver, donde va a celebrarse un congreso de la industria perfumera, hago escala en los Parques Nacionales y Estatales Redwood de California, donde vuelvo siempre que puedo para revivir la experiencia única de vagabundear entre los gigantes del Pacífico. En el otro extremo del mundo, lo que queda de este bosque de secuoyas rojas entra para mí en resonancia con el bosque de cedros del Líbano. Tengo la absoluta convicción de que estos dos bosques son los más bellos de la creación.

Llueve sobre las secuoyas, como casi siempre aquí. Una lluvia fina y persistente que cae desde hace millones de años en esta costa del Pacífico Norte, saciando la sed silenciosa de los árboles, los más grandes de toda la superficie de la Tierra, asentados aquí desde tiempos ancestrales. Protegido por la capucha, miro el tocón. Es gigantesco, un rosetón de raíces y madera arrancado de la tierra y erigido en vertical, una pared de cinco o seis veces mi altura, una caverna vegetal que se descubre al final de un enorme tronco tendido en el suelo a lo largo de casi setenta metros. La secuoya gigante cayó hace veinte años en una noche de tormenta, haciendo temblar la tierra a dos kilómetros a la redonda, poniendo fin a una vida de diez siglos. Esta Sequoia sempervirens, que los norteamericanos llaman redwood, ha permanecido aquí, en este rincón del parque de Humboldt, uno de los santuarios del norte de California que preservan, como joyas, las pocas hectáreas de bosque primario salvadas de la más despiadada saga de explotación forestal del siglo XX.

Este tronco tan espectacular me recuerda a una ballena. Lo veo como un enorme cetáceo vegetal varado, un árbol y un animal

conectados por belleza y desmesura. Como prolongación de la pared vertical del tocón, el tronco tumbado tiene una altura de casi cuatro metros. A su alrededor el bosque de árboles de hasta cien metros de altura, gigantes fuera de lo común, muy cerca unos de otros, la mayor productividad vegetal del mundo. La corteza y la madera de los redwoods son casi imputrescibles, los árboles que caen permanecen intactos durante décadas, siendo una fuente de anclaje para el crecimiento de nuevas secuoyas. En toda esta muralla de madera, a lo largo de decenas de metros, aparece la vida. El árbol ha conservado su corteza de treinta centímetros de espesor, una coraza fibrosa que lo protegió del fuego hasta su caída, y que sirve de soporte y alimento a todas las plantas, helechos y retoños que ahora alberga. Espectáculo único el de estos árboles jóvenes que crecen en el tocón, o bien por encima del suelo o bien en el costado del tronco, y que acabarán echando raíces en la profundidad del humus.

Del dosel forestal descienden finas cortinas de lluvia que hacen brillar las cortezas rojas de los árboles que me rodean. Para ver los follajes hay que levantar la cabeza, las primeras ramas de los troncos suelen estar a treinta o cuarenta metros del suelo. La asociación de sus troncos de color marrón rojizo y sus follajes de color verde oscuro es una maravilla, imposible no ver en ellos los colores del bosque primigenio, del bosque matriz. Caminar por los redwoods es una experiencia única que marca para siempre. Abrumado por la impresionante belleza y la desmesura de esta naturaleza, avanzo en medio de un silencio especial, los árboles absorben los sonidos. En estas catedrales hablar parece inoportuno.

Hace cien millones de años la evolución hizo que la familia de las secuoyas ocupara un lugar preeminente. Cubrían las dos terceras partes de las tierras del hemisferio norte, en Estados Unidos, Europa e incluso China, donde aún subsiste la Metasecuoya, pariente de los árboles norteamericanos. Con el paso del tiempo, las glaciaciones, los calentamientos y la evolución de otras especies, las secuoyas encuentran su último refugio en California, donde han sobrevivido dos ramas de la especie.

En las sierras del interior, las Sequoia giganteum son las más famosas, porque ostentan el récord de ser los árboles más voluminosos

de la Tierra. En la costa, la Sequoia sempervirens se extendía sobre casi ochocientos kilómetros, entre el océano y las Montañas Rocosas, desde Monterrey hasta la frontera con Oregón. Al principio mucho más abundante que su pariente de la montaña, el redwood es el árbol más alto del mundo.

Antes de la llegada de los europeos, los bosques de redwoods ocupaban el extremo sur de una franja costera de tres mil kilómetros que subía hasta Alaska y formaba un conjunto forestal absolutamente único, ya que reagrupaba una variedad de especies de árboles con tamaños y volúmenes fuera de lo común. La explicación de esta joya botánica es en gran parte climática: las lluvias y la niebla procedentes del océano y detenidas por las montañas bañan continuamente estos bosques siempre húmedos, sus gigantescos árboles llegan a crecer muy cerca de las playas. En este bosque, la naturaleza y la evolución parecen haberse puesto de acuerdo para hacer prosperar en él a un representante de cada gran familia de coníferas de una forma excepcional. Incluso después de casi dos siglos de explotación, la costa alberga una colección de árboles con un tamaño impresionante: el abeto de Douglas, la pícea de Sitka, otro abeto, Abies grandis, el sugar pine y una tuya, el western red cedar. Todos ellos alcanzan alturas y volúmenes incomparables. Y todos proporcionan madera de alta calidad, algunos son muy resinosos y otros no lo son en absoluto. Los serrines del western red cedar y del ciprés de Nootka se destilan y producen potentes aceites esenciales muy apreciados en aromaterapia.

He conocido estos árboles en varios viajes por la carretera 101, desde San Francisco hasta Columbia Británica, en Canadá, pasando por los estados de California, Oregón y Washington. Cuanto más se sube hacia el norte, más salvaje se vuelve el bosque al unirse con el océano. Se puede dejar la carretera en cualquier momento, llegar a la costa y caminar hasta las playas, donde el ruido de las rompientes del Pacífico se mezcla con el viento, la lluvia y las nieblas para sacudir los árboles y penetrar en el bosque. La exuberancia de esta naturaleza en un clima frío hace que a uno le entren deseos de hablar de bosques tropicales templados, ya que el espectáculo de los árboles a lo largo de estas orillas

evoca un estallido vegetal. En este universo no hay transición entre el agua y los árboles, es una naturaleza en estado bruto donde se mezclan multitud de gigantes vivos, apilamientos de troncos en descomposición y montañas de tocones y maderas flotantes. En cada desembocadura de río, un mundo de madera, agua, rocas y arena a menudo negra. Los árboles, cubiertos de musgos y líquenes, alzan sus formidables masas hasta el agua salada y forman un bosque donde el sol apenas penetra. Pasada la frontera con Canadá, cuanto más se sube hacia el norte, la naturaleza es más salvaje y rica en árboles asombrosos. Al final de la gran isla de Vancouver he encontrado gigantes aislados, abetos centenarios o cedros rojos con troncos enormes, milagrosamente salvados y hoy protegidos. Sus cimas, a menudo heridas por la edad, se siguen irguiendo hasta los setenta metros de altura como si fuera algo corriente.

Los primeros pueblos que vivieron durante casi tres mil años en la costa, desde Alaska hasta California, vieron llegar a los primeros exploradores bastante tarde. Tierras lejanas, de difícil acceso y con un clima muy duro en toda la parte norte que han permanecido durante mucho tiempo alejadas de las rutas comerciales. Los españoles no desembarcaron en Santa Cruz hasta 1769, después de remontar las costas de México, siendo los primeros europeos en descubrir el redwood, al que bautizaron palo colorado, el árbol rojo. En el extremo norte, los rusos, cazadores de cibelinas, habían comenzado a establecerse en Alaska hacia 1740, atraídos por la abundancia de otra fuente de pieles, las nutrias marinas. Sus primeras hazañas fueron esclavizar a los pueblos de las islas Aleutianas, en la más pura tradición de los colonos desde 1492. La gran entrada de los europeos en estas tierras tendrá lugar después de la exploración del capitán Cook, pasados veinte años de la llegada de los rusos. Los ingleses se dan cuenta de que el comercio de pieles de nutria es una mina de oro. Organizarán, por tanto, la masacre de estos animales, cuya especie se extinguiría prácticamente en 1850. La razón de esta tragedia se explica por la calidad única de la piel de nutria, cuyo pelaje es tan fino y espeso que no tiene parangón para confeccionar los mejores abrigos y sombreros. Los chinos, ávidos de estas pieles, están dispuestos a pagarlas cada vez más caras, pasión que conlleva el establecimiento de un comercio que conecta el Pacífico con

China a través de Hawái. Las pieles se intercambian por porcelana, té o seda, a lo que se une la madera de sándalo hawaiana. La historia de la masacre de las nutrias se inscribe en la oscuridad de la época. Las expediciones son peligrosas, los beneficios esperados increíbles y las tripulaciones tan codiciosas como salvajemente brutales. Muy pronto las relaciones con los autóctonos se envenenan, hay luchas y muertes. Los europeos aprenden de la peor manera que esos pueblos a los que consideran salvajes incorporan el interés por el comercio tan rápidamente como el manejo de las armas de fuego, llegando incluso a robar los cañones de los barcos para defenderse. Sin embargo, estas comunidades y sus culturas disminuirán rápidamente de norte a sur, muchas de ellas incluso desaparecerán. Vivían del mar y del bosque, los europeos y americanos decidieron adueñarse de ellos, no habrá vuelta atrás.

A mediados del siglo XIX, la explotación forestal tomará el relevo de la exterminación de las nutrias. Los primeros taladores de redwoods fueron los rusos, que bajaron casi hasta San Francisco, construyeron un fuerte en 1812 y montaron los primeros talleres primitivos de aserrado. Veinte años más tarde, la demanda local de madera ya es alta, muchos marineros abandonan los barcos ingleses o estadounidenses para establecerse en el bosque y vivir de la caza y la tala. En los bosques de secuoyas, alrededor de Monterrey y Santa Cruz, los hombres intentan adaptarse al enorme desafío que plantea la tala de los árboles. El primer aserradero que utiliza la fuerza del agua se crea en 1834 y, diez años más tarde, los hombres se equipan con los primeros motores de vapor. Sin embargo, nadie prevé la revolución que precipitará al bosque hacia la más vasta operación de deforestación jamás conocida hasta entonces. En 1848, en la California recién convertida en parte de los Estados Unidos, se descubre oro durante la construcción de un aserradero en las tierras de John Sutter, famoso por la novela de Blaise Cendrars titulada El oro. Comienza la fiebre del oro y California conocerá una nueva era, donde la explotación de la madera de secuoya roja resultará mucho más rentable que el caprichoso metal amarillo.

Mis padres llegaron a California justo un siglo después de la fiebre del

oro. Al final de la guerra, su viaje fue más bien una estampida hacia la libertad del Nuevo Mundo. Mi padre, que era ingeniero forestal, quería conocer los bosques norteamericanos, célebres en Europa por la belleza y riqueza de sus árboles. Atravesaron el país sin dinero, aceptando todos los trabajos que les ofrecían. En Idaho, donde mi padre estaba de peón en un aserradero, le propusieron ir a trabajar al bosque. En los alrededores de la ciudad de Boise, descubrió el mundo de los leñadores norteamericanos, con los que encajó bien. Como su proyecto era subir hasta Alaska, compraron un viejo coche de segunda mano en San Francisco, donde se casaron, y luego viajaron por la inmensa Canadá hasta llegar a Fairbanks. Los árboles de Alaska no eran muy grandes, mi padre compraba concesiones para cortar y vender leña. A su regreso de allí, heredó el apodo de Witou, que conservaría durante toda su vida, un préstamo y un guiño al gran explorador Paul-Émile Victor, muy famoso en los años cincuenta, a quien los inuit de Groenlandia bautizaron con un nombre de su cultura en señal de adopción. Imaginemos el invierno en Alaska, mis padres conservaban algunas pequeñas fotos en las que se veía a mi madre en un escenario de tejados hundidos bajo la nieve, trineos y madera cortada para alimentar una estufa. Estaba radiante, acababa de enterarse de que estaba embarazada. Regresará sola a Francia, mi padre quiere ganar más dinero antes de reunirse con ella. Ha oído que buscan hombres fuertes para talar secuoyas en el norte de California, quiere probar suerte. Yo nací en septiembre, a mi padre lo avisaron con un telegrama. Se hallaba en Klamath, pueblo del norte de California donde, en 1952, se seguían talando secuoyas primarias de forma significativa. Las únicas cuestiones que se planteaban en torno a estas talas eran técnicas: las dificultades para abrir pistas de acceso, las máquinas en el bosque, el progreso de la primera generación de motosierras. La región vivía de la madera, a los leñadores se los admiraba y se ganaban muy bien la vida, a nadie le preocupaba la desaparición de árboles de varios siglos. La idea de una naturaleza cuyos límites se iban a traspasar estaba reservada a algunos científicos o a un puñado de defensores pioneros de los árboles. Mi padre me contó que él mismo no se hacía preguntas, porque el trabajo era muy duro y lo absorbía por completo. En una de las cartas que envió a sus padres desde Klamath, en abril de 1952, he

encontrado un pasaje realmente evocador:

> *Todas las pendientes, todos los cañones, todos los lugares están cubiertos de árboles gigantes con los troncos completamente rectos y sin ramas bajas. Troncos de dos a tres metros de diámetro y de setenta a cien metros de altura. En medio de ellos, es digno de ver el espectáculo de la maquinaria norteamericana. Las Caterpillar rugen, los cables giran, los postes gigantes gimen bajo la tensión de los cables, los troncos vuelan por el aire hacia los camiones de carga que los llevan al aserradero. Los hombres que trabajan aquí son unos tipos superduros, es mejor no dárselas de listo. Los gascones están perdidos…*

En Francia, Witou y Catherine, mi madre, ocupados en poner en marcha su negocio, no se dejaban llevar por sus recuerdos de Alaska y California. Mi padre había pasado página, talaba árboles para convencer a otros de que lo hicieran con sus máquinas. Mi madre a veces compartía sus recuerdos con mi hermana y conmigo, como los de la agotadora recolección de naranjas y melocotones en California o los de la nieve en Fairbanks. Además, en nuestra casa había un libro muy grande, traído por mi madre de una librería de Eureka, la capital de la edad de oro de las secuoyas, que reconstruía la historia de los redwoods con fotos en blanco y negro. En una de ellas se veía a quince hombres sentados en lo que parecía un árbol cortado; en realidad, se trataba de la enorme muesca hecha en un gigante para preparar su derribo. Era tan grande que todos posaban en ella para la cámara. Otra foto mostraba a una familia que había convertido en una casa el tocón de un árbol. El enorme tocón había sido vaciado, le habían practicado unas ventanas y el cabeza de familia lo había cubierto con un tejado de madera. Los padres y las dos hijas miraban con gesto grave al objetivo. Estas fotos databan de 1900 o 1910. Todavía conservo el libro, testimonio extraordinario de la vida de quienes se lanzaron a atacar el bosque a partir de 1850. Bellas e impactantes fotos sobre la condición de estos hombres y sobre la suerte de los árboles contra los que arremetían sin descanso, fotos de una epopeya absolutamente fuera de lo común.

9

El oro de los redwoods

En Humboldt y más al norte, a lo largo de la costa, en los parques que preservan los bosques de secuoyas supervivientes, los tocones forman parte del decorado de los últimos restos del bosque original, son su memoria. Imponentes, a menudo miden dos o tres metros de altura, muchos tienen un siglo de antigüedad y guardan prácticamente intacta su forma inicial tras ser talado el árbol. Algunos todavía conservan, muy visibles, las muescas que los leñadores hacían en ellos para sujetar las tablas que les permitían atacar el árbol por encima de la base del tocón. Toco estas cavidades, la madera sigue siendo sólida, imagino a los hombres de 1920 iniciando los preparativos para la tala. Las huellas de los bosques caídos son siempre conmovedoras, las de las secuoyas duran mucho tiempo, se niegan a borrarse y se unen al ritmo lento de la vida de estos árboles, fuera del tiempo de los hombres, antes de que el frenesí de los devoradores de bosques las haga desaparecer.

La tala del bosque comenzó realmente en 1850, cuando la necesidad de madera para alojar a decenas de miles de aventureros explotó. La velocidad de los acontecimientos es tan asombrosa como su magnitud. Los leñadores parten de los alrededores de San Francisco y, en menos de diez años, suben por la costa a lo largo de varios cientos de kilómetros. En cada punto accesible a los barcos se construyen aserraderos y embarcaderos improvisados para cargar vigas y tablas. En los bosques nacen nuevas ciudades, como Eureka, que, haciendo honor a su nombre, se convertirá en la capital de la explotación. En una década se ponen en funcionamiento más de cuatrocientos aserraderos en California. En el bosque, los raíles de madera permiten a las primitivas locomotoras tomar el relevo de los bueyes y caballos. En 1880, se colocan los primeros raíles de acero, la máquina entra en los bosques. Este frenesí reemplaza al de la matanza de las nutrias marinas y al de la

aniquilación de los pueblos indígenas en el siglo anterior, en una forma de continuidad entre la destrucción de los hombres, los animales y los árboles. Cómo no ver en la suerte de la costa del Pacífico la amarga ilustración de los seísmos del siglo XIX, un cóctel de avances técnicos inauditos y una furiosa sed de toma de poder sobre la naturaleza. De todas partes afluyen hombres equipados para saquear el mundo.

Los primeros leñadores de California se parecen a los taladores de cedros de Gustave Doré. La incipiente fotografía acompañará la saga de las secuoyas. La primera imagen conocida data de 1853, muestra a cinco leñadores en el bosque con un enorme tronco de redwood que un tiro de bueyes se dispone a arrastrar. Tiene la textura un poco borrosa de las fotos muy antiguas; los hombres, con sombrero y un hacha en la mano, miran fijamente al objetivo. Del bosque al desierto, me recuerda las malas reproducciones que Rimbaud hizo de sus autorretratos en Etiopía, treinta años después, con ese desenfoque que tanto nos gustaría que desapareciera. Muchos de los primeros leñadores eran «veteranos» de los bosques del este americano; procedían de Maine, donde los árboles se explotaban desde finales del siglo XVII para la construcción naval. El oro y los rumores sobre el tamaño de las secuoyas llevaban a estos hombres a cruzar todo el país, una aventura arriesgada en una época en que California seguía siendo desconocida en su mayor parte. Sus testimonios reflejan el estupor de verse confrontados con árboles que ninguno de ellos había imaginado tan gigantescos. A los taladores experimentados se unía una multitud dispar de diferentes nacionalidades que solo tenía para ofrecer sus brazos. La mayoría eran inmigrantes de Europa, pero también había chinos, marineros desertores, buscadores de oro decepcionados, adolescentes hambrientos, todos en busca de una parte de los grandes beneficios que proporcionaba el comercio de vigas, tablas y shingles, esas tejas de madera con las que se cubrían los edificios. Libre de resina, resistente a insectos y hongos, y el grano recto, la madera de redwood es inigualable para la carpintería y la ebanistería. Un solo árbol proporcionaba suficiente madera para construir veintidós casas de cinco habitaciones.

Los hombres estaban organizados en equipos de doce, con tres

derribadores que manejaban el hacha, sierras de tres o cuatro metros de largo y cuñas para resquebrajar los trozos de tronco. Tardaban una semana en talar un árbol. Después de descortezarlo y cortarlo en trozos de ocho o diez metros, había que partirlo con la ayuda de pólvora o dinamita. Desde el tocón, había que hacer rodar las enormes secciones de madera hasta el camino de los tiros de bueyes. Los skid roads eran caminos hechos con troncos por donde tiros de doce bueyes arrastraban los trozos de troncos hasta el aserradero. A los bueyes se les calzaba con cascos de cuero claveteados para que pudieran avanzar sobre la madera mojada y el barro. Los skid roads empiezan a serpentear por todo el bosque y, durante treinta años, toda la madera de redwood saldrá de él gracias a esta técnica. La organización es tan parecida a la antigua tala de cedros del Líbano que la comparación me obsesiona. Pese a los tres mil años de distancia, los hombres se miden contra los árboles con las mismas herramientas y los mismos tiros, solo las cadenas han reemplazado las cuerdas. En 1881, John Dolbeer inventa un cabrestante a vapor y lo instala en un trineo para llevarlo a las talas. Al introducir la máquina en la explotación forestal, pone simbólicamente fin a cuatro mil años de explotación manual con la única ayuda de la fuerza animal: la era abierta por Gilgamesh finaliza. El progreso es rápido, las máquinas evolucionan, pronto es posible servirse de cables de más de un kilómetro de largo y se empiezan a hacer rodar los cabrestantes sobre raíles de madera, a los que sucede el ferrocarril. En 1900, los bueyes han desaparecido del bosque y, en 1914, San Francisco queda comunicada con Eureka por un ferrocarril que discurre a lo largo de más de cuatrocientos kilómetros.

En este comienzo de siglo, uno se encariña fácilmente con estos árboles monstruosos, sobre todo cuando se los tala y se los trata como animales de feria. En las fotos, los hombres se vanaglorian de sus derribos como si fueran trofeos de caza. Un hombre a caballo en el tronco hueco de un árbol derribado, racimos de hombres encaramados en los enormes bloques cargados en vagones: se compite en lo espectacular. En 1893, Chicago expone la tabla más grande jamás serrada: mide más de cinco metros de ancho. Un concurso trae a Londres la rodaja de un tronco gigante que, transformada en mesa, puede albergar a cuarenta comensales. No se tardará en realizar el

sueño de cavar un túnel en un árbol para que pase por él un coche, un éxito popular nunca desmentido que considero una obscenidad absoluta. Perforar el corazón de un árbol para hacer pasar por él un motor me parece algo horrible, una mutilación absurda por una patética demostración de poder por parte del hombre destructor sobre el árbol maravilloso.

En las fotos de los años veinte se ve como los trenes pasan por el bosque a través de puentes de madera frágiles y efímeros. La fila de vagones cargados con trozos de árboles milenarios me recuerda la evacuación de las columnas rotas de un templo imaginario, destruido en un siglo con una determinación que nada frenará ni detendrá. Templos de cedros, templos de secuoyas, sus destinos están ligados a los dos extremos de nuestra historia, y la desaparición de dos maravillas del mundo me conmociona. En setenta y cinco años, de 1850 a 1925, un tercio de los redwoods ya se ha talado, y en 1970 la casi totalidad habrá desaparecido. Convertidos en santuarios como parques estatales y en el Redwood National Park, hoy solo queda el cuatro por ciento de la extensión forestal primaria. La entrada del Caterpillar en el bosque en 1930 y la de las motosierras a finales de los años cuarenta son los grandes indicadores de la victoria final de la tecnología sobre la naturaleza. El Caterpillar es un tractor sobre orugas que, como un tanque desarmado, permite entrar en cualquier parte de las talas, trazar pistas, escalar pendientes y mover trozas. La motosierra va a mecanizar al leñador, el mundo del bosque se tambalea.

Aunque ya en 1853 se habla de la suerte de los redwoods en un artículo cuyo autor se escandaliza por su tala. El gran pionero de las ideas conservacionistas de los espacios salvajes del Oeste americano será el escocés John Muir, llegado a California en 1868. Muir logró crear primeramente el inmenso Parque Nacional de Yellowstone, a caballo entre tres estados, una primicia mundial. Por otra parte, cuando descubre las secuoyas del valle de Yosemite, consigue sensibilizar al presidente Theodore Roosevelt e imponer la creación de un nuevo parque en 1890. Sus ideas, sus escritos y su reputación harán mucho por la causa de la creación de santuarios naturales, de la que es el gran

precursor en Occidente. Más adelante, California se convertirá en una tierra de enfrentamientos entre las compañías forestales y los defensores de los árboles. Iniciada en los años veinte, esta oposición conocerá numerosos episodios, a veces trágicos, que se extienden hasta el presente.

Las empresas madereras de California han ganado fortunas con los redwoods. Nunca han renunciado a continuar la tala de los bosques primarios, lo más lejos y durante el mayor tiempo posible, con la idea de que todos los bosques deben ser talados, sobre todo los más viejos, considerados como enfermos, cuya madera debe aprovecharse rápidamente. Su gran argumento frente a los defensores del medio ambiente es que el redwood vuelve a crecer a partir del tocón del árbol cortado y que, por lo tanto, su reemplazo está asegurado. Aunque en muchos casos sea cierto en lo que al rebrote se refiere, ¿cómo se puede hablar de reemplazo de un bosque milenario? Ahora hay muchas secuoyas llamadas de «segundo crecimiento» o «segunda generación», algunas ya tienen cien años y son explotadas, incluso se talan árboles de sesenta años. Pero estos bosques no se parecen a los bosques originales. A los brotes de redwoods vienen a mezclarse otras especies y las técnicas de siembra por helicóptero dan lugar a forestaciones demasiado densas donde los árboles se desarrollan mal. Se quiere que estas tierras produzcan la mayor cantidad posible de madera, de modo que los forzados intereses de la industria maderera prevalecen sobre los equilibrios ecológicos y la biodiversidad.

En Estados Unidos la filantropía es una práctica antigua de los empresarios y del mundo de los negocios; forma parte de la esencia de la cultura estadounidense. En los años veinte, grandes fortunas del este del país se alarman por el ritmo de la tala del bosque de California y quieren frenarlo. Entablan con los explotadores forestales un difícil diálogo que tendrá como única salida la compra por algunos mecenas de zonas de bosque a precios superiores al valor de la madera que contienen. Las negociaciones son duras, los gerentes muy codiciosos. En lugar de oponerse a ellos, John Davison Rockefeller comprará parcelas en curso de explotación en el condado de Humboldt, salvando de la tala a algunos bosques que hoy son los más bellos testigos de la magnificencia del bosque original. Que la salvaguarda de uno de los

bosques más extraordinarios del mundo se deba al heredero del mayor magnate petrolero del siglo XX es, sin duda, una burla de la historia, pero también un hecho positivo. Los Rockefeller serán imitados por muchos otros y, en los senderos de los parques, los letreros testimonian por doquier el compromiso financiero de quienes no quisieron que se talaran los últimos árboles.

A mediados de los años sesenta, California se encuentra a la vanguardia de la ebullición cultural y política que sacude ambas costas de Estados Unidos. El rechazo de los jipis al estilo de vida norteamericano, los combates contra la segregación y las radicalizaciones políticas aumentan y se diversifican. Alrededor de San Francisco, de Big Sur y de Monterrey, la toma de conciencia de los problemas económicos avanza con rapidez y confluye lógicamente con la causa de los bosques. Los ecologistas californianos se dan cuenta de que, si se sigue explotando el bosque primario, acabará afectando a las sesenta mil hectáreas que quedan en manos de propietarios privados, que venden poco a poco sus árboles a la industria. Iniciadas a finales de los años setenta con acciones esporádicas, las luchas por la salvaguarda de los últimos redwoods primarios conocieron dos episodios destacados, emblemáticos de la evolución de las mentalidades en la causa de la defensa de los árboles.

En el verano de 1990, la organización ecologista Earth First se movilizó contra la duplicación de las talas de árboles primarios decidida por la Pacific Lumber Company para adelantarse a la aplicación de una ley californiana destinada a limitarlas. Se ha dado el nombre de Verano de Redwood (Redwood Summer) a los enfrentamientos entre los militantes de Earth First por un lado y los directivos de la compañía y sus empleados por el otro. Las acciones consistían en bloquear las carreteras, los camiones y las máquinas de la empresa, establecer campamentos al pie de los árboles o encadenarse a ellos. Los activistas lograron frenar significativamente la explotación, lo que provocó enfrentamientos con los trabajadores de la maderera, víctimas de despidos hábilmente manipulados por la compañía. En 1990 el árbol es todavía un espectador de estas pugnas, pero unos años más tarde se

convertirá en el actor principal.

Julia Hill, apodada Mariposa (Butterfly), no era la primera en subirse a una secuoya para evitar que fuera sacrificada. Sin embargo, su historia es única, porque vivió durante dos años, 1998 y 1999, en dos pequeñas plataformas de tablas colocadas a sesenta metros de altura en una secuoya gigante, de las que no se bajó en ningún momento. Julia se hizo famosa y escribió un libro sobre su experiencia: El legado de Luna. Más allá del enfoque militante, original e impresionante, el caso de Julia Butterfly fascina por lo que ella misma cuenta sobre cómo ha evolucionado la relación entre los humanos y los árboles en nuestra época. La hazaña irreal de Julia es en lo fundamental una historia de amor entre una mujer y un árbol, una secuoya a la que bautizó con un nombre femenino: Luna. Julia dio sentido a su vida al entrar en comunión con Luna, la gran secuoya roja, a la que consideraba una criatura dotada de todo tipo de sensibilidad y con la que se comunicaba, emocional y físicamente. Vivir en las grandes ramas del árbol y enfrentarse a sus propios miedos fue una evidencia que se le fue imponiendo a lo largo de los días. Equipada con un teléfono recargable con energía solar y avituallada por medio de cuerdas, su experiencia estuvo marcada por el diálogo y las negociaciones con los representantes de la compañía, la misma a la que se habían enfrentado los militantes de Earth First diez años antes. El momento culminante de su aventura fue la peripecia inaudita de aguantar durante tres días y tres noches una enorme tormenta, de las que el Pacífico a veces envía al bosque. Azotada por las borrascas y por una lluvia helada y constante, tuvo que agarrarse durante horas a las ramas para no caerse. No se entiende cómo pudo salir con vida de esa prueba; sin embargo, ella tuvo muy claro que le debía la vida a Luna. La aventura solo terminará con la firma de un acuerdo con la compañía, que acepta convertir en santuario a Luna y sus alrededores. Para Julia, el regreso a la tierra es difícil. Se vuelve trágico y amargo cuando, en junio de 2000, Luna es atacada con una motosierra por un asaltante que no será identificado. Talado en sus dos terceras partes, el árbol famoso sobrevivió gracias a muchos cuidados, pero la realidad volvió a imponerse. A mucha gente le gustan los árboles, un poco, mucho, apasionadamente, con locura. Y a otros, la mayoría, no les gustan nada.

Una mañana clara de septiembre camino, completamente solo, por el Rockefeller Grove de Humboldt Park. El parque es famoso por haber albergado los árboles más altos, pero el modo de medir los árboles grandes sigue siendo objeto de debate. Los métodos varían con el tiempo, y, por otra parte, hay testimonios antiguos sobre árboles aún más grandes, cuya veracidad se sopesa. El gigante de Dyerville, muy cercano, cuyo tocón me impresionó tanto, medía ciento veinte metros cuando cayó en 1991. Algunos redwoods pudieron medir hasta ciento veinticinco metros, lo cual parece ser una frontera que los árboles no pueden cruzar, por razones de física hidráulica y por los límites de su capacidad para empujar la savia hasta estas alturas. Con ciento veinte metros, los reedwoods superan a los eucaliptos más grandes de Australia y pueden reivindicar tranquilamente el título de árboles más altos de la superficie de la Tierra. El condado de Humboldt fue, por lo tanto, una meca para la explotación y el aserrado desde la fiebre del oro. Hoy en día, el parque está atravesado por la famosa avenida de los Gigantes, una carretera sublime convertida en minúscula por los espectaculares colosos que la bordean. Humboldt es también el escenario de los episodios más conocidos de las luchas por la defensa de los árboles. Luna está en los alrededores, en un lugar protegido que tratan de hacer inaccesible.

Camino con el peso de toda esta historia en la cabeza. No podemos estar más lejos del clamor del mundo como en este pedazo de bosque bordeado por un río y en el que hay un aroma paradisiaco. Todos los árboles, por supuesto, son enormes, pero ¿cómo describirlos aparte de mediante cifras? Hablar de un diámetro de cuatro o cinco metros no sugiere mucho. A poca distancia de mí hay una muralla, un tronco cuya anchura no tiene parangón con los árboles a los que están acostumbrados nuestros ojos. Estos troncos están tan cerca unos de otros, a veces a menos de diez metros de distancia, que es difícil entender cómo el suelo puede albergar tal masa de bosque vivo. Los troncos se alzan rectos, con una elegancia rara en su manto de corteza marrón rojiza. Alzando la cabeza, sigo su carrera hacia el cielo. Las primeras ramas y el follaje comienzan muy arriba, no se distinguen

bien las cimas. Algunas aves interrumpen un silencio cuya calidad y densidad son un marcador de los bosques más bellos; los pies flotan sobre el suave humus. Mientras avanzo empiezo a oír el sonido del río. Me cruzo con tocones cuya presencia vuelve aún más milagrosa la densidad de los árboles salvados. Cuando has caminado durante dos horas por este oasis de belleza y serenidad, es difícil entender cómo puede seguirse debatiendo la suerte de los últimos redwoods milenarios. El poder de la belleza de los árboles no basta para protegerlos. Mientras camino, me digo que la historia de Julia Mariposa quizá haya ilustrado el comienzo de un cambio importante, la señal de un desplazamiento semántico de nuestra visión colectiva, del árbol como objeto al árbol como ser vivo. Julia se adelantó a las tendencias, cada vez más extendidas, de la conciliación de los humanos y los árboles, al menos en Occidente. Vivió el tree hugging, el abrazar a los árboles, más allá de lo imaginable, estrechando con todas sus fuerzas las ramas de Luna en la tormenta y, como luego contaría, confiándole su vida. Un cuarto de siglo más tarde somos cada vez más las personas a las que nos gusta abrazar a los árboles, caminar para tomar «baños de bosque» y dormir en casas construidas en los árboles. Una búsqueda de un vínculo con los árboles, perdido después de haber sido durante tanto tiempo algo incuestionable en la vida de nuestros campos y en la de los pueblos de los trópicos.

Dejé el parque para tomar la carretera del norte. Quería ver la ciudad de Klamath, en recuerdo de mi padre. El pueblo, con menos de mil habitantes, se encuentra en la desembocadura de un gran río que llega hasta el océano a través de los bosques. Aquí y allá quedan secuoyas muy grandes, al borde de la carretera, cerca de las casas, inamovibles centinelas guardianes de la memoria. Delante de un pequeño café hay una terraza de madera completamente nueva. De un bonito color beis y rosa, sus tablas huelen a madera fresca de conífera. La camarera me confirma que la acaban de terminar y que está hecha enteramente de madera de redwood, la mejor del mundo, está segura de ello. Le pregunto si la zona tiene suficientes árboles para abastecer a los carpinteros. Me sonríe, pero me doy cuenta de que mi pregunta le ha

parecido absurda. «Sí, claro —dice—, en cuanto salimos de los parques, nuestros bosques están llenos de madera lista para cortar». Pienso en mi padre, que tuvo que cruzarse en su momento con estos árboles, en aquel momento jovencísimos y descartados, por tanto, de las talas de los pioneros. Ahora ya tienen cien años, la edad de ser aserrados. Acerco la nariz a la barandilla para respirar el olor a redwood. Dentro del bosque estos árboles no son muy olorosos, pues el aroma está atrapado en su caparazón de corteza. El follaje está muy alto, pero su madera, desprovista de resina, huele muy bien. Cierro los ojos pensando que, dondequiera que nos encontremos, todos los bosques huelen. Contienen toda la gama de los aromas, desde los más dulces hasta los más violentos. Los árboles de segunda generación no pueden borrar la historia de la tala del bosque original, pero su potencial de crecimiento los convierte rápidamente en «bebés gigantes», una forma de continuidad y orgullo para toda la región. En otras partes, en muchas regiones tropicales, los árboles no tienen una segunda oportunidad. Son talados, destruidos y reemplazados. He sido testigo de esta tragedia en la isla de Borneo.

10

Palmeras y pinos

Durante toda mi infancia, la selva tropical estuvo encarnada en una foto. Mis padres utilizaban como oficina una habitación de nuestra casa pintada de un color azul brillante que ya de por sí evocaba un cielo tropical. En una fotografía de gran tamaño y muy colorida, se veía a un hombre de espaldas sujetando una motosierra frente a un enorme árbol que había comenzado a talar. El hombre, con pantalones cortos y sandalias, trabajaba a pleno sol. Era rubio y delgado, y parecía muy frágil frente al tronco gris y al serrín rojo del mastodonte del bosque, un contraste en el que se respiraba la aventura y que impresionó mi imaginación de niño. La escena representaba al socio de mi padre derribando un gran makoré en Costa de Marfil, en 1959. Habían sido compañeros de estudios y de aventuras en Estados Unidos, y Pierrick había hecho para su empresa algunas giras promocionales de motosierras en África. Esta imagen me impresiona por ser muy representativa de la relación que tenían los hombres de la época con los árboles tropicales, un enfrentamiento visto como un reto deportivo, como un acto de captura exitoso en la naturaleza salvaje. Cien años después de la entrada de los europeos en estos bosques, Pierrick continuaba el avance, consensuado e inexorable, de la explotación de las fabulosas minas de madera de estos países. Nuestro cambio de visión sobre la tala de maderas preciosas en los bosques primarios será tardío y lleno de controversias. La toma de conciencia de lo irreparable puesta en marcha es reciente, pero no se comparte lo suficiente como para ponerle fin.

Dividida entre Indonesia y Malasia, la gran isla de Borneo forma parte de una de las grandes reservas de selvas tropicales del mundo. Mientras

mi avión aterrizaba en la provincia malaya de Sabah, hace algunos años, confieso haber tenido en mente, más allá del recuerdo de la foto de 1959, los estereotipos clásicos que rodean el nombre de estos países: selvas montañosas, vegetación exuberante, orangutanes e iguanas, y también tigres, por qué no. Mi vuelta a la Tierra iba a ser brutal. Desde el aeropuerto se tardaba seis o siete horas de carretera en llegar a mi destino, la pequeña ciudad de Tawau, en el mar de Célebes. El impacto comenzó a la salida de la ciudad. El paisaje solo ofrecía una sucesión de plantaciones de palma aceitera, tanto en las llanuras como en las colinas. Algunas estaban cubiertas de hileras de árboles adultos, con los troncos gruesos y las palmas de un verde muy oscuro, porque la luz no entraba en ellas. Se alternaban con largas hileras de árboles jóvenes y grandes extensiones salpicadas de plántulas de palmeras recién cultivadas. Pasada la curiosidad inicial, al cabo de una hora de viaje se hizo muy evidente que la palma aceitera ocupaba la totalidad del terreno y monopolizaba el paisaje. Como única ruptura dentro de esta monotonía, las cimas de las colinas conservaban algunos bosques de árboles tropicales, allí donde las laderas ya no permitían plantar palmeras. Estos patéticos penachos de bosque original componían un espectáculo muy alejado de mis postales mentales. Las horas de carretera transcurrieron sin el menor cambio en el paisaje. A veces nos cruzábamos con equipos de trabajadores en el borde de una plantación. Equipados con un casco rojo, un chubasquero y unas botas amarillas, cortaban con unas largas pértigas los enormes racimos de frutas amontonados muy cerca de la carretera. A lo lejos, una columna de humo indicaba una planta de producción de aceite, señalada por mi conductor con una sonrisa de satisfacción. Los camiones cargados de racimos se dirigían hacia allí. De vez en cuando nos cruzábamos con terrenos humeantes recién talados. Los buldóceres apartaban los árboles medio calcinados en el borde del campo. Estas parcelas se extendían hasta el horizonte, salpicadas de enormes montones de madera mezclada con tierra. Había fuegos por todas partes, después los dejábamos atrás y las plantaciones volvían a desfilar.

Tras cuatro horas de viaje, propuse una parada. Sentía unas náuseas cada vez más fuertes. Tuve la sensación física de estar asistiendo en directo al exterminio de la selva tropical. El conductor me había

confirmado que, diez años antes, toda esa parte de la provincia estaba cubierta de bosques. Era una maravilla, me había dicho entusiasmado. El aceite de palma era una gran oportunidad para la gente de la zona, propietarios de terrenos, plantadores, recolectores y empleados de las fábricas. ¿Y el bosque?, pregunté. Me dijo que no tenía ningún valor, pues la mayoría de los árboles más bellos habían sido talados hacía mucho tiempo, no pensaban que pudieran llegar a vender estos terrenos. La vista de las palmeras desde el coche duró todo el día. Solo quedaban restos de bosque cerca de los ríos o en las escarpaduras. En los lugares donde sobrevivía, aunque fuera modestamente, volvíamos a encontrar la sombra de los bosques tropicales, árboles de todos los tamaños, lianas, bambúes, matorrales y aves, por supuesto, en una exuberancia y un desorden que lo son solo en apariencia.

Me dirigía a visitar a míster Harris, antiguo gobernador bajo el protectorado de los ingleses, al que habían recompensado permitiéndole adquirir tras la independencia una propiedad de algunos cientos de hectáreas, de la que se ocupaba con pasión desde hacía treinta años. Quería desarrollar en ella todo lo que pudiera darse bien en ese clima, en agricultura y silvicultura. La palma aceitera se detenía en la entrada de la finca de Harris, que había conservado un gran cinturón de selva virgen. Al subir a sus villas, se descubrían plantaciones de teca y aquilaria, el árbol capaz de producir el famoso oud, esa esencia tan buscada en perfumería. Al final de la tarde el contraste con lo que yo acababa de vivir era total. Un río atravesaba la propiedad, en sus orillas tapizadas de bosque se oía el canto de los pájaros. Harris criaba cabras, producía compost, tenía plantaciones de frutales exóticos y vainilla. Cultivaba pachulí y citronela, y quería que le ayudara a convertirse en productor de aceites esenciales. En su explotación buscaba sobre todo la diversidad y frunció el ceño cuando hablamos de la palma aceitera. Desde su terraza se veían dos árboles espectaculares, con el tronco blanco y recto, de cuarenta metros de altura, rematado por una amplia copa de grandes ramas con hojas de color verde oscuro. «Son kayu raja —me dijo—, el Rey de los Árboles de nuestros bosques». Me quedé unos minutos contemplando los árboles, pensativo y

conmovido. Medio siglo después, para míster Harris era tan obvio proteger a sus magníficos gigantes como lo había sido para Pierrick derribar su makoré.

Comprendí que esa visita a Borneo me ofrecía un resumen de la problemática de la suerte de muchos bosques tropicales: el occidental se rebelaba contra una deforestación que le parecía asesina, mientras que su chófer local me explicaba todos los beneficios que esta proporcionaba. Harris quería responder a la invasión de la palmera con una propiedad modelo que estaba convencido de que podría hacer escuela en la región, proponiendo a los agricultores cultivos comerciales diversificados. Por un lado, la creación de riqueza por parte del mundo agroindustrial a costa de la erradicación masiva de los bosques; por otro, un modelo alternativo de valorización de las tierras, muy atractivo, pero de un tamaño muy reducido. La visita me marcó mucho, porque, intuitivamente, el exgobernador aplicaba a sus tierras una combinación de los dos modos de resistencia al saqueo del bosque: la creación de santuarios y la plantación.

La deforestación del mundo ha sido ampliamente difundida, y con razón; unas pocas cifras clave pueden ilustrar el asunto, a falta de adentrarse en su complejidad. Es sabido que, desde que sabemos fabricar hachas, hemos deforestado la mitad de la Tierra. De los bosques que quedan, solo una tercera parte pueden clasificarse como bosques primarios, es decir, espacios sin interferencia humana, completamente salvajes. En general, la regresión de las superficies forestales continúa, aunque vuelven a progresar en Occidente. La mayor parte de las pérdidas se deben a la deforestación continua de los bosques tropicales, que se estima que continúan siendo amputados, cada cinco años, de una superficie del tamaño de Francia. Es mucho. Es demasiado. No es de extrañar que los países que pierden más bosques primarios sean Brasil, Congo e Indonesia, pero la lista es larga y no deja fuera prácticamente a ninguno de los países de las tres grandes cuencas de bosques tropicales. ¿Por qué deforestamos? En primer lugar, porque seguimos talando masas de árboles tropicales por el valor de su madera. En segundo lugar, porque la industria toma del bosque las

tierras agrícolas que reclama para cubrir las necesidades de la humanidad en lo que se refiere al aceite de palma, el cacao o el caucho. Una industria que transforma el bosque en pastos para producir carne y que quiere producir cada vez más soja y maíz para alimentar a los animales de granja. La última razón es menos sabida y más silenciosa: en muchos países pobres se deforesta para sobrevivir. Se practica el sistema de corte y quema, se corta leña para cocinar y hacer carbón: la reducción del bosque es también una cuestión de millones de pequeños campesinos pobres.

El drama de la deforestación de los trópicos no es nuevo, pero la explosión de la población mundial lo agrava de forma brutal, hasta el punto de convertirlo en un desafío planetario esencial. La desaparición de los árboles y de las cubiertas arbóreas influye muy fuertemente en el cambio climático y en el empobrecimiento de los suelos, y es una de las principales causas del colapso de la biodiversidad, animal y vegetal. Esta constatación suscita, de unos años a esta parte, debates, documentos, libros, reportajes, manifiestos y posicionamientos, más o menos radicales. La aceleración de una toma de conciencia global es indiscutible, pero ¿cómo medir la magnitud de este estallido, la cantidad de gente convencida de que es menester salvaguardar los bosques, frente a todos aquellos que les piden que les aporten una renta o lo necesario para sobrevivir? La confrontación clásica del Occidente rico con los países pobres en vías de desarrollo ya no es suficiente para explicarlo todo. El aceite de palma, la carne de vacuno, los muebles de teca son consumidos por toda la población urbana del planeta. El crecimiento desmesurado de las ciudades y sus modos de vida conllevan el agravamiento de la deforestación, en detrimento de las poblaciones y de la naturaleza de los trópicos.

Todos reclamamos soluciones. La idea de la desaparición del bosque salvaje es muy inquietante, incluso insoportable, aunque esté lejana. Las imágenes de las palmeras aceiteras empiezan a hacer que los habitantes de los climas templados estén mucho más atentos a cómo se gestionan nuestros bosques. La gente empieza a distinguir los bosques, fuentes de paisajes y biodiversidad, de las hileras de árboles de una sola especie.

La forma más obvia de conservar los bosques sería dejar de talarlos, y esta idea hoy en día esta encarnada por un concepto: la creación de santuarios forestales. Hacer de los bosques salvajes una forma de santuario para protegerlos radicalmente de la tala y la depredación. La utilización de una noción religiosa puede parecer fuera de lugar, pero une la idea de preservación con la de respeto. La riqueza, la belleza y la utilidad extremas de los bosques tropicales nos llevan a querer pensar que su salvaguarda es una visión compartida y consensuada, pero no es así. He mencionado las razones de su retroceso, ligado desde los años sesenta a la explotación masiva de las maderas valiosas y, desde hace unos treinta años, al avance inexorable de la agricultura industrial, devoradora de bosques. Cada nuevo reportaje sobre la selva amazónica en llamas hace que nos den ganas de gritar: ¡Alto!, detengamos todo y demos a esta selva un estatus de santuario de la humanidad. Sin embargo, hay que señalar que, en la vida real, si bien muchos países afectados ya han promovido la creación de áreas, parques y reservas protegidas, durante décadas y a menudo a una escala significativa, estos esfuerzos protectores no frenan el retroceso de los bosques tropicales. Los norteamericanos inventaron el concepto de santuario con el parque de Yellowstone. Se delimita una parte de un espacio salvaje, se controla el acceso y se deja que la naturaleza evolucione sin la presencia humana y prácticamente sin intervención. Este modelo se ha articulado y adaptado en todo el mundo bajo formas muy diversas, pero su implantación en los bosques plantea muchos problemas. Yellowstone estaba casi vacío de habitantes, mientras que los bosques tropicales nunca lo están. Transformar espacios habitados en santuarios es difícil, ¿qué lugar y derechos deben otorgarse a las comunidades que viven en y del bosque? ¿Cómo controlar estos territorios inmensos y poco accesibles? ¿Cómo evitar el furtivismo de madera y animales? ¿Cómo evitar la corrupción cuando los bosques albergan riquezas mineras o petrolíferas?

La política no ayuda. Algunos dirigentes pueden arrogarse el derecho de decidir el destino del bosque fomentando las actividades que lo destruyen, a la inversa de los esfuerzos de sus predecesores. El balance de los procesos de demarcación de santuarios es desigual. Las

superficies protegidas aumentan en el mundo, es una tendencia cierta, pero la realidad de su resultado sobre el terreno es muy discutida. Madagascar, dentro de su modesto tamaño, ilustra la lamentable impotencia para proteger los árboles por parte de los parques nacionales. La isla ha experimentado durante mucho tiempo una deforestación masiva, hasta el punto de aparecer en el palmarés de los diez primeros países en superficie de bosque perdida anualmente, por lo que ha invertido en la creación de unos cuarenta parques y reservas en las zonas boscosas. En el interior de los parques esto no ha impedido de modo alguno el saqueo a gran escala del palo de rosa, la preciada esencia codiciada por los ebanistas chinos. Generador de millones de dólares, este tráfico se prolonga desde hace años con la notoria complicidad de los políticos, nada ha podido detenerlo. Este es solo un ejemplo entre muchos en todo el mundo. Eficaz a veces, pero también atacada, distorsionada y cuestionada por las poblaciones locales, la progresiva designación de los bosques tropicales como santuarios se revela, sin embargo, como el único avance verdadero susceptible de detener su desaparición, que algunos ya planifican. ¿Será necesario que la situación se agrave mucho más para que finalmente se adopten las medidas internacionales fuertes e innovadoras que este salvamento reclama con urgencia? Un proceso de protección como santuarios tan difícil como indispensable.

El otro gran tema para la salvaguarda de los bosques es la plantación de árboles. Para sustituir los bosques talados, repoblar los bosques existentes o crear nuevos espacios forestales. Para satisfacer el incremento masivo de las necesidades de madera y de tierras cultivables, el siglo XIX «inventará» el recurso de las plantaciones artificiales. Es el inicio de una agricultura arbórea, con la búsqueda de una producción máxima de madera, basada a menudo en la plantación de una sola especie. Desarrollado con éxito en Escandinavia y Estados Unidos, el modelo de las llamadas plantaciones «industriales» ha experimentado una fuerte aceleración en los últimos treinta años, con el surgimiento de millones de hectáreas de pinos y eucaliptos en países tropicales como Brasil, Uruguay e Indonesia, o templados como Nueva

Zelanda, Estados Unidos, Chile y China. Los empresarios madereros explican que estas plantaciones son la mejor respuesta a la creciente demanda mundial de papel, paneles, contrachapado, carpintería, mobiliario y ahora dendroenergía. El modelo de explotación en «rotaciones cortas» tala los árboles de entre ocho y treinta años, dependiendo de las especies, y reforesta de inmediato. El maquinismo de las talas sigue el cambio de escala de estas nuevas prácticas, con enormes taladoras automatizadas que son auténticas cosechadoras de árboles. Talan, podan, descortezan, cortan en trozos y apilan, sin que el piloto-leñador se baje de su cabina climatizada. Los costes están controlados y son mucho más atractivos que la explotación del bosque primario para la industria maderera, que, de hecho, abandona la explotación de los bosques tropicales naturales. La creación y la explotación de las plantaciones industriales son objeto de controversia. Sus opositores se rebelan contra el conjunto del modelo, recriminando a la vez su implantación en detrimento de los ecosistemas naturales, la degradación de la biodiversidad, el uso de fertilizantes y pesticidas contaminantes y la compactación de los suelos, cuando a esto no se añade la expoliación de las tierras de las comunidades locales. Encontramos todas las críticas que se le hacen a la agricultura industrial, a las que se añade la degradación del paisaje. Las hileras de árboles idénticos nos impactan negativamente hasta el punto de que hay una fuerte corriente de opinión que niega a estos árboles el nombre de bosque, lo cual supone obviamente una importante ruptura. El debate ilustra una enorme divergencia en la visión de los bosques, entre la naturaleza salvaje y una naturaleza domesticada que se industrializa.

A mediados del siglo XXI, la creación del bosque de pinos marítimos de las Landas, hoy en día el bosque plantado más grande de Europa, es una de las primeras y más importantes realizaciones de un tipo de plantación llamada artificial o industrial. El bosque de las Landas de Gascuña, junto al cual viví durante mucho tiempo, sigue ejemplificando todas las tensiones y cuestiones en torno al tema. Establecido desde hace casi dos siglos, es un elemento fundamental de la historia y la economía de toda una región. Desde su plantación

masiva, a partir de 1850, los pinos han sido polémicos, porque destruyen un equilibrio agropecuario histórico. Pero más allá de su papel en el saneamiento de zonas pantanosas, el bosque pronto demostró ser fuente de una doble riqueza, la de la extracción de la resina de los pinos para valorizarla, y la del aserrado, es decir: la combinación del perfume y la madera. Ha surgido una nueva identidad, organizada en torno a los resineros, destiladores, leñadores y aserradores, una historia de la que la región hoy está muy orgullosa. Antes de ser transformada en esencia de trementina, la resina expande durante el verano su perfume embriagador en el calor de los pinares. Respirarla me hace pensar en los árboles de incienso del Cuerno de África: sus olores son diferentes, pero tienen la misma potencia. Con su simple hacha y sus recipientes de arcilla, los resineros landeses eran los herederos de los de Somalia o Yemen en la época de los faraones, equipados con un cuchillo y una canasta. Este lejano parentesco entre los resineros es aún más conmovedor cuando se relacionan los testimonios de la época romana sobre las condiciones de esclavitud de los resineros de incienso, por un lado, y por otro, la historia de la explotación de los resineros de las Landas por parte de la nueva aristocracia de los grandes propietarios forestales. Resineros que acabarán rebelándose, obreros alzados contra la suerte que les reservaban los dueños del nuevo bosque-fábrica. En 1880, el bosque de pinos «moderno» ya está en marcha, en el momento en que los estadounidenses introducen la máquina de vapor en las secuoyas. Se inventa simultáneamente la explotación mecánica y las plantaciones industriales, un doble giro de la historia. Hoy en día, el bosque de pinos se enfrenta a las mismas críticas que las otras plantaciones industriales. Paisajes monótonos, biodiversidad maltratada y prácticas de explotación censuradas. Los landeses rebaten estos reproches punto por punto, destacando los méritos del pino marítimo, la presencia de festones de árboles frondosos conservados y la certificación de las prácticas forestales. Un debate rápidamente cerrado por la importancia fundamental de los bosques para la economía local.

Esta dualidad la encontramos en todo el mundo: a las líneas de árboles

de producción les cuesta mucho encarnar nuestro ideal de bosque, lo mismo que a nosotros nos cuesta reconocerles el mérito de satisfacer nuestro voraz apetito de madera. Sin embargo, sin esperar el advenimiento de una hipotética transformación en santuarios y como reacción a la generalización de estas plantaciones, una parte de la humanidad ha comenzado a emprender en todas partes con relación a los árboles y a los bosques acciones de protección, restauración y plantación. En esta reconfortante abundancia, la búsqueda del precioso perfume de un árbol en Paraguay me hizo descubrir y participar en uno de esos intentos de salvaguarda de los bosques primarios.

11

Los colores del Chaco

Ángel y yo viajamos durante siete horas hacia el norte desde Asunción, la capital de Paraguay, para llegar a un campamento de leñadores perdido en una inmensidad que se llama el Chaco, muy cerca de la frontera con Argentina. Ángel, mi guía en el país, se conoce esas carreteras y esas pistas como la palma de la mano. Ingeniero agrónomo, ha estado recorriendo el país durante treinta años y lo sabe todo sobre esta tierra mítica que se extiende desde Argentina hasta Bolivia y cubre la mitad norte de Paraguay. El Chaco es el segundo gran macizo forestal de América del Sur después de la Amazonia, un bosque primario seco, mosaico de bosques, sabanas y pantanos. Una inmensidad prácticamente desconocida hasta principios del siglo XX. Hostil, a menudo impenetrable y avaro en agua, es un horno en verano. Un universo único, donde animales extraños, tapires, armadillos y osos hormigueros, se refugian bajo árboles desconocidos, el más extraordinario de los cuales, llamado quebracho, es conocido aquí por todos como palo santo. Ángel es el responsable del abastecimiento de madera de la destilería que me provee del aceite esencial llamado guaiac por la botánica y la perfumería. Vinculado desde niño a esta naturaleza salvaje, le gusta hablar de su vida como ciudadano de Paraguay, ese pequeño país que pagó el precio de una guerra terrible para preservar su independencia. Paraguay es ante todo el país guaraní, nombre de las etnias que los españoles no hicieron desaparecer y cuya lengua, oficialmente reconocida, se habla en todas partes, mezclada con el castellano. Orgullosos de este mestizaje y de una fuerte identidad cultural, todos los paraguayos tienen una parte de su corazón en el Chaco, ese espacio salvaje por el que combatieron.

Superamos la decena de casas bajas de ladrillos de madera y chapa que forman el pueblo General Díaz y, después de veinte minutos de pista estrecha, llegamos al campamento de los leñadores de quebracho. El equipo nos espera, cada visita es una fiesta, han preparado un cabrito asado. Son seis, un grupo familiar muy unido liderado por Rolando. El clan busca zonas de tala lo suficientemente grandes como para garantizarse el trabajo el mayor tiempo posible y rentabilizar su emplazamiento lejos de todo, a uno o dos días de carretera desde su casa. Ángel ha negociado con un gran propietario el alquiler de cuatro mil hectáreas de bosque para asegurarles dos o tres años de trabajo. Los campamentos de leñadores son algo corriente en el Chaco. Siguen siendo increíblemente primitivos: lonas sobre estacas para conseguir un poco de sombra, un pequeño fogón de ladrillos para cocinar, un depósito de agua y hamacas para dormir. Nada ha cambiado desde hace un siglo, excepto la llegada tardía de las motosierras. Pero el campamento de Rolando es muy diferente. El equipo duerme en un contenedor habilitado, con aire acondicionado y aseo. La cabaña utilizada como cocina es de madera, hay una ducha exterior, una zona de descanso y unos cubos de basura. El equipo nunca había tenido nada de esto. Esta brecha en una tradición de miseria proviene de la voluntad de su empleador, mi proveedor y socio. Una empresa que quiere hacer de su producción de esencia de guaiac un modelo, tanto en lo que se refiere a la explotación de la madera como a las condiciones de vida de los hacheros, los leñadores del Chaco.

Mientras nos comemos el cabrito con mandioca frita, miro el bosque más allá del claro. Una pared de arbustos, de matorrales de cactus de los que emerge una multitud de árboles a menudo imponentes, aunque rara vez superan los veinte metros de altura. De este entorno absolutamente salvaje emana un sentimiento de hostilidad, muy lejos de la dulzura de los bosques templados. Del campamento salen pistas abiertas por el tractor en la vegetación. Dividido en parcelas de cien hectáreas que Rolando explota una a una, el bosque se ha adaptado a un clima árido, a veranos tórridos. El calor abrumador y la falta de agua han hecho emerger en el Chaco unos árboles excepcionales, de los que el palo santo es el rey y señor. Con el paso de los días, entenderé a través de los relatos de Ángel hasta qué punto el bosque es fundamental

en la historia de esta región.

El palo santo (Bulnesia sarmientoi) es un árbol cuya madera posee tales cualidades que su descubrimiento me alucinó. En primer lugar, es una de las maderas más densas del mundo. Todo objeto de palo santo sorprende por su peso, es como si fuera de piedra. El corte y manipulación de los trozos del árbol o incluso de las ramas son un desafío constante, un tronco puede llegar a pesar tres toneladas. Es muy pesado, pero también de una enorme belleza. Cuando se tala, la esencia que contiene reacciona al contacto con el aire y hace que la madera fresca adquiera un color azul intenso, inédito para un árbol. Con el paso de los días, el azul permanece o se transforma en un color verde oscuro con reflejos de bronce, una madera estriada de vetas azules o marfil. La aparición en el bosque del azul de un tronco recientemente cortado es impresionante, una obra de arte surgida entre espinas e insectos.

El grano de la madera es apretado, a imagen de su crecimiento lento, debido a las condiciones en las que crece, y sus fibras son ricas en una esencia con un olor hipnótico, una de las grandes referencias de las notas amaderadas para el perfumista. Cálida, picante, con acentos de vetiver y cuero, su dualidad amaderada-ahumada es única. Discreta, ha conquistado un lugar destacado en la composición de los perfumes, está presente en cientos de referencias, lo que la hace imprescindible en la industria. Su cantidad de esencia, unida a su dureza, hace que la madera de palo santo sea casi imputrescible, por lo que los ganaderos bovinos se han beneficiado tradicionalmente de ello. El uso habitual de esta maravilla de madera es la fabricación de estacas para cercar los pastos. Una estaca de palo santo cada diez metros para los miles de kilómetros de vallado de estos inmensos prados, miles de toneladas de madera preciosa clavadas en la tierra para durar siempre. A Ángel le gusta detenerse cerca de una estaca y hacer un corte con su cuchillo en la superficie gris de la madera para que aparezca la belleza intacta de la madera verde y azul. Por pequeña que sea la muesca, el aroma está ahí, enseguida, encerrado en la linde del campo desde hace quizás veinte años. Con la nariz pegada a la estaca, respiro su música a lo largo de los alambres de los vallados, que siguen la pista roja hacia el horizonte.

En Paraguay, el Chaco ha forjado su imagen y su leyenda en torno a tres grandes acontecimientos, portador cada uno de ellos de una de las representaciones simbólicas del bosque en la mente de los hombres. Una historia de bosque nutritivo y benéfico, otra de bosque peligroso e infernal y, por último, una historia de bosque como «tierra prometida», que hay que conquistar para los agricultores. En el campamento, el almuerzo finaliza. Ángel y los leñadores hablan en guaraní entre ellos, pero ese día hablan en español por deferencia hacia mí. Le pregunto a Rolando si su equipo sigue utilizando hachas. «Por supuesto que no —dice—, las hachas se acabaron, eran cosa de los taladores del quebracho colorado. Leñadores de una madera roja en medio de nuestros troncos azules». Ángel se da cuenta de mi sorpresa y me cuenta.

La primera entrega de la historia del Chaco comienza a finales del siglo XIX, cuando el argentino Carlos Casado, que pasaba por ser el hombre más rico de su país, decide invertir masivamente en Paraguay. Compra al Gobierno varios millones de hectáreas, una superficie impresionante, varias veces el bosque de las Landas en Francia, con el fin de criar ganado, pero también para explotar un árbol endémico: el quebracho colorado, con una madera casi tan dura y compacta como el palo santo. En español, quebracho significa «hacha quebrada», le añaden el adjetivo colorado porque su duramen es de un bonito color rojo oscuro. No tiene aroma, sino algo que, en su momento, lo hizo muy codiciado: el tanino. Es la madera más rica en taninos que se conoce. En un mundo sin plásticos, donde el cuero sigue siendo una materia prima primordial, la necesidad de taninos, esos extractos vegetales indispensables para el tratamiento de las pieles, era muy grande en todos los países. Carlos Casado lanzará su explotación a gran escala. Construye un puerto y una planta de extracción de taninos en el río Paraguay, al norte de Asunción, a la altura de los enormes recursos de quebracho del Chaco. El éxito es inmediato, el tanino de Paraguay es barato y abundante gracias al rendimiento sin igual de la madera de este árbol, sustituye a las producciones tradicionales europeas y norteamericanas y se impone.

Hoy en día es difícil comprender la magnitud de este negocio y su

impacto en la región. Hasta la creación de Puerto Casado, el Chaco es un territorio muy desconocido, poblado tan solo por pequeñas comunidades indígenas nómadas, aisladas, con lenguas y culturas diferentes, una diversidad sorprendente. El sur está habitado tan solo por militares paraguayos, que ocupan algunos fortines perdidos en la selva, frente al rival boliviano. No hay carreteras, la única forma de acceder a estas tierras es por el río Paraguay, para luego entrar en el bosque por caminos que hay que crear. Para abastecer su fábrica, Casado se embarca entonces en la construcción de un ferrocarril, que se expandirá gradualmente y se convertirá en la única vía de acceso hacia el oeste y el interior, hasta la creación de una carretera «Trans-Chaco» por parte de los estadounidenses en los años sesenta del siglo pasado. La razón de ser del ferrocarril es la madera: hay que ir a buscar y transportar cantidades muy grandes de quebrachos a zonas cada vez más alejadas del río. En los años veinte, en la fábrica de Casado trabajan mil obreros y los competidores han construido otras ocho fábricas, todas ellas ubicadas en el río. Cada año se producen decenas de miles de toneladas de tanino.

Esta industria es el acta de nacimiento del Chaco «moderno». Envía a sus bosques a miles de leñadores, los llamados hacheros. El trabajo es muy duro, hay que derribar esos árboles con una madera tan dura que rompe las hachas, descortezarlos y quitar la madera blanca del contorno para conservar solo el tronco rojo, el corazón del árbol. La fábrica quiere recibir troncos enteros para ganar tiempo en la trituración, por lo que todo debe organizarse para, después de la tala, manipular piezas de madera de más de una tonelada y cargarlas en los vagones. Los testimonios muestran un trabajo lo suficientemente bien pagado como para atraer a cada vez más candidatos, a pesar de los riesgos y a condición de soportar el calor, la escasez de agua, el hecho de tener que cazar para comer y pasar las noches en una hamaca bajo un toldo precario que no protege de nada. Sin embargo, la suerte de los hacheros de los años veinte parece ser mejor y más vivible que la de sus hermanos en miseria de la misma época, en otros bosques sudamericanos, como los «cazadores» de palo de rosa en Guayana, o los seringueiros explotados como esclavos en la extracción del látex del árbol de caucho de la Amazonia brasileña, todos ellos víctimas de la

ferocidad de la selva en conjunción con el capitalismo más salvaje.

La explotación de los quebrachos para la producción de taninos durará hasta mediados de los años setenta, y cabe señalar que han sobrevivido. En nuestro periplo, Ángel se detiene a menudo para mostrarme bosquecillos de árbol rojo, altos, macizos, con las cimas orgullosamente desplegadas. El ingeniero insiste en hacerme observar bien las hojas del árbol, y siento en él como una nostalgia de la edad de oro de los trenes cargados de madera roja, que llevaban el corazón del bosque hacia el río y las fábricas. En su ordenador conserva viejos archivos fílmicos de este tren de vía estrecha y avance lento que, cargado de hombres y madera, desfilaba por el Chaco a lo largo de los ciento cuarenta kilómetros de raíles que Casado, el padre del tanino, hizo colocar. Antes de los años treinta nadie imaginaba que este tren iba a hacer por el país algo más que transportar madera.

Cuarenta años después de los inicios de Puerto Casado, la prosperidad de la industria del tanino sufre un terrible paréntesis. En Europa se desconoce la Guerra del Chaco, una tragedia de tres años que, de 1932 a 1935, costó la vida a casi cien mil soldados de los dos países beligerantes, Bolivia y Paraguay. El control de los territorios en el centro del continente es un antiguo tema de discordia. En 1860 las naciones limítrofes del Paraguay ya intentaron hacer desaparecer este pequeño país, pero, desde que Chile lo privó de su salida al Pacífico, el estado boliviano quiere a toda costa expandirse hacia el sur para tener acceso al Atlántico por el río Paraguay. Y los dos únicos países de América del Sur que carecen de acceso al mar no lograrán evitar el conflicto. Hoy, la ferocidad del enfrentamiento por este territorio vacío produce un doloroso sentimiento de consternación. El bosque salvaje hace pagar un tributo exorbitante a la locura de los hombres. Dos tercios de las víctimas del conflicto murieron de enfermedad o de sed. Los bolivianos, sobre todo, hombres del Altiplano arrojados por una jerarquía incompetente e inhumana a un infierno vegetal que les es ajeno, mal abastecidos en un bosque sin puntos de referencia. Paraguay movilizará a ciento cincuenta mil hombres de una población de un millón de habitantes. La nación guaraní lucha por su supervivencia y

utilizará el tren del quebracho para llevar a su ejército al frente. Los primeros batallones se forman con hacheros, hombres que conocen el bosque y saben cómo sobrevivir en él. En el bando contrario abundan los testimonios de soldados bolivianos entregados a una naturaleza feroz, diezmados por las fiebres, mordidos por las serpientes, enseguida perdidos, agobiados por el calor y obsesionados por la búsqueda de agua. Un agua escasa, escondida y a menudo imbebible cuando se la encuentra. Para no morir de sed, los soldados recurrirán al palo borracho, un árbol asombroso cuyo gran tronco, en forma de botella, es hueco, relleno de una fibra que retiene la humedad. Además de utilizarlo como último recurso para hidratarse, los soldados se refugiarán en él cuando resultan heridos, en una terrible búsqueda de la supervivencia entre la naturaleza para llegar con vida frente a la metralla del enemigo. Otra cara de la desgarradora absurdidad de la guerra: hombres diezmados por el bosque antes de serlo por los cañones.

Ángel y yo estamos sentados en cada uno de los extremos de un túnel de unos veinte metros, recreación idéntica de una defensa de la época. A varias decenas de kilómetros de distancia unos de otros, estos puestos fortificados eran el objetivo de las batallas, los únicos lugares donde la guerra tomaba realmente un cariz militar. Ángel me muestra el techo de este reducto en el que apenas se puede estar de pie, construido con enormes vigas colocadas muy juntas entre sí. «Ya ves —me dice—, los hacheros construían las defensas con la madera de los tres árboles más resistentes, el palo santo, el quebracho y un tercer árbol llamado coronillo». Estos tejados, cubiertos con varios metros de tierra, resistieron a los obuses bolivianos. Al ver la construcción, me viene a la cabeza una imagen que comparto con él. Las maderas de la defensa del Chaco son azules por el palo santo, rojas por el quebracho y blancas por el coronillo. «Ángel —le digo—, estos son los colores de la bandera paraguaya, ¿verdad?». Me mira en silencio, se levanta y me da un abrazo. Su abuelo luchó en esta guerra, y él, que a menudo piensa en ella, teme que los jóvenes de Asunción apenas recuerden nada de lo que pasó. Dolor universal de la memoria de las guerras que se desvanece.

Bosque fatal, el Chaco siguió siendo hasta hace un siglo un espacio

boscoso heterogéneo, con praderas y pantanos, territorio de caza de las comunidades que habían aprendido a vivir en él. Un acontecimiento lo cambiará todo y en pocas décadas introducirá en él la agricultura y la ganadería. En 1927, el Gobierno vende cientos de miles de hectáreas de prados y bosques dispersos a colonos herederos de una disidencia reformista nacida en los Países Bajos en el siglo XV: los menonitas. Viven en comunidades, preconizan la preeminencia de la religión sobre el Estado, la no violencia, la tolerancia y el culto al trabajo. A lo largo de la historia y del destino que les está reservado, su comunidad, procedente de los Países Bajos, pasa por Prusia y Polonia, Rusia y Ucrania, Canadá y Estados Unidos, para converger finalmente en un destino que uno de los suyos, llegado como explorador, ha calificado como tierra prometida. Varios miles de inmigrantes llegan a Asunción, remontan el río, entran en el bosque en carros, se instalan y se convierten en agricultores.

Ángel y yo hemos hecho la peregrinación a Punta Riel, la estación final del ferrocarril, a 140 kilómetros de la estación de salida en Puerto Casado. En un decorado de wéstern, con solo algunos árboles bajo el sol, la primera casa construida por los colonos ha sido restaurada para conmemorar la llegada de los primeros trenes de los menonitas. En el silencio, el viento y el calor, se pueden ver los últimos cientos de metros de raíl, salvados de la destrucción de la línea. Un hombre muy anciano nos escruta y acaba levantándose de su sillón para venir a abrirnos el edificio, devenido en museo. Observamos colecciones de objetos y fotos, muy conmovedoras, rostros de inmigrantes de los años veinte, familias enteras cuyas ropas evocan Europa del Este. Las fotos de varias tumbas recuerdan a los niños que murieron en los primeros días de la llegada. El guardián nos deja deambular, habla español con el acento alemán de los menonitas. Cinco años después de la llegada en 1927, comienza la guerra con Bolivia y el tren descarga a los soldados, que se adentran a pie en el bosque, con los caballos atados.

Enfermedades, hambre, el asentamiento se cobra vidas, pero los menonitas se empeñan y conseguirán superar todas las pruebas. A lo largo de los años se crean tres grandes colonias, las personas de la comunidad se casan entre sí y siguen hablando en un dialecto alemán. Los inmigrantes mantienen muy buenas relaciones con las autoridades

y, sobre todo, con las comunidades indígenas, raro ejemplo de una verdadera convivencia, cuando la masacre o la esclavitud han sido con tanta frecuencia la norma en la historia del continente. Los menonitas pronto comprenderán el interés de la ganadería en la región, punto de partida de una transformación del Chaco, convertido hoy en un depósito de carne y leche. A lo largo de las décadas han creado pequeños emporios industriales basados en poderosas cooperativas, y contribuyen de forma decisiva a la economía nacional. Sus tres fortalezas, Filadelfia, Neuland y Loma Plata, son unos bastiones increíbles de prosperidad a lo occidental, donde se puede comprar en los supermercados si se habla el alemán. Con el final de la explotación del quebracho en los años setenta, el éxito de los ganaderos menonitas marca la reconversión de la región, siendo sustituidas las fábricas de taninos por lecherías y mataderos ultramodernos. Poco a poco, a marchas forzadas desde hace veinte años, el Chaco pierde su bosque y se convierte en pastizal.

En Paraguay, como en otros lugares, el bosque y la agricultura están enfrentados. El retroceso del bosque en favor de la ganadería se ha acelerado mucho, una evidencia que confirman las estadísticas y las fotos de satélite. En la última década, el bosque ha perdido dos millones de hectáreas, quedan dieciséis. Para todos los paraguayos, la cría de vacas es la riqueza del Chaco y su orgullo, una actividad cuyo éxito no se ha visto desmentido desde principios del siglo XX. Como siempre, los grandes emprendedores que se lanzaron a la aventura lo hicieron con el espíritu del siglo XIX: sacar lo mejor de una naturaleza salvaje necesariamente ilimitada. Ángel es inagotable en el tema de la deforestación. Obviamente, la aceleración de los últimos veinte años plantea un problema. Para un país sin industria y sin más recursos que sus tierras, el constante aumento de la demanda mundial de carne es una bendición, mal que les pese a las numerosas voces que se alzan para denunciar el coste ecológico y el callejón sin salida de este modelo. Con cada vez más deforestación, el futuro del palo santo, las condiciones de su explotación y la sostenibilidad del recurso se han convertido lógicamente en un motivo de preocupación para la industria

perfumera, alertada por las estadísticas de deforestación de Paraguay. Ángel se niega a conformarse con algunas cifras, la realidad es mucho más compleja, dice, y quiere compartir su visión, la de una posible cohabitación entre ganadería y bosque.

12

La madera azul

¿Es posible preservar el palo santo? Ángel lo cree y se dedica a ello con la ayuda y la determinación de dos mujeres extraordinarias, Elisa y Victoria. Conozco bien a Elisa, es productora de aceites esenciales en Guatemala y comparto con ella la misma pasión por los árboles de perfume. A su lado, Victoria, una joven paraguaya, agrónoma y especialista forestal, que desborda una energía contagiosa y se rebela desde que acabó sus estudios contra el destino de los árboles del Chaco. Se apasionó por el palo santo, tanto que convenció a Elisa de que implantara su empresa en Paraguay para salvar el árbol azul. El proyecto se ha hecho realidad. Sirviéndose de su experiencia en aceites esenciales en América Central, Elisa ha creado aquí una empresa, construido una destilería y desarrollado un modelo innovador de valorización y protección del palo santo. Desde hace tres años, Victoria asedia a ministerios y administraciones para hacer cumplir y reforzar las leyes de limitación de la deforestación, explicando que, con un enfoque razonado, el palo santo puede ser valorizado y protegido de cualquier riesgo de extinción. Abogada talentosa de la causa del árbol, su fogosidad ha podido con todo, tanto con los funcionarios hostiles como con los lobbies de la carne. En el país de la ganadería triunfante, no es una victoria menor convencer a las personas de que es posible hacer otra cosa con los árboles que no sea arrancarlos y quemarlos.

Desde el campamento de Rolando, Ángel y yo hacemos un viaje en coche de cinco horas para llegar a la destilería de Elisa y Victoria. Los nuevos alambiques brillan dentro de la nave. Recorremos la zona de almacenamiento: los apilamientos de madera forman auténticas esculturas, hay secciones azules o verdes, un olor intenso flota sobre los

trozos de troncos cortados por el equipo en el bosque. A Victoria le brillan los ojos. «Con las prácticas actuales todo esto se habría quemado. Es absurdo», nos dice. Vemos trabajar a la máquina que mordisquea los troncos, de los que sale primero serrín azul, el de la madera oxidada, y después un bonito serrín naranja, el de la madera fresca. La mezcla se escolta hasta los alambiques. Me quedo inmóvil, no puedo separarme del flujo de aromas y colores. Victoria ha recogido del suelo grandes puñados de oloroso serrín azul que ahora deja caer lentamente ante mis ojos. «Bueno, ¿qué te parece? —me pregunta—, ¿no es la madera más bonita del mundo?». En la parte trasera de la destilería se recoge la esencia dorada en recipientes de vidrio y desde allí se lleva a una sala de trabajo para ser filtrada. Desde hace unos meses las máquinas giran, los troncos se reducen a serrín para destilarlos, los barriles de aceite esencial están listos para ser exportados. La esencia revela el lado ahumado de la madera escondido en el corazón de sus fibras. Es fuerte y le encuentro un lado salvaje, decido que es ese el olor del Chaco.

En la oficina, Victoria extiende unas fotos aéreas. «Mirad, esto dice mucho más que las cifras de miles o millones de hectáreas», nos explica. Las fotos confirman lo que he visto al sobrevolar a baja altitud la zona en un pequeño avión. El paisaje está completamente dividido en rectángulos de cien hectáreas, el equivalente a veinte campos de fútbol, la unidad de superficie definida por la ley para la planificación de propiedades que tienen por lo general varias decenas de miles de hectáreas. La ley exige que las parcelas estén rodeadas de franjas de bosque de cien metros de ancho y que los puntos de agua estén protegidos por árboles. La idea es preservar corredores forestales que permitan circular a los animales. Ángel me explica que la cosa funciona bastante bien, tanto es así que incluso los jaguares se acomodan a esta domesticación de lo salvaje, atacando a veces a las vacas. Las grandes manchas oscuras que se ven en las fotos son las reservas forestales oficiales del Estado, los parques con vocación de santuarios. El Chaco es uno de los lugares de la Tierra donde la confrontación entre la agricultura industrial y lo silvestre es más evidente, plantea muy crudamente la cuestión de la preservación de los espacios silvestres. Quedan dieciséis millones de hectáreas de bosque,

¿hasta qué límite habrá que llegar para que se tome la decisión de detener la deforestación? Alrededor de la destilería se alzan impresionantes plantaciones de eucalipto: los árboles, totalmente rectos, miden treinta metros de alto. Uno de los aliados de Elisa en Paraguay desarrolla aquí con su fundación un modelo de producción ganadera a la sombra de los eucaliptos. Las hileras de árboles están muy espaciadas, los rebaños pastan en una hierba alta a la sombra de los follajes, que preservan la humedad del suelo. La escena desprende una serenidad irreal, la yuxtaposición de animales y árboles no es corriente. Este modelo genera mucho mejores ingresos que la ganadería convencional, y la producción de madera es tan alta que permitirá invertir en una pequeña fábrica de contrachapado. Ángel está convencido de que Paraguay puede ser pionero en la búsqueda de soluciones que combinen la ganadería y los bosques plantados para cambiar su desastrosa imagen de país a la cabeza de todos los balances de deforestación. Es difícil no alegrarse al ver a los rebaños pastando en un espacio abierto, a la sombra de grandes árboles.

Al día siguiente, continuamos nuestro viaje hacia el campamento. Más horas de carretera y de pista para volver a encontrar el corazón del Chaco. Mientras Ángel conduce, Victoria me cuenta sus negociaciones en los ministerios. Frente a los funcionarios que se alarman, pues consideran que la especie palo santo está en peligro, y amenazan con prohibir las exportaciones de esencia, Victoria es la primera en haber establecido planes de gestión, basados en el censo de árboles con GPS, el cálculo de las extracciones convenientes por hectárea y una rotación de tala de quince años. Considera que, siguiendo este modelo, cincuenta mil hectáreas bien gestionadas serían suficientes para producir las doscientas toneladas anuales de esencia que consume la perfumería mundial. Ella y Ángel han convencido a un primer propietario de que alquile una parte de su bosque, que de ese modo no se convertirá en pastizal, a cambio de una remuneración por tonelada de madera extraída. En cifras, es David-perfume contra Goliat-ganadería, pero Victoria sabe que su atractiva propuesta, sin ninguna inversión, aporta a los propietarios una imagen medioambiental inesperada. Ahora está

en negociaciones para conseguir dos fincas de diez mil hectáreas, y está exultante. «Si la perfumería duplica o triplica su uso de esencia de guaiac, entonces nos convertiremos en unos actores creíbles dentro del Chaco». Tiene razón, esta esencia es muy barata, y su olor, potente y original, es capaz de «amaderar» intensamente cualquier perfume. Sí, díganle rápidamente a la industria que el guaiac está disponible, de modo abundante y que su uso ayuda a preservar el bosque en Paraguay.

Sin previo aviso, Ángel ha aparcado el coche en el arcén, en medio de la nada, o de lo que parece serlo. Lo seguimos por un estrecho camino entre árboles para desembocar en un amplio claro en el que se alzan una docena de chozas de ladrillo con forma de grandes iglús grises. Ángel no ha olvidado que yo quería reunirme con los carboneros del país. El carbón de madera del Chaco tiene fama de ser el mejor del mundo, se consume sin producir humo. Los cinco carboneros, que están comiendo a la sombra de una cabaña de tablas, se quedan en silencio al vernos llegar. Victoria lanza un firme saludo al que los hombres responden sin entusiasmo. Viven al borde de la ley, por lo que prefieren permanecer ocultos. Se instalan en parcelas para las que tienen un acuerdo de tala con el propietario, pero, con el tiempo, rebasan a menudo el límite y van a talar más lejos. Los hornos están rodeados de sus reservas de madera cortada, lista para «cocer». En el centro del claro hay una cincuentena de sacos de carbón, algunos de ellos están abiertos y dejan ver trozos de un negro brillante. Ángel inicia la conversación con los carboneros para comprarles dos sacos. Victoria me explica que la madera que utilizan preferentemente es otro árbol muy bonito del Chaco, el quebracho blanco. Sin relación con la madera roja, el blanco también debe su nombre a su dureza y densidad. «Son los árboles que más abundan en nuestras parcelas de palo santo —me dice —. Estamos pensando en integrar la producción de carbón en nuestro modelo, me gustaría ofrecer el mejor carbón como complemento del mejor aceite esencial». Observo a los hombres cargar un horno, ordenan cuidadosamente las piezas de madera en semicírculo alrededor de un conducto central. Estos hornos rudimentarios de ladrillo son un avance notable respecto a los hornos convencionales, que hay que

cubrir de tierra en cada nueva cocción. Las imágenes de los carboneros europeos me recuerdan el espectáculo de este oficio sin edad que siguen compartiendo los hombres en todos los rincones del mundo. Ángel abre el saco que acaba de comprar. Los trozos son grandes, brillantes, sonoros. Y pesados. De nuevo. Empiezo a acostumbrarme a que todas las maderas de este bosque son pesadas, todo es compacto, como si cada árbol quisiera almacenar la fuerza para resistir, para crecer lentamente y durar mucho tiempo.

De vuelta al campamento, Rolando se ofrece a mostrar el progreso de su trabajo. En el suelo, una docena de troncos de palo santo, la cosecha de dos hectáreas, recogidos y cortados en trozos para poder estibarlos lo mejor posible en el camión que los llevará a la destilería. Estamos en mayo, hace bastante calor, pero sé que no es nada en comparación con los meses de septiembre a febrero. Rolando me habla de la temperatura, que alcanza casi los 50º C, y de las nubes de insectos. En los meses tórridos, el bosque cambia, se vuelve gris, toda la vegetación se repliega para resistir. Las hojas del palo santo son pequeñas, el árbol da una sombra muy escasa que deja pasar el sol, lo experimenté en una visita anterior, un mes de enero. No se entiende cómo los hombres pueden trabajar en estas condiciones, pero Rolando insiste, hay que producir madera todo el año, las cosas son así, es normal. El equipo está acostumbrado a las serpientes, pero lo más difícil son las abejas salvajes, las hay a cientos por todas partes. Atraídas por el sudor, acaban metiéndose debajo de la ropa de los humanos para picarlos. Intento hacer rodar los trozos de tronco, no consigo moverlos. Demasiado pesados. Rolando sonríe, no hay que hacerlo solo, cada operación requiere los hombres adecuados, los gestos correctos, cuidadosos, eficaces, y la ayuda del tractor en el momento justo. Es una verdad común en todos los bosques del mundo: se trabaja lo justo para poder trabajar durante mucho tiempo.

Para participar simbólicamente en el trabajo, le pido a Rolando que me guarde un árbol para talarlo yo. Nos reímos, los visitantes no tienen fama de saber manejar bien la motosierra, se crea cierta complicidad entre los dos. Me cuenta que ayer el equipo se encontró de frente con

una manada de cuarenta pecaríes, los jabalíes locales, y que hubo una auténtica confrontación silenciosa antes de que los animales decidieran desaparecer. Mientras lo escucho, pienso en el fabuloso bestiario que ha acompañado el paso de los hombres por el bosque. Gilgamesh temía a los leones, los carboneros a los lobos y los leñadores de secuoyas se enfrentaban a los osos. No hay bosque sin animales, no hay bosque talado sin animales desaparecidos.

Nos disponemos a hacer una nueva incursión en el bosque con los taladores. Victoria comprueba que todos llevamos puestas ese tipo de polainas de cuero que cubren los zapatos y suben hasta las rodillas para protegernos de las serpientes y de las tremendas espinas. Feliciano, el derribador del grupo, con treinta y cinco años de profesión, abre la marcha con la motosierra al hombro. Victoria y Ángel se han provisto de su machete, lo utilizan constantemente para avanzar entre los árboles. En general, hay de seis a ocho árboles grandes por hectárea, el plan gestor de Victoria prevé preservar uno o dos de ellos como portasemillas y luego no volver a talar ningún árbol en la parcela durante quince años. Pasamos por delante de árboles que a veces requieren dos hombres para abarcar su tronco. Algunos están marcados, otros no, Rolando nunca duda entre los que va a talar y los que va a dejar. Mientras avanzamos, Victoria me muestra cada quebracho blanco, veo que continúa con su idea de la doble valorización de las parcelas, frustrada por no ser aún carbonera.

Rolando y Feliciano se detienen al pie de un gran árbol y se vuelven hacia mí sonriendo. Tiene un buen tamaño, se puede talar, es para mí. Observo su tronco grueso, ampliamente ramificado, su corteza arrugada para resistir mejor a los animales y al calor, sus hojitas de color verde oscuro mecidas por el viento. Ofrece el espectáculo de la belleza familiar y constante que los árboles ofrecen a los ojos y al corazón de todos aquellos a quienes les gusta frecuentarlos. Rolando ha preparado la motosierra, apoyo las manos en el tronco, miro el bosque a mi alrededor, seco, espinoso, con los árboles espaciados. Me apoyo en el quebracho, debe de tener ochenta años, no albergo ninguna duda sobre la pertinencia de su tala. Tomo la motosierra, el motor gira, rodeo el

palo santo con Rolando, decidimos dónde dejarlo caer. Empiezo la tala, tan pronto como la cuchilla de la máquina corta la madera, me llega el olor del aceite esencial. La motosierra está bien afilada y la cadena proyecta un chorro de serrín naranja. La madera es dura, pero la cuña de madera de la muesca ya está casi recortada, dejo la máquina y la retiro. Tiene la forma de un enorme gajo de naranja, los anillos de la madera son verdes y azules, necesito las dos manos para levantarla, acercármela a la nariz y respirarla. Esta madera realmente única combina densidad, color y fragancia en una riqueza bien oculta entre los arbustos de espinas y el gris del bosque. Vuelvo a talar, lentamente, para sentir hacia dónde elegirá ladearse el árbol. Corto las últimas fibras, el palo santo termina por inclinarse, se balancea y cae pesadamente a través de la vegetación en el calor de la tarde. Nos agrupamos alrededor del tocón. Buena tala, concluye Ángel. Tras dejar la motosierra, me siento en el tronco para sentir una vez más todo lo que la compañía de los árboles me aporta desde hace décadas. La madera de mi quebracho ya empieza a azularse al entrar en contacto su esencia con el aire. Su tocón también se vuelve azul y huele bien. Corto una rodaja de madera en la base del tronco, una gran galleta azul, pesada como una piedra. La levanto en mis brazos para sentirla contra mí. Con la nariz pegada a ella, respiro profundamente su aroma antes de mirarla. En los colores marrón, verde y azul de la madera, el dibujo de los anillos de crecimiento del árbol es fino e irregular, elegantes arabescos que sigo suavemente con la yema del dedo. Algunos anillos están muy apretados, intuyo que fueron años duros en los que la falta de agua hizo que el árbol conservara su energía para sobrevivir a costa de su crecimiento. Los anillos, que conservan la huella de la vida de los árboles, cuentan la historia de los bosques en una cronología silenciosa y delicadamente gráfica. Olivos, enebros, bojes, las maderas duras y envejecidas en las que se puede ver el corte son estremecedoras por la fina reproducción de sus años de escasez o de abundancia, de sus accidentes, de su resistencia y de su duración. Sin rencor por haberlo derribado, el palo santo me regala su aroma y me cuenta su vida. El tractor acaba de llegar, el conductor pasa la cadena alrededor del tronco y, lentamente, empieza a tirar de todo el árbol hacia el camino. Feliciano se une a mí para desramarlo y cortarlo en trozos. El día ya

está cayendo, la leña se recogerá mañana. Hacemos una última visita a la zona de almacenamiento, donde los leñadores, ayudados por la pala de un tractor, ordenan los trozos en pilas de tres metros de altura, formando unos montones que atraviesan el claro. El tamaño, la forma y el color de las secciones de estas paredes de madera forman una sinfonía de color azul oscuro. Un tesoro en el que flota el aroma de la madera, a la espera del camión que vendrá para llevar a la destilería un poco de la vieja historia del Chaco y del valor de su belleza silvestre.

En un bosque perdido e inhóspito, hay que abrirse camino con dificultad para llegar al pie de un árbol que de primeras no llama nada la atención. Hay que derribarlo para desvelar una obra maestra de la naturaleza, una madera increíble, de una densidad única, con un color azul tan intenso como lo es el color gris de su corteza, e impregnada de un aroma hipnotizador, cálido y suntuosamente amaderado. Sometida a las condiciones más duras, la naturaleza del Chaco ha creado un árbol maravilloso que concentra en él el producto de la resistencia de este bosque. Para quien ha visto y olido un trozo del árbol azul, el Chaco es un santuario, una reserva de belleza absoluta que hay que hacer todo lo posible por preservar.

13

El árbol salvaje y los plantadores

¿Es razonable creer que los hombres harán mañana en el bosque algo diferente de lo que han hecho en él durante cinco mil años? La cuestión, convertida en uno de nuestros principales desafíos, resuena con fuerza en un contexto complejo en el que las sombrías constataciones parecen prevalecer sobre las razones para tener esperanza. Entre la difícil transformación de los bosques silvestres en santuarios y la extensión del modelo de los bosques industriales, una parte de la humanidad se dedica a salvaguardar y crear formas de bosques intactos y vivos, tropicales o templados. Joumana, Sandra, Victoria y Elisa no están solas. A lo largo y ancho del mundo, miles de personas, asociaciones, empresas y colectividades se comprometen también con el bosque, decididas a creer en una reconciliación posible entre los hombres y los árboles.

Un contexto complejo, por tanto, por la constatación, en primer lugar, de que la situación actual de nuestros bosques es tan diversa como los árboles que albergan. Los grandes bosques fríos de coníferas del norte, bien gestionados en Canadá y Escandinavia, y seguramente sobreexplotados en Rusia, siguen formando una enorme reserva de madera y de mundo forestal salvaje preservada por su lejanía y su clima, pero cuya biodiversidad sigue siendo limitada. Los bosques templados de Europa y América están en general bien gestionados y explotados y sus superficies tienden a expandirse, aunque la pugna entre los rodales originarios y las nuevas plantaciones es omnipresente. La situación es realmente grave en lo que se refiere a los bosques tropicales y subtropicales, y muchos países del hemisferio sur templado han optado por la generalización de las plantaciones de pinos o eucaliptos, en sustitución de los extraordinarios bosques primarios destruidos en Australia o Chile.

En el mosaico de este panorama, nacen múltiples iniciativas, de naturaleza, tamaño y ambiciones muy diversos. Un movimiento reciente, pero cuya envergadura refleja, tal vez, el comienzo de una evolución fundamental. Prácticamente en todas partes aparecen voluntades comunes de implantar espacios boscosos allí donde han desaparecido, allí donde el árbol y el bosque podrían reparar la naturaleza herida, deforestada y degradada, y frenar la desertificación.

Desde hace algunas décadas existen proyectos de reforestación cuya ambición, nacional o internacional, sorprende en la misma medida que seduce. Los dos más conocidos reciben el nombre de Gran Muralla Verde, una en China y otra en el Sahel africano. Los chinos se han dado cien años para plantar árboles a lo largo de más de cuatro mil kilómetros con la idea de contener el avance del desierto de Gobi. Miles de kilómetros cuadrados ya han recibido sus árboles, para cuya plantación se ha movilizado a los campesinos locales y a batallones del Ejército Popular. Los resultados no parecen muy satisfactorios, debido, entre otras cosas, a la mala elección de las especies plantadas, a la difícil resistencia a los vientos de arena y a unas prácticas silvícolas puestas en entredicho. Pero ¿cómo no mirar de cerca también las islas exitosas que siembra el proyecto aquí o allá, marcas frágiles pero valiosas de la voluntad global reiterada por China de ser un país plantador de árboles a su escala, lo que quiere decir que considerable? La Muralla Verde Africana tiene la misma magnitud, la idea es conectar Dakar con Yibuti a través de once países por medio de un cinturón boscoso de quince kilómetros de ancho y casi ocho mil kilómetros de largo. Las mismas ambiciones y, aquí también, muchas constataciones de fracaso. A las dificultades técnicas de conseguir enraizar a largo plazo los árboles en zonas desérticas, se añade la complejidad de asociar a las comunidades que viven en los territorios afectados, todas ellas diferentes en su relación con la propiedad y los árboles, todas en principio hostiles a las prácticas impuestas desde el exterior.

Se puede argumentar que el fracaso de proyectos demasiado grandes, demasiado ambiciosos y demasiado politizados es siempre predecible, una lección ya conocida, y que la plantación de árboles no tiene por

qué ser una excepción. Es cierto, pero creo que la existencia de estas Murallas y su eco mediático son útiles para hacer comprender a la vez la enorme necesidad de árboles que tenemos y los servicios inestimables que estos podrían prestar en todo el planeta.

La gente se moviliza en todas partes para reparar nuestros errores plantando árboles. Nunca el personaje de Elzéard Bouffier, el magnífico plantador de árboles imaginado por Jean Giono, ha sido tan conocido y popular. La breve historia de El hombre que plantaba árboles está a punto de convertirse en una referencia, en un faro cuya luz parpadea mucho más allá de la Alta Provenza. Entre los plantadores, se barajan cifras de millones de árboles. Un millón de árboles para una miríada de proyectos, diez millones, cien millones para otros más vastos aún. Algunas iniciativas son conocidas y su publicidad extiende la voz, suscitando otras vocaciones. Los millones de mangles de la fundación Livelihoods recrean los manglares, vitales para proteger la costa de Senegal. Dos millones de árboles y cerca de trescientas especies diferentes para reforestar las setecientas hectáreas del fotógrafo brasileño Sebastião Salgado, que ha recreado un paraíso sobre los páramos desoladores de una deforestación irresponsable. Los cien millones de árboles de la fundación Yves Rocher, repartidos en diez proyectos, desde Bretaña hasta Tamil Nadu en India. Y otros muchos más. Los árboles de perfume tocan su partitura en esta sinfonía verde. Se plantan millones de aquilarias en el sudeste asiático, desde Bangladés hasta Vietnam. Se las integra en los paisajes locales y se las protege por ser una fuente de riqueza. En el norte de Laos, se plantan estoraques, de los que se extrae la resina de benjuí; y, en el sur, aquilarias, para obtener de ellos el aceite esencial de oud. Del vivero al árbol adulto, los campesinos adoptan estos árboles que sombrean sus colinas y sus pueblos. Las plantaciones de sándalo en Kununurra, Australia, son un ejemplo de doble beneficio. Los miles de hectáreas plantadas de quince años a esta parte salvan una especie en vías de extinción en la India, el Santalum album, transformando un pedazo de desierto en un bosque que mezcla un árbol de perfume mítico con otras especies que lo acompañan en su crecimiento. En Paraguay, en el

Chaco, el valor del palosanto ya está contribuyendo a conservar el bosque primario seco. Sin olvidar las cien mil plantas de Sandra en el monte Líbano, meritorio eslabón del largo periplo que algún día querría devolver su esplendor al bosque de los cedros. Mis ejemplos son tan solo algunas bengalas en lo que están llegando a ser unos fuegos artificiales de iniciativas: una parte de la humanidad está empezando a tener hambre de árboles, lo cual es una gran noticia. Pero ¿cómo evaluar la fuerza de esta corriente a escala planetaria? Los batallones de partidarios de la causa forestal se enfrentan a menudo con muchas dificultades, y la hostilidad declarada a sus proyectos no es la menor de ellas. De los ocho mil millones de seres humanos, ¿cuántos son conscientes del papel de los árboles y cuántos son indiferentes a ellos? Y, por último, ¿cuántos hombres, mujeres y sociedades industriales tienen suficientes razones para querer dedicar la Amazonia a la soja y la ganadería?

Fuera de los trópicos, fuera de nuestros bosques de robles o coníferas, esta hambre de árboles ha empezado a extenderse por el campo y las ciudades. El regreso del árbol a los campos puede ser el comienzo de una revolución, la rehabilitación del seto es tan reciente como espectacular. Destruidos hasta su erradicación después de la Segunda Guerra Mundial por el avance de la agricultura productivista, los setos recuperan hoy los méritos y el respeto que los campesinos les otorgaban antaño por tradición y experiencia. Los setos eran una fuente de vida capital en los campos, reguladores de la circulación del agua, refugio para la fauna, desde las lombrices de tierra hasta las rapaces, e importantes proveedores de leña. La degradación de los suelos agrícolas, junto al deseo de parajes más acogedores en torno a fuentes de vida sombreadas, rehabilita su plantación. Los setos son pequeños bosques-corredores, islas de biodiversidad. Los nuevos agricultores comienzan a dar su espacio al árbol en métodos más respetuosos con el suelo, agrupados bajo el término de agroforestería.

Árboles de los campos, árboles de las ciudades. En las metrópolis sobrecalentadas debido al clima y donde la climatización es un sumidero de energía, el árbol se presenta de repente como uno de los primeros remedios. Los bandazos aterradores de los picos de calor en una gran parte del mundo hacen que la necesidad de sombra pase de ser

una noción de confort a convertirse en una necesidad vital. Las ciudades se vuelven hacia los árboles, hay que plantar, rápido. Todas adoptan planes, modestos o grandiosos, conscientes de que el árbol debe venir en ayuda de lo urbano, en las avenidas y calles, en los patios, en las terrazas, en todos los sitios donde sea posible. Se necesitan más espacios verdes, más parques, se prueba a levantar pequeños bosques al borde de las circunvalaciones, nos gustaría que todo creciera rápidamente. El hecho de que los hombres recurran a los árboles supone un giro de ciento ochenta grados dentro de la historia, se podría ver en ello el conato de un regreso del bosque a las ciudades, esas ciudades que han reclamado durante milenios que el bosque se aleje para proporcionarles su madera y se reduzca para dar paso a los campos de cultivo. La evolución del lugar del árbol fuera de los bosques, en las ciudades y en los campos, es un gran tema que está por venir. Tal vez sea el conato de una reconciliación entre los hombres y los árboles que ni la hipotética creación de santuarios en los trópicos ni las plantaciones industriales permitían presagiar.

Hay un hombre que tiene una ambición aún más amplia. Más allá de la reconciliación hombre-árbol, Francis Hallé, conocedor y ardiente defensor de los bosques desde hace décadas, milita por la rehabilitación de lo silvestre en el corazón de la civilización. Comenzó como especialista en el mundo tropical y se ha convertido en un abanderado de la causa de los bosques del mundo. Su cruzada actual es apasionante: quiere crear un bosque primario en el corazón de Europa, es decir, poner ante los ojos de decenas de millones de ciudadanos un espacio de bosque silvestre, donde dejó de haberlo hace al menos mil años. Explica su proyecto en un breve manifiesto: Por un bosque primario en Europa Occidental. La idea es encontrar un trozo de terreno de unos veinticinco kilómetros de largo y veinticinco de ancho, ya parcialmente arbolado, idealmente transfronterizo entre Francia y uno de los países vecinos (Luxemburgo, Bélgica, Alemania o Suiza), y convertirlo en un santuario, aunque, para su iniciador, este bosque no deberá cercarse. La idea es dejar que el bosque y su fauna evolucionen sin ninguna intervención humana para que encuentre progresivamente

un carácter de bosque primario. Ahora se conocen suficientemente bien los modelos evolutivos de los bosques como para prever que el proceso completo llevará siete u ocho siglos. El tiempo necesario para que el bosque actual se deteriore, incluso se queme, y que un bosque nuevo se desarrolle pasando por todas las etapas de incorporación y desarrollo de las especies pioneras, después de su sustitución por especies instaladas de forma sostenible, con toda la incertidumbre que el cambio climático hace pesar sobre la elección de árboles que luego el mismo bosque hará de modo natural. Proponer, en el mundo de lo inmediato, un proyecto de bosque sin finalidad económica, cuya maduración no tendrá lugar hasta pasadas treinta generaciones, es tan provocador como atractivo. Como era de esperar, los obstáculos para su realización son considerables, sobre todo porque esta parte de Europa no puede ofrecer un solo espacio no habitado de este tipo. Sin embargo, hay que reconocer el gran éxito de la idea y los numerosos apoyos que reúne, reflejo de una aspiración multiforme a un retorno de lo silvestre en nuestros universos.

Hace treinta años, mi padre quiso rendir su propio homenaje a los árboles creando en las Landas un arboreto, es decir, un lugar donde reunió una gran variedad de árboles, de acuerdo con su gusto y con las capacidades del lugar. Allí plantó mil árboles, enclave de diversidad en medio de los pinos. Algunas especies crecen de forma espectacular, otras mucho menos, el suelo y el clima deciden su suerte. Mientras camino por el arboreto, veo sucederse las tres últimas décadas. Los veinticinco liquidámbares que planté en él se han vuelto enormes, crecen fuertes, y los colores de su follaje otoñal son una recompensa cada año. La colección de cien robles es otro éxito, algunos son tan grandes que parecen haber estado siempre allí. Los cedros, reunidos en una pendiente, son ahora muy altos, pero hay quien me dice que estarían mejor en un lugar más elevado. Una gran avenida de arces, también multicolor, conduce a las cryptomerias que, lejos de Japón, su suelo natal, se han instalado y prosperan. Lejos también de sus tierras de elección, las hayas, mezcladas con los abetos, han encontrado su lugar y forman una gran arboleda que empieza a tener una apariencia

imponente. Los fresnos son osados, los tilos también, las magnolias progresan, los olmos dan una sombra majestuosa. En treinta años, este terreno, del que talamos los pinos y en el que dejamos los viejos robles locales, los tauzins, se ha transformado por completo. En algunos lugares, la capa de hojarasca es espesa y nacen setas. Cuando me dirijo a la benéfica sombra de unos árboles que en su momento no eran más que unos frágiles tallos en nuestras manos, me parece que fue ayer. No dejo el arboreto sin antes ir a acariciar la corteza del redwood local. Tiene mucho mérito haber crecido y ensanchado lejos del Pacífico, ya posee las proporciones de un pequeño gigante. Witou, el leñador de los redwoods de Klamath, quiso que crecieran una multitud de árboles tras él, una isla de belleza y silencio de mil árboles que conserva el recuerdo de su creador.

Proteger los bosques silvestres existentes, restaurar por doquier los que están degradados, replantar árboles en las tierras desérticas, en los campos y en las ciudades, intentar aquí y allá devolver a la naturaleza parcelas de espacio silvestre, como un saludo a todo lo que hemos destruido, esa es la gran aspiración. Esto parece un catálogo o una lista de regalos de Navidad. Pero quiero creer que una voluntad contagiosa está en marcha, una epidemia de lucidez, una necesidad irreprimible de salvar todo lo que se pueda de los bosques y de plantar. Plantar en todas partes, plantar todo tipo de árboles. Plantar sin prisas, sin temor a los excesos ni a los fracasos, los miles de millones de árboles que el planeta puede acoger y que ofrecerán el frescor de su sombra al mundo de mañana.

Epílogo

La frágil belleza del cedro que planté en las alturas del Monte Líbano no me abandona, viaja conmigo. En el Chaco, en las secuoyas, en las hayas de Avers. Al regalar una planta a los visitantes, Sandra les propone unirse a un proyecto de continuidad que me conmueve profundamente. El sueño de ver crecer un cordón de cedros que recubra de forma ininterrumpida las crestas de la montaña de norte a sur, como lo hacía mucho tiempo atrás. Es un reto para todos los bosques del mundo fragmentados por el hombre. La otra continuidad es temporal. Acabo de acariciar las tiernas agujas de una planta muy joven mientras contemplo, ladera abajo, el follaje de un grupo de árboles centenarios. Intensa emoción por venir a ayudar a la naturaleza a instalar árboles que tal vez tengan mil años en un futuro, ser un minúsculo pasador en el viaje de los cedros, esa saga caótica tan emblemática de la historia de los hombres y de los árboles.

¿Quizá en su búsqueda de la inmortalidad Gilgamesh pensó que, matando al guardián del bosque y entrando triunfante, podría unirse a los cedros en su carrera eterna? ¿O más bien que talando los cedros, haciéndolos mortales, él mismo se convertiría en inmortal? El resto de la historia se parece sobre todo a una venganza, ¿por qué los árboles deberían ser inmortales cuando yo, hombre, no puedo serlo?

Lo cierto es que los bosques son eternos. La afirmación puede parecer aventurada o perentoria en un momento en que los incendios nunca han sido tan gigantescos y la deforestación no disminuye. Es cierto que los bosques pueden desaparecer, el hombre tiene mucho talento para ello, pero en cada parcela que no hormigonamos, donde dejamos un poco de tierra a la luz, el bosque vuelve. Siempre. Es solo cuestión de tiempo, el tiempo que los árboles tienen y nosotros no.

Visitando el emplazamiento maya de Tikal, en Guatemala, se comprende bien cómo el bosque se come las huellas de los hombres. Por

un sitio reconquistado a los árboles de la selva, ¿cuántas otras ciudades han quedado enterradas bajo una vegetación impenetrable? Los mayas abandonaron sus ciudades hacia el año mil de nuestra era, solo fue necesario el milenio siguiente para que el bosque se tragara los monumentos de esas brillantes civilizaciones. Comer, tragar, son los términos adecuados. Los árboles tropicales desarrollan raíces que se adhieren a las piedras, escalan las paredes, brotan en la parte superior de los templos. Lo vegetal se introduce por todas partes, paciente, tenaz, rompe las construcciones, las fragmenta, desgasta las piedras. Bajo la selva centroamericana quedan cientos de monumentos totalmente cubiertos por el bosque que solo las técnicas recientes de sobrevuelo han permitido localizar. En Angkor, la fabulosa ciudad jemer, cuyo abandono solo data de hace seiscientos años, los visitantes se sorprenden por las enormes raíces que rodean piedras y esculturas, en una danza que nos parece inmóvil pero que el tiempo largo anima.

Algunos gingkos han sobrevivido a Hiroshima y los bosques vuelven a crecer con fuerza en Chernóbil. Bosques mediterráneos que vi arder en los años setenta son hoy bellas laderas cubiertas de grandes pinos de Alepo, de madroños y encinas. Los taludes pedregosos de las líneas ferroviarias se cubren de robinias cuyas flores alimentan a las abejas y nos hechizan con su aroma. En las calles, basta una grieta en el asfalto para que crezca en ella un ailanto. El árbol sobrevive, el bosque vuelve al ritmo que le conviene, indiferente a nuestro reloj.

Tal vez sea en el bosque de cedros donde regresa más lentamente, luchando con las piedras de las laderas desnudadas por los hombres. ¿Cuánto tiempo sería necesario para dejar que vuelva lo que Gilgamesh y la historia han invertido? Seguramente milenios, pero el resultado es perfectamente previsible, los árboles acabarían naciendo y creciendo, se acercarían entre sí y se convertirían en un bosque cuya sombra albergaría animales. A menudo escuchamos comentarios amargos sobre el daño y el mal que hacemos a los bosques, pero en realidad nos lo hacemos a nosotros mismos. Los bosques no son rencorosos, remiendan incansablemente lo que nosotros desgarramos, brotan sobre lo que nosotros quemamos, hacen que crezcan árboles para

reemplazar los que nosotros derribamos.

Cambiemos el sentido de la historia, ayudemos a los bosques, convirtámonos en sembradores de belleza, continuemos plantando pequeños cedros para que su fragancia envuelva al Monte Líbano y a sus habitantes dentro de cien, de mil años. Para siempre.

Bibliografía

Los libros sobre los árboles y el bosque son innumerables.

He optado por compartir aquí aquellas referencias que han aportado algo específico a la escritura de este libro.

Les Arbres entre visible et invisible, Ernst Zurcher, Actes Sud, 2016.

Le Cèdre, Alain Pontoppidan, Actes Sud, 1997.

Memoirs of a Cedar, Faisal Abu-Izzedin, International Union for Conservation of Nature, 2013.

Gilgamesh. La quête de l'immortalité, Stephen Mitchell, Aurelien Clause, Synchronique Éditions, 2017. [Gilgamesh, versión de Stephen Mitchell, Alianza, 2014].

Un roi sans divertissement, Jean Giono, Gallimard, 1947. [Un rey sin diversión, Impedimenta, 2011].

L'Homme qui plantait des arbres, Jean Giono, Gallimard,1980. [El hombre que plantaba árboles, José J. de Olañeta, 2006].

Le Voyage en Limousin. Lettres à sa femme, Jean de La Fontaine, 1663.

Le Charbonnier, une longue histoire, Charles Schlosser, I. D. l'Édition, 2021.

«Charbonniers, le métier du diable», Danielle Musset, Le monde alpin et rhodanien, 2000.

Logging the Redwoods, Lynwood Carranco, John T. Labbe, Caxton Press, 1975.

L'Arbre monde, Richard Powers, Le Cherche Midi, 2018. [El clamor de los bosques, Alianza, 2019].

De sève et de sang, Julia Butterfly Hill, Éditions Libre, 2020. [El legado de Luna, RBA, 2006].

L'arbre d'or, John Vaillant, Noir sur Blanc, 2014.

Agir avec la nature, Laurent Piermont, Seuil, 2010.

Ces mains qui réparent la terre, Bernard Giraud, Les Ateliers Henri Dougier, 2020.

Je crois aux arbres, Jacques Tassin, Odile Jacob, 2021.

Pour une forêt primaire en Europe de l'Ouest, Francis Hallé, Actes Sud, 2021. [Por un bosque primario en Europa Occidental. Manifiesto, Libros del Jata, 2022].

Agradecimientos

A Joumana Boustany, mi talentosa amiga y guía a través de los cedros del Monte Líbano y los perfumes de su país.

A todos los que habéis compartido tan calurosamente vuestro Líbano y sus cedros: Sandra Coussa, Eddy Choueiri, Teddy Habchi, Nabil Nemer, Roni y Wadad Araiji, Barbara Massaad, Alice Eddé, Iyad y Hareth Boustany, y Georges Klink.

A los formidables artesanos del rescate de la madera azul: Victoria, Ángel, Rolando y sus compañeros, Raúl Gauto, Elisa y Jean-Marie Maizener Aragón.

A mis compañeros y cómplices en los alerces, hayas, secuoyas y árboles del Sabbah: Jérôme Doliveux, Laurent Piermont, Harry Frémont y Xavier Brochet.

A mis amigos perfumistas, orfebres de notas amaderadas, Alberto Morillas y Jacques Cavallier Belletrud.

A Hervé Bonnaud y Marc Salmon, hábiles manipuladores de motosierras y plantadores compulsivos de olivos y bellos árboles.

A Jean Paris y a la gente de Montagnac, que aún conocen la historia de los carboneros.

A Garance y Victor, en recuerdo de los gigantes de Port Renfrew.

Gracias a Éliane Brissot, que siempre sabe cómo mejorar lo que escribo.

Mi admiración y afecto a aquellas y aquellos con los que me he cruzado, que plantan árboles por todas partes y los escuchan crecer.